DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS

EL SECRETO DEL BOSQUE



SERIE NEGRA RBA

Autor representado por Silvia Bastos, S.L., Agencia Literaria.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: junio de 2023.

REF.: OBDO189

ISBN: 978-84-1132-389-5

EL TALLER DEL LLIBRE • REALIZACIÓN DE LA VERSIÓN DIGITAL

—¿Puedes oírme? ¿Me oyes?

—Sí. Bueno, lejos y mal. Se corta un poco. Dime…

—Los que lo hicieron… siguen aquí… Todavía están aquí.

PRIMERA PARTE

EL ESCONDITE PERFECTO

DÉCADA DE 1980

Carolina conocía el lugar perfecto. Lo había descubierto por casualidad unos días atrás y había guardado el secreto para que ninguno de los otros se le adelantase. Ni siquiera se lo había dicho a Raquel. Ahora, mientras Joaquín contaba hasta cien, con los ojos cerrados y la frente apoyada en el dorso de las manos cruzadas contra el tronco rugoso de un avellano, Carolina esperó a que los demás echasen a correr. Algunos competían por llegar los primeros a un mismo escondite, y otros simplemente pretendían alejarse de Joaquín, sin haber decidido aún dónde se ocultarían. Ella no quería que nadie la viera, porque siempre había alguno que se chivaba de dónde se habían escondido los otros. Carolina quería ganar la partida, estaba un poco disgustada consigo misma porque últimamente era de las primeras en ser descubiertas.

Cuando Joaquín llegó a treinta ya solo quedaba Carolina cerca de él. La chica respiró hondo y salió a escape, hacia el corazón del bosque. No pudo reprimir una sonrisa de triunfo. Era imposible que la encontrasen, ni aunque se unieran todos para buscarla.

Las agujas de los pinos y las ramitas caídas crujían bajo sus pies. Realizó varios cambios de dirección, en zigzag, por si alguien la seguía con la mirada. Los árboles y los desniveles del terreno hicieron el resto. Joaquín no habría llegado a sesenta cuando Carolina alcanzó la hondonada que cruzaba el bosque de norte a sur, como una cicatriz antigua. Bajó por su lado oriental, pero con las prisas resbaló y cayó sobre su trasero, entre la hojarasca. Soltó un quejido, aunque enseguida se puso otra vez en pie. Un simple resbalón no iba a dar al traste con su plan. Saltó al fondo de la hondonada y ascendió por la otra ladera, más escarpada y rocosa. Desde arriba, miró hacia atrás para cerciorarse de que ninguno de sus amigos la había seguido. Se levantó un poco el pantalón corto y vio que la caída le había causado un raspón en la nalga izquierda, pero no era gran cosa, así que reanudó la carrera.

El anciano tejo destacaba entre los demás árboles por su tronco

enorme y retorcido; en algún momento de su historia había debido de estar a punto de vencerse, pero había conseguido resistir y recuperar la verticalidad. Más o menos. Dos de sus ramas más gruesas semejaban brazos poderosos de gigante: uno se había inclinado hasta tocar el suelo, como si estuviera apoyándose, y el otro estaba doblado por la mitad hacia arriba casi en ángulo recto. Desde donde llegó Carolina, no se advertía nada, pero el lado opuesto del tronco presentaba una hendidura, una grieta con forma de lágrima en uno de los pliegues de la madera.

El espacio no era suficiente para un adulto, pero sí para una niña delgada como ella. Miró a su alrededor por si algún ojo ajeno la espiaba y luego se deslizó al interior del tejo.

Por dentro, el hueco se ensanchaba. Parecía que en aquel punto del árbol solo quedaba la corteza, la capa exterior. No le asustaban las arañas, que habían tejido allí intrincadas telas de tamaño asombroso, pero le gustaban mucho menos las tijeretas, que abundaban y correteaban por todas partes.

Se dispuso a esperar y se entretuvo imaginando el desarrollo del juego. Su hermano Cisco sería de los primeros a los que descubriría Joaquín, siempre lo era, y el grupo de niños más pequeños también, Álvaro, Sebas, Encarna y Antonia, porque no se atrevían a alejarse demasiado y se escondían todos juntos o de dos en dos. A veces, si el que pagaba era uno de los mayores, se apiadaba de ellos y hacía como si no los viera, miraba hacia otro lado y les permitía llegar al avellano que tenían que tocar para salvarse. Pero Joaquín no era de esos, a él le gustaba atraparlos a todos, sin que ninguno pudiera salvarse. Por eso jugar contra él era más divertido. Si el último lograba llegar al avellano antes de ser descubierto, podía salvarlos a todos, y entonces la partida comenzaba de nuevo. Eso era lo que Carolina se había propuesto. Así, de paso, haría rabiar a Joaquín. Ambos se tenían algo de manía, sobre todo desde que él había dicho que de mayores serían novios y Carolina había contestado que de eso ni hablar.

Fuera como fuese, aunque no consiguiese ganar, pasado un rato saldría del interior del tejo. No quería que se supiera su secreto hasta que ella misma decidiera revelarlo.

Tras unos minutos empezó a impacientarse. ¿Debería salir ya o era mejor aguantar un poco más? A aquellas alturas, Joaquín ya habría encontrado a varios, quizá a la mayoría. Carolina imaginó la cara de frustración de su hermano. A Cisco no le gustaba perder, pero lo hacía constantemente. Pobre. Algunos se burlaban de él cuando perdía a

cualquier juego y de la rabia se le saltaban las lágrimas; de vez en cuando se enfadaba tanto que se marchaba cabizbajo a casa, y cuando ella llegaba se lo encontraba encerrado en la habitación que ambos compartían, sentado en el suelo, con los ojos rojos y una mueca de odio hacia el mundo entero. Ella le intentaba hacer ver que incluso perder podía resultar divertido, que uno podía hartarse de ganar siempre, le recordaba aquella frase del abuelo, que las historias más interesantes las cuentan los que pierden, pero a Cisco no se le pasaba el berrinche hasta que se quedaba dormido.

De pronto oyó un aleteo por encima de su cabeza. Le encantaba el bosque, con su silencio irreal, siempre cargado de sonidos dispares y extraños. Hasta hacía bien poco, su máxima ilusión había sido transformarse en una de aquellas criaturas que, según su abuelo, vivían en el bosque. Ahora ya no. Desde que había descubierto en un estante de casa un atlas, se le había metido entre ceja y ceja irse a Islandia. Muy seria, se lo había comunicado a sus padres, que habían reaccionado con una sonrisa, sin hacer el menor comentario, habituados a los planes fantásticos de su hija.

Ahora fue un crujido lo que oyó. Un chasquido, más bien. Algo que se rompía al ser pisado. Carolina aguantó la respiración un instante, pero enseguida se dejó llevar por la tentación de asomarse.

EN LA ARENA

TREINTA Y SEIS AÑOS DESPUÉS

Primero fue el mar, que se agitó y arremetió con creciente furia contra la costa. Luego llegaron desde el norte y el oeste las nubes, azules, violetas y negras, y, por último, el viento y la lluvia. Gotas como puños de gigantes golpeaban el suelo, los tejados de pizarra, las ventanas. Aullidos de lobos hambrientos se colaban por los resquicios de los postigos cerrados, aumentaban de volumen en las esquinas y ahogaban las conversaciones. En una tierra acostumbrada a las inclemencias del tiempo, los más viejos prometieron que no habían visto en su vida una tempestad igual. Los barcos buscaron refugio en el puerto más cercano, las mujeres se santiguaron, los niños se reunieron en las ventanas para no perderse aquel espectáculo devastador.

Bajo las olas, que avanzaban en formación como soldados de agua que pretendieran conquistar tierra firme, la furia de la marea arrancaba del légamo del fondo los cascos oxidados y podridos de viejos pesqueros hundidos, los retorcía, los despedazaba y esparcía sus restos mezclándolos con fantasmas de ahogados que eran vapuleados por las corrientes.

Cuando amainó, la playa de Moreña era un muestrario de objetos perdidos: maderos rotos, algunos con fragmentos de nombres trazados a grandes brochazos, algas podridas, una toalla que algún incauto había olvidado, hamacas rotas, una tabla de surf, bolsas de plástico, la pata de una silla, una camiseta del Athletic de Bilbao con el nombre de Julen Guerrero. Y huesos. Más de una decena de huesos. Una calavera semienterrada en la arena encharcada, con las cuencas vacías de sus ojos mirando el mar en retirada. Otra más allá, volcada, como una piedra más.

Su descubrimiento dio pie a toda una cadena de llamadas telefónicas que recorrieron la geografía del país de norte a sur.

LA DOCTORA

Al parpadear, Estefanía Román volvió a la realidad y cayó en la cuenta de que llevaba demasiado tiempo allí quieta, delante de aquel árbol, apartada unos metros del sendero que serpenteaba a través del parque. El árbol tenía un tronco retorcido y hueco, pero seguía con vida, aunque costaba adivinar cómo, pues en algunas partes parecía no existir más que una fina capa de corteza, como una armadura que pretende mantenerse en pie cuando el guerrero que la lleva puesta ya ha fallecido. Estefanía pensó que aquel árbol y ella tenían algo en común; ambos estaban vacíos por dentro, pero se mantenían en pie.

Había decidido volver al sendero cuando la melodía frenética de Thunderstruck brotó de su teléfono móvil. Lo sacó del cinturón y reconoció el número que mostraba la pantalla. Pasó la yema del dedo índice por encima para aceptar la llamada.

—Dime, Francisco.

Francisco Alverola Nogales era su antiguo jefe en el Departamento Forense, un tipo que tenía más de político que de médico pero que, para sorpresa de casi todos, había mejorado enormemente las condiciones del departamento y se había revelado como un directivo eficaz y dialogante. Su llegada, tres años atrás, había provocado recelos por su juventud y por los rumores fundados de que se había valido de una amplia red de contactos para conseguir el puesto, pero su buen hacer había servido para que la desconfianza se disipase y las habladurías quedasen relegadas a un segundo plano. Quizá la edad similar, y el hecho de que Estefanía había sido la única que no había deseado el puesto de jefe, habían servido para que Francisco viese desde el principio en ella a una especie de aliada. Se llevaban bien, e incluso en un par de ocasiones habían salido a cenar en parejas; ella con Gabriel, él con Montse.

Luego Estefanía había solicitado la excedencia por su éxito imprevisto como escritora, y el contacto entre ambos había empezado a espaciarse.

—¿Cómo estás? —Antes de que ella pudiese contestar, se disculpó

—: Perdona, es una pregunta estúpida. No te esfuerces en decirme cómo estás, intento hacerme una idea. Y lo cierto es que no te llamo por eso.

Estefanía aferró el teléfono mientras sus ojos volvían a recorrer el tronco del árbol hueco, rugoso y vapuleado por el viento. Llevaba días sin hablar con nadie, ni siquiera un «buenos días» al cruzarse con un vecino. Ni una palabra había salido de su boca; como mucho, una media sonrisa al pagar en el supermercado. Se había acomodado al silencio y agradeció a su jefe no tener que explicarle lo desgarradores e irreparables que eran sus sentimientos.

—¿Por qué me llamas, entonces? —Su propia voz le sonó extraña, como si no fuera del todo suya, sino más bien la de una desconocida.

—Por trabajo, Estefanía.

—Sigo en excedencia, Francisco.

—Lo sé, lo sé. Pero..., esto es importante.

—No estoy preparada para volver, Francisco.

—Ya, bueno, no te pido que vuelvas aquí. Y no te habría llamado si no te necesitara. —Las pausas dejaban claro que le costaba expresarse—. Estefanía, ¿has oído lo de la playa?

—No —respondió tras comprender que en un primer momento solo había negado con la cabeza, como si el otro pudiera verla. Llevaba días sin encender la televisión ni la radio. La música era lo único que la había acompañado, una vía de escape para cerrar los ojos, tumbada en el sofá, y evadirse—. ¿Qué playa?

—La playa de los huesos.

—¿Cómo?

—Déjame que te lo explique, ¿de acuerdo? Te cuento lo que hay, lo que quiero de ti, y luego me das un sí o un no. Te prometo que si es un no, lo aceptaré y no volveré a molestarte hasta que estés de vuelta. —Otro silencio, en el que ella asintió mordiéndose los labios y él buscó las palabras adecuadas sin encontrarlas—. El caso es que han aparecido varios huesos en una playa. Huesos de varias personas. De niños. No es nuestra jurisdicción, claro, pero... Pertenece al pueblo donde me crie, en el norte. Sigo teniendo muchos conocidos allí y algunos contactos... Me han avisado enseguida.

—Un asesino en serie —murmuró Estefanía.

—Es... es complicado, Estefanía. Ese pueblo, Moreña, bueno, es como si fuera un mundo aparte. Está muy lejos de cualquier otro lugar. Siempre ha habido historias..., desde hace una eternidad. A mí me explicaron esas historias como leyendas, como cuentos de terror para que los chavales tuviésemos cuidado, pero las historias eran ciertas. Algunas, al menos. —Un nuevo silencio, más largo y cargado que los anteriores—. Escucha, llevo desde ayer pegado al teléfono. He conseguido que me autoricen a participar en esto. —Estefanía arqueó las cejas: aquello demostraba que los contactos de Francisco eran más importantes de lo que nadie en el departamento había llegado a imaginar—. Pero no quiero.

—No te entiendo. ¿Dices que has conseguido que te den la autorización, pero que no quieres?

—No puedo. Por eso te estoy llamando, porque... necesito que seas tú la que vaya allí.

«Estoy en excedencia». No fue hasta casi un minuto después que se dio cuenta de que su voz no había brotado de su garganta, que se había quedado atrapada en su cabeza.

—No me has dicho que no —continuó Francisco—. No me has dicho nada.

—Porque no sé qué decirte. No... Creo que no estoy preparada para volver. Todavía no.

—No volverías al departamento, Estefanía. Irías directamente allí.

—¿Por qué? ¿Por qué no quieres ir tú? ¿Por qué quieres que vaya yo?

—Porque confío en ti, porque sé que lo harás bien. Porque, además de forense, eres escritora. Porque quiero que quien vaya sea alguien en quien pueda confiar, y no hay nadie en quien confíe tanto como en ti.

—¿Fermín?

—Fermín es extraordinario, claro. Pero no tengo una relación especialmente buena con él, lo sabes.

—¿Por qué no tú?

—Porque no me atrevo, Estefanía. No puedo involucrarme. —Silencio—. Mi hermana… Puede que alguno de esos huesos sea suyo, Estefanía.

—¡¿Qué?! No sabía… Nunca habías dicho…

—Hace treinta y seis años. Intento no pensar en ello. Escucha, ojalá no tuviera que hacerlo, pero te lo pido como un favor personal. Necesito… Te necesito allí.

Estefanía cerró los ojos y suspiró con fuerza.

El silencio se extendió durante varios segundos, haciéndose sólido y tenso.

—Sí, cuenta conmigo.

Ahora el suspiro lo soltó su jefe.

—Gracias. Muchas gracias. ¿Podemos vernos? ¿Dónde estás ahora?

Estefanía abrió de nuevo los ojos y miró a su alrededor. Por el sendero pasaba un hombre de mediana edad corriendo. Más allá había pequeñas arboledas y elevaciones del terreno tapizadas de hierba. Una joven jugaba con un pastor alemán.

—A media hora de cualquier parte —dijo.

—Un café en El Africano y hablamos con calma, ¿te parece?

—Había salido a correr un poco, me queda más cerca La Estación. ¿Sabes dónde está?

—Sí, el grande que hace esquina, con la puerta verde, ¿verdad? ¿En media hora allí?

—Supongo, sí. Se me han quitado las ganas de correr, así que puede que tarde un poco más. Y no llevo dinero encima, así que paga el jefe.

ATERRIZAJE

MAYO DE 1945

Al Heinkel 111 se le había acabado el combustible hacía rato y planeaba cada vez más y más bajo en un intento por alcanzar la costa, ya visible porque el sol acababa de salir. El piloto, agotado y tenso, no las tenía todas consigo. Las prisas por despegar de Oslo le habían llevado a errar en los cálculos, y ahora el terreno accidentado que se perfilaba ante él no invitaba a intentar un aterrizaje forzoso.

La estructura entera de la aeronave se estremecía, como si faltara poco para que comenzase a deshacerse en pedazos.

Viró hacia el oeste y, poco después, se dibujó una bahía a sus pies, con una ciudad al fondo, bordeada por la franja de arena de una playa.

Era la única opción. La arena o el mar, y luego tratar de salir nadando.

Ordenó a los que le acompañaban a bordo que se preparasen y comenzó a descender.

LA ESTACIÓN

Pese a que fue caminando, Estefanía llegó al mismo tiempo que Francisco, que había encontrado una plaza libre justo delante del local. Estaba aparcando su todoterreno cuando vio a la doctora por el espejo retrovisor. Iba vestida con unos leggins y una sudadera, tenía el pelo recogido en una cola y se percibía la pátina de sudor que cubría su piel. Francisco pensó que probablemente nadie que la viera en aquel momento imaginaría que se trataba de una de las mejores médicos forenses que él había conocido. Se apeó del vehículo, avanzó hasta ella y ambos se envolvieron en un abrazo que no requería palabra alguna. A continuación, entraron en el bar y fueron a una de las mesas del fondo. A aquella hora la clientela era escasa.

—Estás a tiempo —empezó Francisco.

—¿De qué?

—De cambiar de opinión. Si te lo has pensado mejor mientras venías hacia aquí, lo aceptaré.

—Tranquilo. Lo he pensado, sí, y no lo tengo claro, pero quizá me venga bien. Necesito tener algo en lo que pensar para quitarme otras cosas de la cabeza. —Su jefe asintió, comprensivo—. Pero primero tienes que ponerme al corriente.

Francisco esperó a que el camarero les sirviera dos tazas de café con leche, uno con leche de soja, el otro con azúcar moreno, y regresase a la barra. Una vez de nuevo a solas los dos, él se rascó un momento la nariz, jugueteó con el sobrecito de azúcar entre sus dedos y volvió a dejarlo junto a la taza antes de comenzar a hablar.

—Los datos se resumen rápido, no tenemos muchos. Hubo una tormenta, una de esas típicas del norte, pero esta más violenta, la más brutal de las últimas décadas a decir de los meteorólogos, una ciclogénesis explosiva. Duró días. En varios puntos del Cantábrico las olas rompieron en pedazos varios paseos marítimos e inundaron casas cercanas, y en Moreña dejaron la playa alfombrada de huesos. Algunos están completos, con otros no ha habido tanta suerte. Hay incluso dos calaveras. Lo demás es, por ahora, leyenda. —Se decidió a abrir el sobrecito y vaciar el contenido en su taza. Luego, mientras

removía el café con la cucharilla, sus ojos siguieron el torbellino del líquido para viajar al pasado. Durante los minutos siguientes no levantó la vista en ningún momento—. Cuando era niño vivíamos en Moreña. Es uno de esos pueblos que permanecen en cierto modo aislados, aunque tampoco quiero que te imagines nada del otro mundo. Es un pueblo de costa y en verano tiene sus turistas, como todos. Pero sí tiene su... No sé cómo llamarlo. Su propio universo, su propia mitología, si quieres decirlo así. Tal vez porque era un niño cuando viví allí, pero siempre tenía la impresión de que era un lugar cerrado, de que se encontraba aparte del resto. Igual solo era una sensación mía, puede ser. La cuestión es que aquellos veranos eran fantásticos. ¿Verdad que siempre uno recuerda los veranos de la infancia como algo irrepetible? Aquellos veranos eran así. Si hay una época de mi vida a la que me gustaría volver, revivirla, es esa... Antes de que ocurriera lo que ocurrió, claro. Después ya no he vuelto a Moreña, no he podido. Alguna vez estuve a punto de hacerlo, pero detenía el coche en mitad de la carretera y siempre acababa dando media vuelta. —Hizo una pausa, dio un sorbo de café con los ojos cerrados, con el pasado más próximo, casi al alcance de la mano—. A mi hermana y a mí nos separaban dos años y medio, ella era mayor y por eso llevaba la voz cantante. En el pueblo teníamos una pandilla que aumentaba y menguaba según el día. Había chicos y chicas, más chicos, eso es verdad; la mayoría tenía la edad de mi hermana, pero no había apenas diferencias. Nos encontrábamos en el bosque, o en la cala, o en la plaza, y ya no nos separábamos hasta que se hacía de noche y las voces de nuestras madres nos reclamaban a gritos. —Sus ojos quedaron fijos en un punto indeterminado de la mesa, aparentemente concentrado en las caprichosas líneas de la superficie de madera, pero, en cuanto se decidió a hablar de lo sucedido años atrás, giró el cuello y miró por encima del hombro, como si el pasado estuviera allí, a su espalda, y no en su cabeza y en su alma—. Hace treinta y seis años mi hermana Carolina desapareció en el bosque. Tenía doce años. Yo, nueve. —Se pasó la lengua por los labios para humedecerlos—. No supimos nunca qué le ocurrió. No la encontramos.

—Joder, lo siento. —Francisco hizo un gesto impreciso de negación y Estefanía preguntó—: ¿Alguien se la llevó?

—Pensamos que se había perdido. Estábamos jugando al escondite en el bosque y ella no volvió a salir. Luego, con el tiempo, pensamos que sí, que alguien había tenido que llevársela... Pero... —Hizo una pausa, durante la cual los dedos de su mano derecha comenzaron a

tamborilear nerviosos en el borde de la mesa.

Estefanía no quiso decir nada. Prefirió esperar a que su jefe hallase las palabras.

—Unos años antes —continuó por fin— se había producido una serie de desapariciones en la comarca. Todas de niños. Ni Carolina ni yo habíamos nacido entonces, y cuando lo oíamos contar nos parecía una de esas historias tenebrosas para asustarnos y que no nos alejásemos demasiado, que permaneciéramos a la vista de los mayores y que no nos fiásemos de los extraños. Una variante del Hombre del Saco, ya sabes. Pero la historia era cierta. Sin duda, se había exagerado en algunos aspectos con el tiempo y se había inflado el número de víctimas, pero era cierto que habían desaparecido al menos cuatro niños.

—¿Y tampoco se supo nada más de ellos?

Francisco chasqueó la lengua contra los dientes superiores y negó con un movimiento lento de la cabeza hacia ambos lados.

—Imagínate: una comarca donde casi todo el mundo se conocía, a mediados de los sesenta. Cuando esos niños desaparecieron y no se volvió a saber de ellos, empezaron a circular todo tipo de historias. Fantasías, ya sabes. Alguien recordó una vieja leyenda, una tontería... Criaturas extrañas que salían del bosque, o de las montañas, o del mar, y se los llevaban. O que habían sido víctimas de brujería... En el siglo XVI se celebró en la región un juicio de la Inquisición por brujería, y nunca se ha querido olvidar del todo. ¡Buf!, perdona, ya sé cómo suena todo esto. A Carolina y a mí, bueno, y a toda la pandilla de entonces, nos gustaban esas historias, sobre todo las de las brujas. A veces nos reuníamos y contábamos historias de terror. Hazte una idea, todos fingíamos que no sentíamos ningún miedo, pero luego no pegábamos ojo. Al menos, yo no. En la zona, había varias mujeres que encajaban en la imagen que cualquier chiquillo tiene de una bruja malvada. Pero no eran más que mujeres mayores, feas, solteronas o viudas, que estaban hartas de que les pisoteásemos el jardín o les hiciéramos alguna trastada.

»Las desapariciones cesaron tan bruscamente como habían comenzado y, como no pudieron explicarse, la gente siguió echando mano de esas historias. Y cuando desapareció Carolina, algunos dijeron que era cosa de brujas o de alguna de aquellas criaturas que nadie había visto pero en las que muchos querían creer.

—¿Tú también?

—No tenía ni diez años, Estefanía. Por supuesto que lo creí. Tú no has visto ese bosque, ni ese mar.

LA ESCRITORA

El coche de Gabriel estaba aparcado frente a la casa de Estefanía. La casa en la que hasta hacía poco ambos habían vivido juntos.

Estefanía se detuvo. Necesitaba darse una ducha, repasar la conversación con Francisco y asegurarse de que realmente quería aceptar el encargo. Al despedirse en La Estación, su jefe le había dicho una vez más que se lo pensara durante la tarde. A pesar de que ella había dicho que sí, él comprendía que se trataba de algo que se salía de lo habitual, y le había insistido en que lo meditara a solas.

La idea, o al menos así se lo había presentado él, era que podría solucionar varios problemas a la vez. Por un lado, resolver la desaparición de su hermana; por otro, recuperar el contacto con su trabajo, aunque fuera de manera indirecta, y, de paso, encontrar quizá material para un segundo libro. Había pasado demasiado tiempo desde el primero y tanto los lectores como, en especial, sus editores, reclamaban un nuevo título.

Además, aunque esto Francisco no lo había dicho, estaba el aliciente de cambiar de aires. Estefanía había pensado en ello varias veces: marcharse, mudarse de forma temporal a otra ciudad, incluso a otro país, cambiar el escenario de sus días, demasiado monótonos de un tiempo a esta parte. Había hecho una pequeña selección de posibles objetivos: Irlanda, cuna de tantos escritores a los que admiraba; Londres, donde sin duda podría perderse y pasar desapercibida; París, pese a que su nulo dominio de la lengua francesa le paraba los pies.

Desde hacía ya seis meses, Estefanía se sentía vacía. Le habían arrebatado lo mejor que tenía y ni siquiera tenía oportunidad de recuperarlo. No existía esa opción, no había vuelta atrás. Había perdido al bebé que esperaba y la reacción de Gabriel había sido del todo insospechada y muy desagradable. La había culpado a ella por empeñarse en continuar trabajando pese a los consejos del médico. Los primeros meses del embarazo habían sido desastrosos y se había visto obligada a guardar cama. Su cuerpo pareció reaccionar en un principio a la presencia de la diminuta criatura en su interior, pero después volvió la calma, se suavizó el malestar, aunque nunca desapareció del todo. Ella quiso trabajar y Gabriel quiso que se

quedase en casa, pero él acabó cediendo. Y, de repente, una mañana, tras varias jornadas de trabajo intenso, notó una aterradora ausencia de movimiento. Lo supo antes de que se lo confirmaran: el bebé había muerto. Ella, que iba a ser su madre, se había convertido en su tumba. Ahora estaba vacía, como el árbol frente al que se había parado en el parque y que, sin embargo, seguía sosteniendo en lo alto una frondosa copa de oscuro color verde.

La falta de apoyo por parte de Gabriel y sus duras acusaciones habían significado también el final de la historia que compartieron durante cinco años. Las disculpas llegaron demasiado tarde, y Estefanía sabía que jamás podría olvidar ni perdonar las palabras y las miradas, así que cortó todos los hilos que los unían. Y ahora allí estaba su coche. Hacía unas semanas que él había vuelto a llamarla, y, como ella no le contestaba, repetía la llamada día tras día.

Al final, Estefanía respondió solo para decirle que se olvidara de ella, que no deseaba volver a saber nada de él. No habían puesto un punto y aparte, sino un punto y final.

Gabriel no se mostró dispuesto a aceptar tal cosa. Para él solo habían sido unos puntos suspensivos, dijo. De nuevo más llamadas, y de nuevo más silencios de parte de Estefanía.

Y ahora el coche en la puerta, y él, casi con toda seguridad, dentro de la casa. Un juego de llaves nunca reapareció tras su marcha.

A Estefanía no le apetecía hablar con nadie, menos aún con él. Solo quería pensar. Meterse bajo el chorro cálido de la ducha y pensar. Giró sobre sus talones y poco le faltó para alejarse, pero no se movió del sitio. Volvió a girarse, recorrió la distancia que la separaba de su puerta principal y abrió.

Gabriel estaba de pie en la cocina, con una lata de Coca-Cola que debía llevar en la nevera desde que se habían separado.

—Hola, Fany…

—Tienes un minuto para salir de aquí. Un minuto, luego llamo a la policía.

—Eh, para, Fany. Solo quiero hablar contigo. No me coges el teléfono.

—Y deja la llave con la que has entrado en la encimera.

—¡Fany! Habla conmigo, por favor.

—Ya lo hablamos todo.

—Sí, los dos dijimos un montón de cosas... Vamos, Fany. Ambos cometimos errores.

Estefanía estuvo a punto de entrar en la discusión, pero logró contenerse. Lo que hizo fue mirar su reloj.

—Medio minuto —dijo—. Recuerda: la llave la dejas aquí al largarte.

Se miraron, y Gabriel supo que más le valía salir de allí.

Estefanía tuvo la tentación de ir hacia la ventana, para verlo entrar en el coche y marcharse calle abajo, pero no lo hizo. No quería dejar el menor resquicio para que la nostalgia se apoderase de ella.

Durante mucho tiempo había estado convencida de que Gabriel era el hombre de su vida, la razón por la que ninguna de sus relaciones anteriores había funcionado del todo bien; como si, en su fuero interno, hubiera sospechado que todavía no había dado con su media naranja. Con él todo había ido bien desde el principio. Habían comenzado poco a poco, sin las prisas más propias de la juventud, pero ella no había tardado mucho en creer que esa relación sería la definitiva.

Quizá por eso se sentía ahora tan abatida; había perdido al bebé y casi al mismo tiempo a su pareja. Y justo después de que todo en su vida hubiera adquirido el cariz de un cuento de hadas. Autosuficiente e independiente, era sin embargo feliz compartiendo su vida con Gabriel. Tenía un puesto fijo y bien remunerado en el que, además, se sabía apreciada y respetada, y en el que disfrutaba, y, por si faltaba algo, hacía ya tres años y medio había decidido por fin sentarse a escribir en serio. Después de hacerlo casi a escondidas desde su adolescencia, y de enviar algún relato del que se sentía plenamente satisfecha a probar fortuna en diversos concursos, sin conseguir más que unos cuantos accésits y un segundo premio, una tarde comenzó a tomar notas y realizar esquemas de una idea que hacía mucho que rondaba su cabeza.

Paso a paso, aquello fue cobrando forma. Día tras día, semana tras semana, el texto fue creciendo y, en un momento determinado, tuvo la

certeza de que la historia valía la pena. La historia y los personajes que la poblaban. Y a partir de entonces ya no dejó ni un solo día de escribir, aunque solo fuera para añadir una nueva frase o corregir un capítulo anterior, o reescribir un párrafo o una escena entera. Intuía que, lo más seguro, una vez lo terminase, el texto encontraría el mismo final que todos los anteriores: unos cuantos amigos lo leerían, alguno de ellos se atrevería a comentar sus opiniones con ella, y poco más. Aun así, siguió adelante.

Había amaneceres que la sorprendían sentada ante su ordenador, avanzando en la historia o volviendo atrás para pulir una parte anterior, lo cual no era sino otra manera de avanzar.

Cuando terminó, ocho meses y un día después de haber empezado, lo primero que sintió fue una mezcla de alegría desbordante y una profundísima tristeza. Alegría por llegar al final; tristeza exactamente por lo mismo. Llenó sus pulmones de aire y los vació poco a poco. Se puso en pie, dio un par de vueltas por su estudio, volvió a sentarse y releyó las últimas líneas. Luego fue a la primera página, que casi se sabía de memoria; era consciente de que convenía dejar el texto en reposo durante un tiempo e intentar volver a él como un lector virgen, pero le podía la impaciencia…

Volvió a levantarse. Fue a la cocina y se preparó una infusión y un sándwich. Después llamó a Gabriel y le dijo que había terminado. Él prometió que sería su primer lector; de hecho, ya había leído unos cuantos capítulos y aseguraba que le gustaban.

Pasaron los días, una semana entera. Estefanía no pudo aguantar más, así que se sentó a leer su obra. Hizo correcciones y varios cambios, pero tuvo la agradable impresión de que el texto estaba bastante limpio y que la historia no presentaba ningún error de coherencia. Es más, pese a que ella misma la había inventado, la historia la arrastraba en volandas página tras página. ¿Haría lo mismo con otros lectores? Cambió el título original de Los huesos me hablan por otro que le resultaba más sugerente: La lectora de huesos.

Tenía claro que enviar la novela a cualquier editorial, sin ninguna obra anterior publicada y sin contactos, era una ingenuidad. Tampoco le atraía la opción de autopublicarla en internet. Una cosa era subirla a la red, labor sencilla, y otra dedicar horas sin fin a facilitar que algún lector pudiera encontrarla entre toda la maleza digital. Estefanía no contaba con alma de comercial. Ya tenía su trabajo en el laboratorio y su afición por la escritura, no quería dedicarse en cuerpo y alma a inundar la red de anuncios y propaganda de su propia

novela. Preguntó a sus amigos, con la teoría oriental del hilo rojo en mente, y le sonrió la suerte. Una de sus mejores amigas, Cris, había salido un tiempo con un chico cuya hermana había trabajado en una agencia literaria. Por fortuna, pese a que habían roto, mantenían una relación cordial. Después de la agencia, la hermana había pasado a trabajar en una editorial, pero se trataba de una editorial especializada en literatura infantil, así que en ese sentido no podía ayudarla; sin embargo, todavía tenía contacto con la agencia. Aunque, claro, antes la leería ella misma; no quería pedir favores sin estar segura de que merecía la pena.

Estefanía le envió la obra a Cris, quien se la reenvió a su ex, y este se la pasó a su hermana. Al parecer los tres la leyeron más o menos al mismo tiempo. Días más tarde, Estefanía recibió una llamada entusiasmada de Cris en la que le decía que le había encantado. Dos días después Cris volvió a llamarla, esta vez para comunicarle que tanto a su ex como a la hermana de este también les había gustado. La hermana se había comprometido a hacérsela llegar a sus antiguos compañeros de la agencia.

Estefanía intentó no ilusionarse. Que su texto entrase en la agencia no significaba necesariamente que lo fueran a leer, y, aun en el caso de que lo leyeran, no tenía por qué gustarles. Y, si por casualidad les gustaba, eso no implicaba que fueran a ofrecerse a representarla, ni mucho menos que consiguieran que alguna editorial quisiera publicarla.

Contaba con la ventaja del laboratorio. Su trabajo allí era tan absorbente que consiguió no pensar apenas en la novela durante unas semanas. Y entonces sonó su móvil. Quien llamaba se presentó como Jaime Fontás, de la Agencia Literaria FEK (Fontás, Espín y Konrad). Sí, habían leído la novela; sí, les había gustado; sí, querían representarla. Y sí, estaba seguro de que hallarían una editorial para ella.

Estefanía leyó el contrato que le pusieron sobre la mesa, le pareció aceptable y lo firmó. Y pasó el tiempo.

Pero no mucho. Unos dos meses después, Fontás volvió a ponerse en contacto con ella: había una editorial interesada. Fontás alardeó de conocer a la directora editorial y haberle pedido que pusiera Huesos, como se refería él a la novela, por encima de otras obras pendientes.

—Le costó hacerme caso, por supuesto —dijo—, pero le insistí para que al menos leyera los primeros capítulos. Y lo hizo. —Y aquí Fontás soltó una risita de satisfacción.

—Es buena editorial, ¿no? —Estefanía nunca había prestado mucha atención a los nombres de las editoriales. En ocasiones compraba libros por su portada y, sobre todo, por lo atractivo que resultara el texto de la contraportada; en otras, confiaba en las recomendaciones de algunas amistades con gustos similares al suyo. No solía dedicar tiempo a buscar reseñas en la red ni se fijaba en cuál era el sello que los había publicado.

—Sí, es buena.

—¿Y la oferta?

—De eso quería hablarte —dijo entonces su agente—. No... Desde luego, no es una mala oferta, pero me temo que han tenido muy en cuenta que eres una autora novel, y que no tienes, aún, nombre en el mundillo. Según sus propias palabras, quieren arriesgarse pero no volverse locos. En fin, la oferta me parece aceptable, pero no es nada del otro mundo, si te soy sincero.

El deseo de Estefanía era publicar. No había pensado hacerse rica con ello. Tenía su trabajo de forense y una cuenta de ahorros más que saneada. Lo cierto es que era una persona que no solía pensar demasiado en el dinero, pues hacía mucho desde la última vez que había mirado con aprensión la cifra de su saldo en el banco.

—Acepto —se le escapó—. Si tú crees que la oferta es correcta, la acepto.

—No —le atajó Fontás.

—¿No?

—De momento, no —explicó su agente—. Dame un margen, Estefanía, ¿de acuerdo? Envié la obra a varias editoriales. Así es como funciona. No vamos una por una, sino que enviamos el manuscrito a varias de golpe. Esta ha sido la primera en contestar. Si su respuesta hubiera sido negativa, nos tocaría seguir esperando, pero ahora que tenemos una oferta, podemos meter prisas a las demás, ¿entiendes?

—¿No retirarán la oferta?

—No, esto funciona así, no te preocupes. No hay por qué aceptar la primera oferta que llega. Déjamelo a mí, ¿vale? Tampoco se trata de alargarlo mucho, claro, pero dame unos días. Escribo al resto de editoriales para informarles de que tenemos una oferta. Eso suele provocar que, si no lo han hecho ya, se pongan al menos con la

lectura. En muchos casos, al ser de una autora desconocida, la obra va quedando relegada por otras de escritores de la casa. Pero, en cuanto sepan que contamos con una oferta, se pondrán con ella. No todas, por supuesto; hay editoriales que no cambian su plan pase lo que pase, tienen su método y su ritmo muy definidos, pero otras sí. Tú no te preocupes: como poco, ya tenemos esto. Una oferta de publicación de tu primera novela es para alegrarse.

Estaba contenta, sí, pero más sorprendida que otra cosa. Era muy autocrítica y tenía la certeza de que escribía bien, siempre había sabido que lo hacía, pero ¿tan bien como para que le quisieran publicar su novela y pagarle por ello?

Le dijo a Fontás que hiciera lo que considerara conveniente; para eso, al fin y al cabo, se había puesto en manos de la agencia. Ahora, ya sí, la posibilidad de publicar por primera vez, de poder encontrar su libro en alguna librería, no se borró de su mente por mucho que se concentrase en el laboratorio.

Los días siguientes transcurrieron más lentos, como si el mecanismo del reloj gozara regodeándose con su impaciencia, y Estefanía empezó a temer que pudiera perder la oferta inicial. Dos veces cogió el teléfono para llamar a la agencia y decir que quería firmar ya, pero se contuvo. No mucho después fue de nuevo Fontás quien llamó: la segunda respuesta editorial era un rechazo. Veían cosas positivas en la obra, pero no les convencía lo suficiente. La tercera, en cambio, era otra oferta, aunque muy similar a la primera. Argumentaban aquí que su sello era importante, que una autora inédita, como era el caso, debería darse con un canto en los dientes solo por eso, y que siempre exisitía la posibilidad de renegociar más adelante, pero que para empezar no estaban dispuestos a dar más.

—¿Y eso es cierto? —inquirió Estefanía.

—Es verdad que esta editorial se mueve muy bien en el mercado, sí, pero no nos importa.

—¿Cómo que no nos importa?

—Porque ha llegado una tercera oferta, y esta sí es la que queremos.

Le desgranó los destalles, uno por uno, y le explicó que no encontrarían ni mejor editorial ni mejor oferta. Él mismo estaba algo sorprendido, reconoció.

—Yo sé que tu texto es bueno, muy bueno, pero, la verdad, no es fácil que te abran la puerta por primera vez, y mucho menos que te la abran de par en par y con tanta alegría.

Por fin, firmó el contrato y recibió la primera llamada de la editora, lo que daría paso a una larga sucesión de contactos en ambas direcciones, primero para trabajar en el texto hasta pulirlo por completo y luego para planificar el lanzamiento. Estefanía se dejó llevar. Su felicidad inicial se vio solapada por un cierto agobio y un vértigo creciente a medida que se acercaba la fecha de publicación. Por las noches, en su cabeza competían dos voces, una cantarina y otra grave y pausada. La primera le decía que había cumplido uno de sus sueños, que debía ser feliz por ello; la segunda, que por muchos cantos de sirena que oyera desde la editorial y la agencia, su libro quedaría enseguida sepultado por otros miles, y que no lo encontraría en ninguna librería a no ser que se dedicase a la ardua labor de zapadora y rebuscase en el fondo abisal de los estantes, detrás de todos los títulos de autores con más nombre y más carrera que ella.

Decidió hacer caso a aquella segunda voz y mantener los pies en el suelo. Se concentró como siempre en el laboratorio y siguió a lo suyo, eso sí, con una sonrisa casi perenne en los labios.

Llegó el día de la publicación, lo celebró con Gabriel y sus amigos, y no soltó el ejemplar de la novela durante toda la velada, como si temiera que fuera a disolverse. Al poco apareció una reseña en un periódico; muy positiva, lo que le hizo sospechar que el crítico tenía alguna relación con la editorial. Después una primera entrevista en una radio local. Y no mucho más tarde, un martes (lo recordaba porque recibió todos los mensajes al encender su móvil tras realizar una autopsia al cadáver de un adolescente que había sido encontrado tras varios días desaparecido), tres solicitudes de nuevas entrevistas de radio, una invitación a presentar la obra en la Feria del Libro de Madrid y un correo de la editora con varios recortes de reseñas publicadas en prensa de todo el país. ¿Qué estaba pasando?

Salió una segunda edición en menos de un mes. Y la tercera no se hizo esperar. De tener diez lectores contados, pasó a tener miles en cuestión de mes y medio. Le costó asimilarlo, pero, por fortuna, contaba con su trabajo y procuró aislarse de aquel éxito inesperado. Sin embargo, ese empeño no resultaba fácil, dado el número de buenas noticias que le llegaban casi a diario.

Su editora le preguntó si podría cogerse una excedencia, porque, en sus palabras, la marea era favorable y era el momento de subirse a

la ola. Vendieron los derechos en Francia, Italia y Portugal de una tacada. No mucho después, Alemania y Corea. Reino Unido y Estados Unidos se sumaron a finales de verano. Estefanía era reacia a solicitar la excedencia, pero fue el propio Francisco el que le aconsejó que lo hiciera. Unos meses, nada más. Para disfrutar de lo que le estaba ocurriendo (y para evitar errores si se desconcentraba, adivinó Estefanía).

Todo iba tan bien que dudaba que fuera real.

La editorial creó una página web dedicada a la novela y a la autora, y Estefanía comenzó a recibir cientos de correos de lectores que pedían una segunda obra con el mismo personaje. Jimena Garmendia, así se llamaba la doctora forense que protagonizaba La lectora de huesos. Tenía algo de ella misma, era inevitable, y la historia que contaba estaba inspirada en algunos de los casos en los que ella había trabajado, pero ni Jimena era Estefanía ni la historia era del todo real. Sin embargo, esa era una pregunta recurrente en todas las entrevistas. La doctora Garmendia había calado entre el público lector y todo el mundo quería más de ella.

—Escribe un nuevo libro sobre ella —casi le ordenó su editora. Era una mujer entrada en los cincuenta, con dotes de mando y cierto autoritarismo—. ¿Tienes algo pensado?

No lo tenía, pero no quiso admitirlo.

—Deja que le dé unas cuantas vueltas.

Aprovechando la excedencia, tomó notas de varias opciones para revivir a Jimena y trató de desarrollar las que le parecían más interesantes, pero ninguna le convencía del todo. A todas les encontraba pegas.

Sabía trabajar bajo presión. A menudo las autopsias que tenía que realizar eran para ayer o anteayer, le exigían resultados con urgencia y las prisas no la llevaban a cometer errores, pero ¿escribir bajo presión? Eso era algo muy diferente. Nunca había entendido la literatura como un esprint de cien metros, sino como una carrera de fondo. No quería escribir con prisas. Quería disfrutar del proceso, casi más incluso que del resultado. Su forma de entender el oficio de escritor era como la del viajero que no tiene más interés en el destino que en el viaje en sí.

Y quizá, por qué negarlo, había también algo de cierto en lo que mencionaba Gabriel: probablemente el éxito inesperado y exagerado

del primer libro podría estar afectándola. No sería la primera escritora a la que le sucedía. ¿La estaba paralizando, sin ser consciente de ello, el miedo a no ser capaz de escribir un segundo libro tan bien acabado como el primero? ¿Y si los buitres estaban al acecho, esperándola para verla caer? Tenía que contar con eso.

El caso es que no lograba superar la página número cincuenta de su nueva obra. Algo la frenaba, la bloqueaba.

Terminó el período de excedencia que le habían concedido y decidió volver al laboratorio. Su cuenta bancaria había engordado hasta tal punto que no necesitaba trabajar durante un tiempo, pero jamás se había planteado dejar su puesto de forma definitiva. La medicina forense era su vida. Tal vez ahora le sirviera además para limpiar su cabeza de todos aquellos temores que en el fondo resultaban absurdos.

Cuando comunicó a la agencia y a la editorial que regresaba al trabajo, no le costó vislumbrar en sus respuestas la decepción, pero no se dejó convencer para cambiar de opinión. Les prometió que escribiría un nuevo libro, pero que lo haría a su ritmo.

—Espero que tu ritmo no sea como el de Pynchon —le espetó su editora.

Curiosamente, el laboratorio le permitió tranquilizarse y recuperar la normalidad. Fue entonces, mientras se sucedían las reediciones de La lectora de huesos, cuando Gabriel y ella decidieron que deseaban tener un hijo. Ambos mediaban la treintena, así que era buen momento.

Luego vino todo lo demás. La baja médica, el nuevo regreso al trabajo, el aborto natural, la segunda baja, las discusiones con Gabriel, la ruptura, el vacío.

Desde entonces no se había planteado regresar al laboratorio, ni tampoco había escrito una sola página.

Salió de la ducha con la decisión tomada. Como había dicho Francisco, aquello le podía servir tanto para volver a su puesto, como para encontrar al fin una historia que escribir, y, de paso, resolver el misterio de la desaparición de la hermana de su jefe.

Envuelta en una toalla, cogió el móvil y marcó el número de Francisco.

—Ya lo he pensado —dijo en cuanto recibió respuesta al otro lado de la línea.

—¿Y? —En la voz de Francisco se transparentó cierto temblor.

—Sí, cuenta conmigo.

Estefanía oyó que su jefe resoplaba y, a continuación, le daba las gracias.

—Saldré para allá a primera hora, ¿de acuerdo? Pásame la información por correo, los contactos y todo eso.

—No, espera. Cenemos juntos esta noche. Creo que es mejor que te cuente varias cosas antes de que te pongas en camino.

—Bien, como quieras.

—Te recojo a las nueve, ¿te parece?

—Sí, a las nueve está bien.

EL HIJO DE LA BRUJA

DÉCADA DE 1960

Moreña, como cualquier otro lugar del mundo, tiene sus sombras, y en ellas vive Braulio, al que algunos llaman «el hijo de la bruja» y otros, la mayoría, prefieren ignorarlo hasta el punto de que fingen no verlo si por casualidad se cruzan con él. Lo cierto es que suelen transcurrir largas temporadas sin que nadie sepa de él y muchos suspiran por que no vuelva, pues consideran su sola presencia de mal agüero.

De Braulio se cuentan muchas historias, casi todas falsas, aunque sí hay algunas con, al menos, un poso de verdad. Se dice por ejemplo que no tiene edad, pues no es un hombre realmente, sino una especie de espectro, o que estuvo en la cárcel por delitos de sangre... Más de uno sospecha que Braulio es culpable de algo, aunque nadie acierta a decir de qué.

Alguien le dijo una vez que su vida es una canción cantada por un borracho de voz sucia que cambia el estribillo dependiendo de su inspiración y de su buena o mala memoria.

En torno a la mujer que lo llevó a Moreña también hay muchos rumores y pocas certezas. Ella fue la que lo puso en tratos con la muerte, y gracias a eso sobrevive. Braulio nunca ha matado a nadie, pero sabe mucho de muertos. Demasiado. Tanto que se le ha pegado su olor, pero él ya no lo nota. Siempre ha estado rodeado de malos olores.

Hay dos cementerios en Moreña. Uno en lo alto de una colina, con unas vistas preciosas que solo los sepultureros y los fantasmas disfrutan. El otro, debajo del mar.

Ahora, antes de que la noche se retire empujada por el sol implacable, Braulio avanza con su eterna cojera por las afueras del pueblo, cargado con un pequeño bulto a la espalda envuelto en tela basta. Hay grutas en la cima del acantilado en las que pocos además

de él se atreven a entrar. Siglos atrás las utilizaron y acondicionaron los contrabandistas, pero de eso hace mucho y su estado ha empeorado. Comunican con la base, después de girar y descender por pasadizos húmedos en los que el mar y el viento se combinan para proferir extraños murmullos que a veces se antojan femeninos. Abajo hay una barca con pintura descascarillada y nombre ya ilegible, amarrada a un saliente de roca. Braulio se alumbra con un candil para llegar hasta ella y deposita el bulto en el fondo con suma delicadeza, como si aún pudiera emitir un gemido. Desata la cuerda y empieza a remar.

Cuando se aleja lo suficiente del acantilado echa un vistazo hacia Moreña y piensa en su parecido con una población fantasma. Además de la del faro, solo cuenta un par de luces encendidas, lo demás es negrura, la oscuridad de los que duermen y tal vez sueñan. Al otro lado de esas dos ventanas, Braulio imagina a algún estudiante infatigable o algún insomne que maldice su suerte. En el cielo hay más luces que en la tierra. Las estrellas y la luna menguante son testigos de la estela que la diminuta embarcación va dejando a su paso, pero ellas no se lo contarán a nadie. Las palas de los remos producen un sonido acompasado. No hay más, el mundo se ha detenido.

A su espalda, cada vez más próxima, la isla de las Ánimas, que solo asoma entre las aguas cuando baja la marea para desaparecer horas más tarde, con cada pleamar. Es apenas un montículo de roca hueca —la joroba de un camello submarino a decir de los niños que nadan hasta ella en verano—, algo menos de una hectárea de terreno agujereado por cuyo interior se desliza el mar, primero en retirada y luego avanzando de nuevo para reconquistar la playa. Los niños osados que llegan hasta allí juegan a perseguir cangrejos y pescar con las manos peces despistados que han quedado atrapados en algún charco, a creerse robinsones o piratas sin barco ni tesoro, pero no tienen la más remota idea de lo que se esconde bajo la roca que pisan.

Eso solo Braulio lo sabe.

Allí se encuentra el segundo cementerio de Moreña, que él ha ido llenando con el paso de los meses. Ese es su oficio, el de Caronte. La bruja lo hacía antes que él, las primeras veces, y le enseñó. Ahora ella también está allí abajo, con los demás.

Sube a pulso la barca a unas rocas y vuelve a coger el bulto, con el que corona la isla y se dirige hacia el otro lado, la vertiente norte. Allí, uno de los muchos agujeros que perforan la superficie es más profundo que el resto. Parece que debajo solo tiene el mar, pero al

descender por él se accede a un túnel por el que Braulio pasa encorvado, siempre acunando el bulto como si no quisiera que despertase. Unos metros más adelante, el pasadizo se abre y forma una cámara oculta de techo abovedado, en cuyas paredes la roca está horadada con una suerte de nichos. Varios están ya ocupados, pero siguen quedando otros libres.

Con la misma delicadeza que antes, Braulio deposita el bulto en el primer nicho vacío, y entonces cierra los ojos y formula unas palabras aprendidas años atrás. No las entiende ni está seguro de pronunciarlas bien del todo; la bruja le dijo que pertenecían a un idioma antiguo. Abre los ojos y contempla a la luz de la linterna el bulto. Su forma menuda se advierte a través de la tela.

En los labios de Braulio se dibuja una media sonrisa y le desea buen viaje. La bruja le contó que desde allí las ánimas se marchaban a un lugar mejor y que, por tanto, lo que ellos hacían no era algo malo, sino todo lo contrario.

No puede entretenerse, porque la marea va a empezar a subir y se llevará su barca, y una de las muchas cosas que Braulio no ha aprendido nunca a hacer es nadar. Su mirada hace un último y rápido recorrido por la galería de nichos naturales, aquí y allá asoman bultos o simplemente fragmentos de tela. No sabe sus nombres, la Muerte no se los ha dicho, pero él ha inventado uno para cada bulto y los ha ido anotando con su enrevesada caligrafía en una libreta de hojas cuadriculadas. Considera que merecen al menos eso de su parte, un nombre con el que poder ser recordados.

Desanda el camino y sale a la superficie de ese mundo emergido, esa isla intermitente que ya ha empezado a hundirse. La luna y las estrellas siguen allí, se diría que observándole.

Ahora, mientras rema para regresar a tierra, sus ojos no se apartan de la joroba de piedra y musgo que esconde secretos y huesos a partes iguales.

RECUERDOS EN EL FONDO DE UNA COPA DE VINO

—A veces todavía sueño con ella —dijo Francisco, contemplando el vino con la misma mirada con la que esa mañana había observado el café en La Estación—. La veo vagando por el bosque, incapaz de encontrar la salida. En aquel tiempo, creíamos que el bosque era mágico, que los senderos que lo cruzaban podían cambiar de lugar o desaparecer para engañar a los viajeros. Sueño que Carolina continúa allí dentro, que nadie se la llevó. Ella sigue estando en el bosque, perdida, y sigue siendo una niña, porque allí el tiempo se ha detenido y no volverá a ponerse en marcha hasta que la encontremos.

Estefanía prefirió no decir nada. Ella también conocía muy bien la pérdida, pero la suya era diferente a la de Francisco. Ella sabía lo que había sucedido y, aunque no fuera exactamente lo mismo, podría tener otro hijo en el futuro si así lo decidía. En cambio, su jefe no tendría nunca más a su hermana e ignoraba qué era lo que había sido de ella.

Francisco resopló para abandonar el pasado y regresar al restaurante. Estaban en el Cosmo, un local pequeño y con pocas mesas, en el que la comida era más que aceptable y, sobre todo, se podía conversar sin necesidad de alzar la voz.

—Nemesio Gutiérrez es el forense encargado. Ya le he dicho por correo que vas para allá.

—¿Lo conoces?

—Personalmente, no. Pero me he informado sobre él: es veterano y bueno en lo que hace. No me preocupa. Te pasará su informe cuando lo tenga listo. Mi ADN está en el sistema; lo cotejará con las muestras que obtenga. No pretendo que tú entres allí, a no ser que algo no te quede claro con su examen. En principio, es preferible evitar que Gutiérrez pueda pensar que pasamos por encima de él. Lo que te pido es... —Hizo una pausa mientras localizaba las palabras adecuadas para explicar su propósito—. Haz tu labor de documentación, como lo hiciste para tu novela. El caso de Carolina está cerrado, no oficialmente, claro, pero han pasado treinta y seis años. Si alguno de esos huesos es suyo, al menos ya sabré que está muerta, pero faltará por saber el resto. Por muchos favores que pueda pedir, la policía no

se concentrará en investigar un tema tan antiguo. Lo mirarán, claro, pero al ritmo que les permitan otros casos más actuales. Tú ya sabes cómo va. Eres una buena investigadora. Di a todo el mundo que estás recabando información para un nuevo libro. Seguro que así se abren a ti y te cuentan cosas que, si no, se callarían.

»Yo era un crío cuando sucedió. No mucho después, mis padres me sacaron de allí y pusieron a la venta la casa. Mi padre volvió unas cuantas veces, al principio, para que el caso no se enfriase, pero ni mi madre ni yo volvimos a poner el pie en Moreña. —De nuevo, Francisco se quedó sumido en un silencio plomizo que Estefanía no quiso romper—. Cuando me saqué el carné de conducir, le cogí una noche el coche a mi padre y me fui hasta allí. No les dije nada, no me lo habrían permitido. Cuando llegué al cartel de entrada al municipio, mi pie pisó el pedal de freno. A fondo, tanto que el vehículo derrapó y por poco me salgo de la carretera. No llegué a entrar, no pude hacerlo. Moreña se ha convertido en un territorio vedado para mí.

»Y, ¿sabes?, era mi paraíso hasta que mi hermana se desvaneció. En serio. Muchas personas recuerdan su infancia como un tiempo precioso al que desean volver de vez en cuando, ya lo sé, pero no es eso lo que me pasa a mí. Yo no quiero revivir mi infancia, porque fue entonces cuando experimenté la mayor tragedia de mi vida. Sin embargo, hasta que sucedió, era plenamente consciente de que Moreña era un paraíso, de que éramos afortunados por estar allí. No sé si me explico, Estefanía. A pesar de que era un renacuajo, era más espabilado que la mayoría. Era uno de esos críos que maduran antes de lo que les toca, mucho antes que los que le rodean. Pensaba cosas que otros no pensaban a mi edad. Moreña era un paraíso, y se transformó en...

—Un infierno —murmuró Estefanía.

—No. Más bien un borrón en el mapa. Es un lugar que ya no existe para mí. O no existía, hasta que su playa se llenó de huesos.

Francisco sacó del bolsillo de su camisa una hoja de papel plegada y se la pasó a su amiga por encima de la mesa.

—¿Qué es?

—Un listado de los otros chicos y chicas que componían nuestro grupo. Y otro de vecinos mayores que puede que sigan viviendo allí.

—¿Quieres que hable con todos ellos?

—Bueno, más de uno de la segunda lista habrá fallecido. Pero sí, habla con la pandilla. Ahora mismo eres una celebridad.

—Tampoco es eso.

—Lo eres. Todo el mundo conoce tu novela. Aunque no la hayan leído, han oído hablar de ella. Por mucho que seas forastera en Moreña, se abrirán a ti como si te conocieran de toda la vida, sobre todo si piensan que quizá salgan en tu próximo libro.

Estefanía asintió. La lectora de huesos había tenido tal campaña publicitaria (cuando su éxito ya había empezado a ser una realidad) que había descubierto ejemplares no solo en todas las librerías, sino en los escaparates de pequeñas papelerías de barrio junto a lo último de Ken Follett o Dan Brown, lo que le había provocado un vértigo que la obligaba a bajar la mirada para cerciorarse de que sus pies continuaban en contacto con el suelo. También había visto su libro en manos de lectores anónimos que se cruzaban con ella por la calle, o sentados en mesas apartadas en alguna cafetería o en un vagón del metro. Tenía razón Francisco al decir que su nombre y el título de su obra eran conocidos en todas partes. Dentro de un tiempo, si no conseguía escribir un nuevo libro, o si lo escribía pero no repetía el éxito del primero, lo olvidarían, pero por ahora tanto Estefanía Román como La lectora ocupaban espacios en tertulias literarias y conversaciones de amigos. Sí, era probable que algunas personas se mostrasen ante ella más abiertas que ante un agente de policía.

Echó un rápido vistazo a la lista de personas y comprobó que de algunas solo aparecía el nombre de pila, mientras que de otras estaban también los apellidos, al menos el primero.

—Mencionaste esta mañana otras desapariciones anteriores.

—Sí. Varios años antes. Fueron, en realidad, dos series de desapariciones, pero la primera es muy antigua y diría que no es más que una leyenda. La otra, en cambio, es real.

—¿Y no crees que pueda haber relación?

—Hay muchos años entre una cosa y otra. —Francisco chasqueó la lengua—. Lo dudo, la verdad, pero eso no quiere decir nada. Dudo de todo, porque sobre Moreña, y habiendo vivido allí, no puedo decir que sepa nada con seguridad. Ya te digo que es un lugar extraño. Muy extraño. —Los dedos de su mano derecha tamborilearon unos instantes en el borde de la mesa, como si buscasen un teclado—. Escucha, Estefanía. Quiero que sepas que te agradezco mucho que

hagas esto. Sabía, cuando te llamé, que no era una petición normal, pero…

—No te preocupes.

—Todos tus gastos, todos, lo que sea, yo me encargo de ello. Y si ves que no encuentras nada de lo que tirar… —se encogió de hombros —, lo dejas. Me vale con que lo intentes.

—Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes.

—¿Qué?

—Nada, perdona. Es una de esas frases de Yoda. Una tontería. De hecho, es su única frase que no me gusta. No te preocupes, en serio, Francisco. Lo haré lo mejor que pueda. No soy detective, pero…

—Eso ya lo sé. Eres muy buena en todo lo que te propones, y confío en ti. Por eso te lo he pedido.

—¿Llegaste a ver el informe de la investigación?

—Aquello era principios de los ochenta… Yo no lo vi, desde luego. Puede que a mi padre le dejaran leerlo, no lo sé. Él mantuvo contacto con los guardias civiles de Moreña durante algún tiempo después de marcharnos. A alguno de ellos lo conocía bastante bien, era el padre de otro chico del grupo. De vez en cuando llamaban a casa y hablaban con él un buen rato, supongo que para ponerle al corriente de todo. A mí mis padres me metieron en una burbuja. No querían que sufriera secuelas por el trauma, ya sabes.

—Claro.

—La cuestión, en definitiva, es que no llegaron a ninguna parte. De verdad pienso que lo hicieron lo mejor que pudieron, o que supieron, pero la investigación que realizaron no sirvió para aclarar nada. Que yo tenga constancia, ni siquiera hubo un sospechoso. Creo que de eso me habría enterado. Si a mis padres les hubieran dado algún nombre, yo habría acabado por saberlo. Les escuchaba hablar por las noches en su habitación… Ninguno de los tres pudimos dormir mucho a partir de aquel día.

—Me hago una idea —dijo Estefanía. Sobre el no poder conciliar el sueño por culpa de una ausencia, ella sería capaz de escribir un tratado completo—. Háblame de ella, de Carolina.

Francisco rellenó las copas y dio un sorbo de la suya.

—Me contaba historias…

CAMINO DEL NORTE

Nunca se había fijado más de la cuenta en marcas de coches ni en características de motores. Había sido Gabriel quien había elegido su nueva adquisición cuando las constantes reediciones de La lectora de huesos empezaron a engordar su cuenta bancaria. Un Volvo XC60 que Estefanía más de una vez confundía con un Toyota. «¿Es que no sabes ni qué coche tienes?», le habían preguntado entre risas, ante lo que ella se limitaba a encogerse de hombros. El único vehículo por el que de verdad había sentido aprecio fue el primero que tuvo: un Ford Fiesta de segunda o tercera mano, con varias manchas de óxido en la chapa, alguna que otra abolladura y unas ruedas que no parecían muy diferentes de las de una bicicleta. Más tarde, cuando en el taller la convencieron de que no merecía la pena que gastara más dinero en arreglar sus constantes averías, porque no se atrevían a comprometerse a que no apareciera una nueva a los pocos días, compró un Focus, también de segunda mano, pero ya no fue lo mismo. Con el Fiesta había recorrido buena parte de la geografía del país; había hecho cientos de kilómetros solo para asistir a algún concierto; había dormido en el asiento de atrás al borde de una playa a finales de algún verano, con alguna amiga e incluso con algún ligue ocasional; se había quedado tirada en medio de ninguna parte no una ni dos veces, lo que, visto en retrospectiva resultaba mucho más divertido de lo que había sido en el momento... La culpa no era del Focus, por supuesto, sino de que lo compró al poco de entrar en el laboratorio, con lo que su función quedaba reducida a llevarla de casa al trabajo y alguna breve escapada de fin de semana. Luego ni eso, pues los viajes por tierra los realizaban en el vehículo de Gabriel, quien sí era un fanático de los coches.

Para el Volvo XC60 aquel era su primer viaje largo. Podría haber ido en tren y alquilar un coche al llegar, pero decidió hacerlo en su propio vehículo. No le gustaban especialmente los coches, pero le encantaba conducir. Y pensó que los cientos de kilómetros que la separaban de Moreña le vendrían bien para tratar de poner un mínimo de orden en toda la información que le había facilitado Francisco y planificar un poco sus primeros pasos al llegar.

Dejó que los primeros acordes de Whiskey in the jar inundasen el habitáculo mientras salía del garaje y buscó la salida más próxima hacia la autovía del Norte.

Carolina le contaba historias a Francisco. Y no solo a él. A veces se reunía la pandilla en cualquier parte, como el garaje reconvertido en trastero que tenían los padres de un chico llamado Teo, o una casa en ruinas en las afueras, y algunos contaban historias de miedo, y las que más triunfaban eran las de ella.

Sin proponérselo, Estefanía pensó que Carolina le habría caído bien. Sabía muy poco de ella, pero esa escasa información que Francisco le había dado dibujó en su mente la imagen de una chiquilla agradable, una buena hermana mayor y una amiga divertida. Estefanía era hija única y con frecuencia envidiaba la relación que alguna de sus mejores amigas tenía con sus hermanas y hermanos.

De esa idea pasó a otra muy diferente. Por su cabeza cruzaron las razones más factibles que podían explicar la desaparición de una niña. Cuando se dio cuenta, había superado con mucho la velocidad permitida en aquel tramo de carretera. Levantó el pie del pedal, aflojó la tensión con que sus manos aferraban el volante, y trató de concentrarse en la letra de la canción que sonaba en ese momento: una versión oscura que el grupo Disturbed había realizado del tema The Sound of Silence, de Simon & Garfunkel.

LA BRUJA

DÉCADA DE 1960

—Ven conmigo —le dijo la bruja.

Eran otros tiempos, incluso quizá otro mundo. La bruja le hablaba desde el otro lado de las llamas de una hoguera, que por momentos le desdibujaban el rostro. Al principio eran cinco las personas reunidas alrededor del fuego, pero después quedaron solo ellos dos, la mujer sin edad y el muchacho cojo que no conseguía deshacerse del frío por mucho que se acercase a la lumbre. Había aparecido días atrás, sin explicar de dónde, y se había quedado merodeando, casi siempre a la vista, pero a una distancia prudencial. A las preguntas sobre su origen y las razones por las que estaba allí no contestaba, hacía un mohín y miraba hacia otro lado, dejando claro que no era un tema del que fuera a hablar, así que lo dejaron estar. Nadie pensó en avisar a las autoridades; todos, a fin de cuentas, poseían un pasado del que no querían hablar, y quienes lo hacían se lo inventaban. En aquellos días no estaban cerca de ninguna población, de modo que si el chico estaba allí debía de ser porque llevaba muchos días vagando por los campos.

Fuera del círculo de luz se distinguían los contornos de varios carromatos decorados con vivos colores y enormes letras de molde. Del interior de alguno de ellos brotaba una claridad ocre y algo de música, o murmullos, pero la mayoría estaban a oscuras y silenciosos.

La bruja echó varios puñados de tierra sobre la hoguera y se encaminó hacia uno de los carromatos más apartados y destartalados. No volvió a llamarlo, pero el chico, tras una pausa recelosa, se decidió a seguirla. Estaba harto de dormir al raso.

Dentro reinaba el desorden más absoluto. Había todo tipo de artilugios y cachivaches cuya función, si es que existía, era una incógnita para él, que lo observaba todo con inquietud y desasosiego. Del techo colgaban aves disecadas, trozos de tela de distintos colores, esferas de diversos tamaños, réplicas de instrumentos musicales. Una cortina raída dividía la alargada estancia en dos; tras ella había una mesa, una silla, un perchero con decenas de prendas de ropa y una

única cama, deshecha y hundida por el peso del cuerpo que la había utilizado durante años. La mujer se quitó el abrigo y se tumbó sin decir nada, como si se hubiera olvidado de pronto de su invitado, que permaneció inmóvil, clavado al suelo de listones de madera.

—Acuéstate donde quieras —murmuró la vieja, con la voz ya distante, adormecida—. Me llamo Cruz, para que lo sepas.

Cuando ella empezó a roncar, el chico aún no se había movido. Luego, cuando el cansancio pudo más que su desconfianza, fue a un rincón y se encogió formando un ovillo, como un perro faldero.

Durante cosa de dos años y medio (aunque el tiempo era algo que Braulio jamás llegó a ser capaz de medir bien; todo había sucedido «ayer», o «la semana pasada», o simplemente «antes») vivieron en aquel circo ambulante que levantaba el polvo de los caminos de tierra que llevaban a los pueblos y aldeas más recónditos, allí donde no eran frecuentes semejantes espectáculos y, por tanto, su público no se molestaría si los payasos no hacían gracia, si la mujer barbuda era un barbudo disfrazado con un sujetador relleno de calcetines o si a los leones se les adivinaban los huesos. O si a la bruja se le veían los trucos.

Ella jugaba con no poca ventaja, pues su aspecto y su carácter ya recordaban de por sí a los de una bruja de cuento infantil y su clientela estaba compuesta más que nada por viejecillas crédulas y jovencitas enamoradizas a las que era sencillo engatusar. Los naipes, la bola de cristal, los posos del café y los huesos del último conejo que había cazado decían siempre lo que su clientela esperaba oír y que ella sabía sonsacarles disimuladamente. Sí, ese muchacho te quiere, pero es más tímido de lo que parece. No, son imaginaciones tuyas, tu marido y tu hermana no te engañan. Luego, si sus afirmaciones resultaban erróneas, ella y el resto de farsantes del circo ya estaban lejos para atender reclamaciones.

Braulio la veía hacer y deshacer maravillado, convencido de que en el fondo sí había algo de brujería en ella, y divertido, porque le parecía increíble que los clientes no descubriesen sus trucos. A veces alguien le pedía contactar con un familiar difunto y entonces ella ponía en juego su galería de efectos especiales. Primero sus ojos giraban hacia dentro, dejando a la vista un vacío blanco que sobrecogía. Un pedal bajo la mesa accionaba un pequeño altavoz del que brotaban a intervalos los sonidos característicos de una tormenta,

truenos, estallidos de relámpagos, silbidos del viento como aullidos de fieras acechantes. Daba igual si afuera la noche era estrellada y seca, la tempestad sonora siempre ayudaba a crear un ambiente adecuado para invocar a los espíritus. A continuación, la presión sobre un cordel atado a una de las patas de la mesa producía el chirrido de una puerta al abrirse y una serie de quejidos ahogados, tan lejanos que de verdad parecía que tuvieran que atravesar la distancia inabarcable desde el limbo. Por último, una voz masculina, ronca y oxidada, emergía de su garganta y preguntaba: «¿Quién eres?». La clienta (casi siempre era una clienta), ya para entonces asustada, daba su nombre y la voz de hombre volvía a preguntar: «¿Con quién deseas comunicarte?». A partir de ahí, la bruja daba rienda suelta a su portentosa imaginación, apoyada en los datos que antes había obtenido en su amigable charla con la clienta, y, si en algún momento le sobrevenían dudas o percibía que al otro lado de la mesa empezaban a sospechar gato encerrado, se excusaba con fallos en la conexión.

—¿Fallos?

—Intermitencias. No es fácil hablar con los espíritus. Hay días que es sencillamente imposible.

Poco a poco le confió a Braulio todas sus argucias y para el chico no hubo mejor diversión que asistir a la farsa y ver los rostros embelesados de quienes se tragaban todo lo que la bruja tenía a bien soltar por su boca.

Hubo ocasiones en las que ni las mejores artes de Cruz dieron el resultado esperado y tuvo que hacer frente a gritos y amenazas, pero fueron escasas. Por lo general, le daban las gracias y hasta se echaban en sus brazos.

Un día se presentaron las autoridades y amenazaron al director del circo con una multa por no tener licencia ni permiso alguno, y, como si todos hubieran estado esperando que sucediera algo así para largarse, eso supuso el pistoletazo de salida de una carrera sin dirección ni meta marcada. Cada carromato partió alejándose de los demás.

Sentada en el pescante del suyo, la bruja Cruz arreó al anciano burro y, en cuanto pudo, giró hacia el norte. A su lado, dejándose llevar hacia un destino que hasta la fecha solo en una ocasión había decidido él, Braulio preguntó:

—¿Adónde vamos?

—Al lugar donde nací.

—¿Y está lejos?

—Mucho, sí. —Y añadió—: No sé si este burro tendrá fuerzas para llevarnos hasta allí.

Braulio siempre le ponía nombre a todo y había bautizado al animal con el de Gafotas, por unas manchas blancuzcas que rodeaban sus ojos tristones, pero la bruja se limitaba a llamarlo burro y santas pascuas.

—¿Tienes casa allí?

La mujer soltó una risa sarcástica.

—No, hace mil años que no tengo más casa que este carro, chaval. Pero ya me las apañaré para encontrar algo.

—¿Mil años? ¿Has dicho mil años?

La bruja lo miró con la misma mirada que dedicaba al animal que tiraba del carromato.

—Es un decir, no soy tan vieja.

Esa noche la pasaron junto a una arboleda, acompañados por el ulular de un par de búhos y un viento frío que presagiaba la lluvia del día siguiente.

—¿Tienes familia en ese sitio? —inquirió Braulio. La familia era una de sus mayores preocupaciones en aquella época. La suya era la razón por la que un día había echado a andar hasta tropezar, aterido, desnutrido y cubierto de polvo y tierra, con el circo. No sabía si todas las familias eran como la que a él le había tocado en suerte, pero, por si acaso, prefería no acercarse a ninguna.

Cruz tardó tanto en contestar que Braulio pensó que se había quedado dormida. Cuando por fin se oyó su negativa, él ya casi no recordaba cuál era la pregunta.

—¿No tienes a nadie?

—Te tengo a ti, ¿no? —dijo la mujer.

—Pero… tú y yo no somos familia.

—¿Qué pasa?, ¿haces méritos para que te den un premio al mocoso más simpático de la comarca o qué?

—No, pero no somos familia.

—Eso de «familia» muchos lo entienden solo como una palabra, y no es así. Pero bien, si tú no quieres, no somos familia. Cuando te apetezca, te bajas del carro y te vas con viento fresco.

Braulio la oyó moverse en la cama y maldecir por lo bajo, así que esperó unos minutos para hacer una nueva pregunta:

—Si naciste allí, ¿cómo es que no tienes a nadie?

No estaba dormida, pero no contestó. Su historia era larga y prefería no recordarla.

—Duérmete de una puta vez.

La bruja a veces acertaba en sus pronósticos sin necesidad de leer cartas ni huesos: Gafotas no tuvo fuerzas para llegar hasta el final del camino. De repente, se detuvo, aguantó de pie unos instantes y luego sus patas se vencieron. La mujer soltó una maldición y Braulio, por la inclinación inesperada del carromato, cayó hacia delante.

El animal no reaccionó ni con mimos y agua, ni con insultos y patadas, así que la bruja soltó las cinchas que lo sujetaban y ordenó a Braulio:

—Cierra los ojos y tápate los oídos.

—¿Por qué?

—Porque yo lo digo, niño —dijo, mientras desaparecía en el interior del carromato para salir un minuto más tarde y encontrarse a Braulio con las manos presionando sus oídos y los ojos cerrados con fuerza, a un metro escaso de la cabeza del burro. Lo cogió por los hombros y lo desplazó un poco más lejos. Volvió junto al animal, le acarició entre las orejas y le descerrajó un tiro desde tan cerca que la sangre le salpicó la ropa y la cara.

—¡Cagontó! —exclamó con asco.

Tenía la pistola desde hacía años, pero aquel fue el primer disparo que efectuaba. Hasta entonces solo la había empuñado para ahuyentar a algún tipejo que se había acercado demasiado al carro sin ser invitado.

Cuando se dio la vuelta, Braulio tenía los ojos abiertos de par en par y las manos a poco más de un centímetro de sus orejas. El sonido seco de la detonación había atravesado sus manos y le había hecho ponerse a temblar. Una lágrima asomaba indecisa entre las pestañas.

—¿Sabes cuántos años tenía? —le espetó la mujer—. Más que las pirámides de Egipto. Le he hecho un favor, y eso que él nos ha dejado tirados. Ahora no vamos a poder mover el carro, lo sabes, ¿no? —Por toda respuesta, el niño se limitó a bajar los brazos—. Y mira, mira a tu alrededor. Mira, anda. —Hizo un gesto circular con la mano sin reparar en que seguía sosteniendo el arma, lo que le confirió al movimiento el carácter de orden taxativa. Braulio giró sobre sus talones y no vio más que campos resecos y árboles solitarios a los que el viento había inclinado hasta casi abatirlos. A lo lejos, tanto por delante como por detrás, las siluetas picudas de unas montañas—. ¿Ves algo? Porque yo no. Estamos en medio de ninguna parte, en el centro mismo del maldito vacío. ¡Aquí no hay nada! No hay un alma en kilómetros a la redonda. Así que dime, ¿qué hacemos? ¿Dónde vamos a conseguir otro animal que tire del carromato? ¿Quieres hacerlo tú? ¿Verdad que no? Pues entonces no derrames esa lágrima, porque el maldito burro podría haber elegido otro sitio donde espicharla, ¿no crees? Y aun así, le he hecho el favor de ahorrarle el sufrimiento.

Braulio asintió. Entendía aquel razonamiento, o eso creía.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó.

La bruja se encogió de hombros y de pronto fue ella la que se puso a llorar. Un torrente de lágrimas y palabras soeces que, al combinarse, hicieron que Braulio rompiese a reír. Y Cruz, todavía con la pistola en la mano, lo imitó.

Fue la última noche que pasaron en aquel barco varado en tierra firme, donde el mar no pasaba de ser un concepto incierto y, para Braulio, un misterio al que nunca se había acercado. Ninguno de los dos durmió bien. Ocuparon las horas en contemplar en silencio las

sombras de las decenas de objetos que compartían el reducido espacio del carromato y que al amanecer dejarían atrás.

A Braulio lo despertó un olor intenso, punzante. Abrió un ojo y luego el otro, y se descubrió solo en el interior del carro, lo que lo asustó como hacía mucho que nada lo asustaba. Si la bruja lo había abandonado, ¿qué haría él? Al moverse debió hacer ruido, porque desde fuera le llegó la voz hosca de la mujer:

—Si ya estás despierto, sal de ahí, mocoso. —Nunca dejaría de llamarlo así.

Ella había sacado algunas de sus cosas y las había puesto en un par de hatillos. Después había rociado el carromato con gasolina.

—No me mires así, no pensaba dejarte ahí dentro. ¿Tienes todo lo que quieres llevarte?

Braulio volvió a asomarse al interior, cogió las prendas que no había tenido tiempo de ponerse y asintió.

Cruz contempló un instante el carromato en el que había vivido la última década y media de su vida, sacó una caja de fósforos, prendió uno y lo lanzó al pequeño charco de gasolina que se había formado en el pescante.

GUTIÉRREZ

El hospital San Carlos estaba ubicado en un antiguo convento, un edificio de fachada desnuda, lúgubre y sombrío, que cargaba con mala reputación entre el vecindario. A pocos pacientes les agradaba la idea de tener que ser ingresados en aquel lugar de aspecto tan triste e insano. Resultaba difícil pensar que en un edificio insalubre, necesitado de una profunda restauración, se pudiese recuperar la salud de nadie. Estaba en la población de Villanueva, pero atendía a toda la comarca de Moreña.

En su interior la recibió un frío muy poco acogedor y, al bajar las escaleras que conducían a la sala de autopsias, Estefanía Román recordó una escena de El árbol de la ciencia de Baroja, en la que las cabezas de los cadáveres que van arrastrando los estudiantes se golpean contra los peldaños de piedra. Pom, pom..., pom. El celador que la acompañó le dijo que esperase en una diminuta estancia, ante unas puertas de cristal cubiertas con un vinilo que no permitía ver qué había al otro lado. Ella, de todas formas, sabía muy bien qué era lo que había. No podía ser muy distinto a su propio laboratorio.

Al poco, las puertas se abrieron y emergió Nemesio Gutiérrez.

Durante buena parte del trayecto a Moreña, Estefanía había tratado de anticipar cómo sería la reacción de su colega. Era fácil suponer que Gutiérrez pudiera sentirse algo molesto por la situación, que creyera que ella iba a supervisar su labor o a tocarle las narices, pero no hizo falta decirle que no era esa su intención. El doctor le dedicó una sonrisa cordial y, cuando terminó de secarse las manos que se había lavado antes de salir a recibirla, le tendió la mano derecha mientras con la izquierda hacía una bola con las toallas de papel. Tenía unas manos grandes, de dedos muy largos, que de alguna manera no pegaban con el resto de su cuerpo. Era Gutiérrez un tipo de corta estatura, poco pelo, tan delgado que le sentaría bien el calificativo de raquítico. Debía andar más cerca de los sesenta que de los cincuenta. En el interior de sus ojos color miel todavía se apreciaba un atisbo de juventud.

—Bienvenida, doctora Román.

—Gracias. Solo he pensado pasarme a saludar antes de dirigirme a

Moreña.

—Bien, sí. Si quiere que le acompañe a tomar un café… Yo ya he tomado tantos hoy que no resisto ni uno más, pero podemos hablar unos minutos en la cantina.

—No quiero interrumpirle, doctor. Mi intención era saludarle y…, bueno, romper el hielo. No sé qué piensa usted de todo esto, y no me gustaría que mi presencia le resultase molesta.

Gutiérrez encogió los hombros, aunque el gesto apenas fue perceptible bajo la bata.

—No hay problema. Su jefe me puso al corriente, descuide. Sí me llamó la atención cuando me dijo que vendría usted, claro, pero por mi parte no hay inconveniente. Eso sí, de momento no tengo nada.

—Me hago cargo.

—Como sabe, aquí el factor ambiental es determinante. Todos esos huesos han pasado años en el agua.

—Agua salada y fría.

—En efecto. Los huesos están en muy malas condiciones, el putrílago ha desaparecido. Y estaban recubiertos de mejillones diminutos.

—Entiendo que Francisco le pasó mi número y mi correo.

—Sí, así es.

—Le agradeceré que me comunique cualquier cosa de interés.

—Desde luego, claro. Le pasaré el informe cuando lo termine, y si antes doy con algo llamativo le daré un toque.

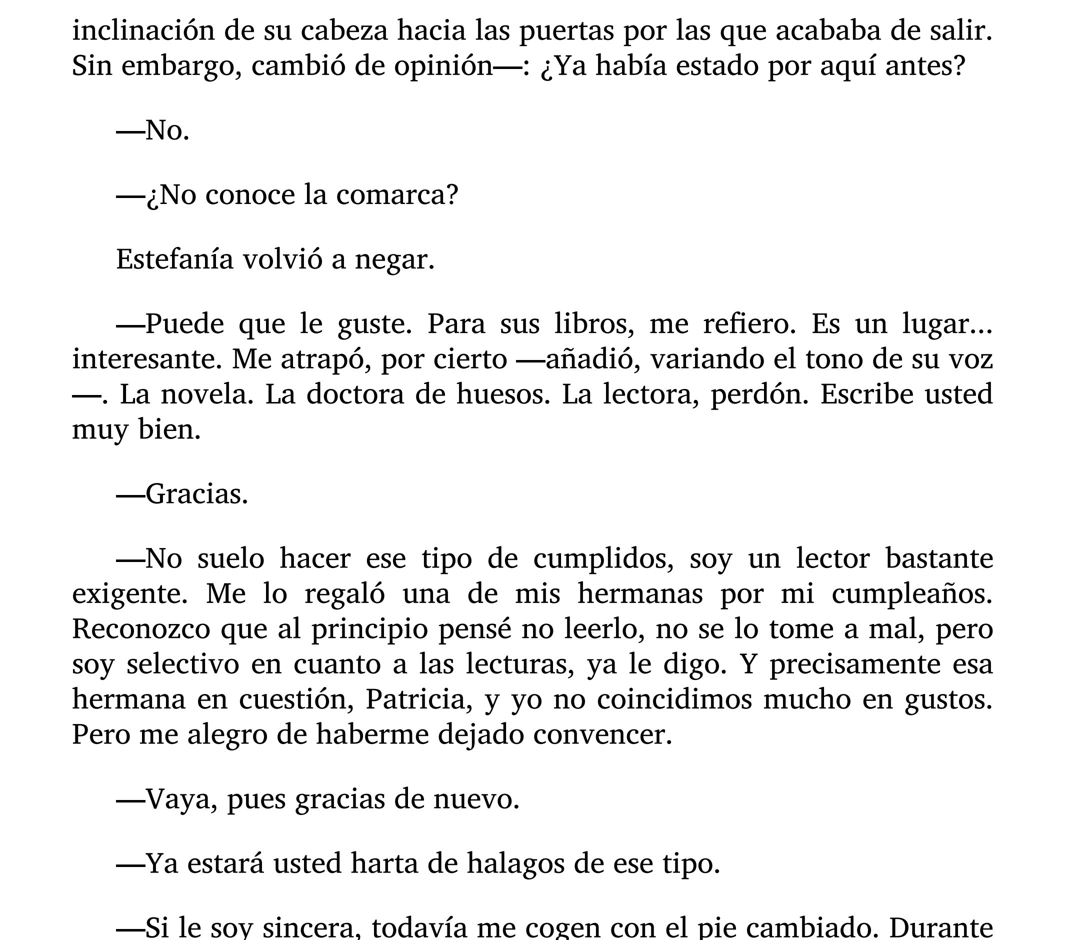
—Muchas gracias.

—¿Seguro que no le apetece un café?

—He hecho un par de paradas en el camino. Hacía años que no conducía tanto.

Gutiérrez sonrió con amabilidad.

—Bien, entonces vuelvo con lo mío —dijo, y señaló con una leve



inclinación de su cabeza hacia las puertas por las que acababa de salir. Sin embargo, cambió de opinión—: ¿Ya había estado por aquí antes?

—No.

—¿No conoce la comarca?

Estefanía volvió a negar.

—Puede que le guste. Para sus libros, me refiero. Es un lugar... interesante. Me atrapó, por cierto —añadió, variando el tono de su voz —. La novela. La doctora de huesos. La lectora, perdón. Escribe usted muy bien.

—Gracias.

—No suelo hacer ese tipo de cumplidos, soy un lector bastante exigente. Me lo regaló una de mis hermanas por mi cumpleaños. Reconozco que al principio pensé no leerlo, no se lo tome a mal, pero soy selectivo en cuanto a las lecturas, ya le digo. Y precisamente esa hermana en cuestión, Patricia, y yo no coincidimos mucho en gustos. Pero me alegro de haberme dejado convencer.

—Vaya, pues gracias de nuevo.

—Ya estará usted harta de halagos de ese tipo.

—Si le soy sincera, todavía me cogen con el pie cambiado. Durante años pensé que no conseguiría más lectores que aquellos que me leían por cierto compromiso, por ser familia o amigos.

—Intentaré tener pronto algo para usted.

—Perfecto.

—Estará deseando llegar a su hotel, y yo estoy deseando poder terminar por hoy.

Se despidieron con un nuevo estrechón de manos, y Estefanía regresó aliviada a la superficie y al aparcamiento. Sus recelos sobre la actitud de Gutiérrez ante su presencia allí se habían disipado.

EL MAR DE LOS NAUFRAGIOS

DÉCADA DE 1960

Permanecieron inmóviles y en silencio la hora larga que el fuego tardó en devorar el carromato, hasta que solo quedaron de él los rescoldos y una rueda que, por puro azar, permaneció casi intacta.

—Hasta aquí mi carrera de artista circense —musitó Cruz, más para sí misma que otra cosa.

—¿Y qué vas a hacer ahora? —le preguntó Braulio, que sin embargo la había oído.

—Lo que se tercie, como siempre.

Echó a caminar hacia el norte, con la humareda a su espalda, y el chico la siguió.

Lo que se terció fue hacerse ladrona, descuidera, prostituta, curandera y, más adelante, ayudante del Diablo.

Tuvieron que caminar durante varias jornadas para llegar al lugar donde ella había nacido, principalmente campo a través, porque así lo decidió Cruz. Solo al atardecer, empujados por el hambre, se acercaban a alguna granja o a las aldeas que divisaban en la lejanía. Pillaban lo que podían, sobre todo fruta de los árboles, pero también, si había suerte, embutidos colgados para secarse en un cobertizo o demasiado cerca de una ventana abierta. En una ocasión les sonrió la fortuna y el conductor de una camioneta los llevó durante un buen trecho, aunque luego paró en una explanada de tierra que bajaba con suavidad hacia un riachuelo y le ordenó a Braulio que bajase y se diera un paseo mientras los mayores «acordaban el precio del transporte». El chico fue a la orilla y se entretuvo construyendo un dique hasta que media hora más tarde lo llamaron con un silbido agudo y el motor volvió a roncar al ponerse en marcha.

Los ojos de Braulio quedaron hipnotizados por la visión del mar, que surgió de improviso tras una pequeña elevación del terreno. Una franja azul que, pese a la distancia, se intuía agitada por fuerzas arcanas y desconocidas.

—¿Qué mar es ese? —quiso saber.

—El mar de los naufragios.

Semejante contestación ilusionó al chico más aún que la contemplación de aquel azul. Un naufragio, en su mente, solo podía ser un espectáculo digno de ver, una aventura, nunca una catástrofe.

MOREÑA

Moreña siempre fue una población que daba la cara al mar y, al mismo tiempo, buscaba cobijo al abrigo de las montañas.

La costa que la enmarcaba y la ocultaba a ojos foráneos era abrupta y escarpada; los montes se interrumpían de pronto, cortados como a hachazos, y convertidos en acantilados de altura irregular que las olas coronadas de espuma horadaban sin descanso, con ánimo de conquistador. Apenas había unas pocas playas, casi todas diminutas, unas ensenadas recónditas que en buena parte eran secretos bien guardados por los lugareños, poco dispuestos a compartirlos con quienes venían de fuera. El verde que cubría el terreno se mezclaba con el negro de las rocas y el azul acerado de un océano que a lo largo de los siglos había sido tanto una promesa indefinida como una amenaza segura. Las arboledas, capaces de resistir el empuje constante del viento, se alternaban con agrupaciones de casas de paredes encaladas y tejados de pizarra. Desde hacía algo más de una década, Moreña, la mayor de esas agrupaciones, era considerada por algunos, por generosidad o por pura exageración, una ciudad. De su puerto habían partido emigrantes confiados en encontrar un futuro en América y solo unos pocos volvieron, por lo general con el rabo entre las piernas.

La primera impresión que tuvo Estefanía Román al internarse por sus calles fue la de estar entrando en un rincón fuera de los mapas, una suerte de santuario que solo sus habitantes y unos pocos afortunados conocían. Pese a ello, no le pareció muy diferente de casi cualquier otra población de la costa cantábrica, pero era consciente de que a menudo las primeras impresiones inducen a error.

Cincuenta años antes, cuando el hijo de la bruja entró en Moreña, también pensó que aquello podía ser un santuario, que quizá por fin encontraría allí la paz que siempre le había faltado. Y también se equivocaba.

Para Hans-Michael Schmitz, que llegó a Moreña más de quince años antes que Braulio y Cruz, aquel por entonces diminuto pueblecito pesquero era un escondite perfecto.

SEGUNDA PARTE

LA PLAYA

La recepcionista del hotel Esmeralda, una chica de pelo moreno y rizado que aparentaba no haber cumplido los veinte, le pidió el carné de identidad y tecleó a velocidad de vértigo en su ordenador. A continuación, le recitó los horarios del desayuno y la cena, y le explicó que podía acceder a la tercera planta, en la que estaba su habitación, por las escaleras situadas a la derecha del mostrador o por el ascensor que había justo enfrente. Estefanía le dio las gracias y se dirigió hacia el ascensor, pero la joven la llamó:

—Disculpe, señora Román. Mi compañero, al tomar su reserva por teléfono, dejó anotado que su estancia sería de tres días «de momento».

—Sí, correcto. Bueno, fue un colega mío quien llamó. Puede que necesite quedarme algún tiempo más. ¿Es un problema?

—No, no, qué va —se apresuró a responder la recepcionista—. En esta época del año no hay mucha gente de fuera. Tenemos habitaciones de sobra. Era simple curiosidad, por si ya había decidido usted.

—Todavía no, pero cuento con que me quedaré más tiempo.

—Estupendo. Lo dejo aquí apuntado para que mis compañeros estén al corriente.

—Gracias. —Notó que la chica quería decirle algo más pero no se decidía. Le sonrió y caminó hasta el ascensor.

Desde su habitación se podía ver una extensa porción de la calle Mayor, con la plaza peatonal en la que estaban tanto el ayuntamiento como la iglesia, y se vislumbraba el mar en los espacios libres entre los edificios más altos, que tenían como mucho cuatro pisos. Era de un azul tan oscuro que Estefanía se descubrió preguntándose cuál sería su profundidad allí, tan cerca de la costa.

Parpadeó y regresó a la realidad. Estaba en Moreña y su propósito era resolver un misterio demasiado antiguo como para confiar en lograrlo, pero se había comprometido a intentarlo. Al menos eso. No tenía muy claro ni por dónde empezar.

Por el principio, se dijo. Tumbó su maleta sobre la cama y la abrió. Los siguientes minutos los dedicó a colocar la ropa en el armario y el ordenador portátil en el escritorio, junto a la consabida gaceta local y el tríptico del servicio de habitaciones. Después se metió en la ducha para despejarse tras las largas horas en la carretera y, al salir, estudió la lista de nombres que le había entregado Francisco.

Anochecía ya, pero quiso echar un primer vistazo a la playa de los huesos. La chica de recepción le facilitó un mapa y le explicó cómo llegar a la cala en cuestión, pues había dos, cada una en un lado del cabo sobre el que se extendía la mayor parte de la población.

—De todas formas, si se desorienta en las callejuelas, sabrá que está en la playa correcta cuando vea las luces.

—¿Las luces?

—Las de la policía científica. Tienen toda la playa acordonada y con carpas, como en las películas.

—Claro.

De nuevo, le pareció que la joven estaba a punto de decir algo y se refrenaba. Le dirigió una sonrisa a modo de invitación, pero ella siguió callada, así que Estefanía se decantó por salir antes de que oscureciera demasiado.

No le costó hallar el camino correcto y, en menos de veinte minutos, alcanzó el paseo en forma de media luna que delimitaba la cala. Tres vehículos de policía estaban estacionados frente a la escalinata que daba acceso a la arena, y varios agentes conversaban en ese momento al lado de un furgón con las puertas traseras abiertas de par en par. En la playa, varios focos le permitieron distinguir un buen número de señalizaciones que indicaban los lugares donde habían aparecido huesos. También había dos lanchas Zodiac varadas en la arena.

Estefanía contempló el horizonte y distinguió a su izquierda, frente a la punta del cabo, un farallón que surgía de las aguas y se erguía en vertical, en un vano intento de acariciar las nubes hechas de estaño. El mar estaba en relativa calma.

Muchas veces había formado parte de operaciones de análisis de escenarios de crimen, aunque nunca en una playa. Podía hacerse una

idea de las dificultades a las que se enfrentaban los miembros de la Científica, pero hasta cierto punto los envidió. Un alto porcentaje del atractivo que para ella tenía la medicina forense eran precisamente las complicaciones y su complejidad.

Sin que se diera cuenta, uno de los policías que conversaba junto al furgón se había acercado a ella.

—Señora, no se puede acceder a la playa.

Estefanía se retiró del murete que separaba el paseo de la arena y sonrió al tiempo que buscaba en su bolso su identificación.

—Soy la doctora Román. Acabo de llegar de Madrid. Creo que el inspector Baena está al corriente. ¿Está aquí?

—No hace ni diez minutos que se ha ido. ¿La esperaba a usted?

—No. Bueno, no estoy segura. Sabía que venía, pero no creo que me esperara a una hora determinada. Lo cierto es que me he tomado mi tiempo en hacer el camino.

—Un momento. —El policía cogió su móvil y seleccionó con rapidez uno de sus contactos. La respuesta fue casi inmediata—: Eh, Carlos, escucha. Estoy con la doctora...

—Román.

—La doctora Román. De Madrid. —El agente atendió a lo que le decía su superior y luego volvió a dirigirse a Estefanía—: Mañana estará aquí desde primera hora. Me dice que le disculpe, pero llevamos todos unos cuantos días de locos y el inspector apenas ha pegado ojo.

—Lo comprendo. —También ella estaba cansada del viaje, le vendría bien acostarse temprano—. Mañana volveré, entonces. Gracias, agente.

El policía le dedicó una leve inclinación de cabeza y la observó mientras se alejaba.

EL HOMBRE ESCONDIDO

DÉCADA DE 1940

Como hiciera su padre antes que él, Hans-Michael Schmitz estudió Medicina en la Universidad Humboldt de Berlín y, justo antes de obtener su título, aplaudió con fervor la llegada de Adolf Hitler al poder. No es que se dejase engañar por su grandilocuencia, sino que compartía plenamente sus tesis. Gracias a la extensa red de contactos de su padre, consiguió una buena posición dentro del aparato político del Führer y más tarde solicitó y obtuvo un puesto en el departamento médico del campo de Buchenwald.

El padre, Hermann, falleció a causa de un ictus a finales de 1941, cuando todavía, igual que toda Alemania, estaba convencido de la victoria. Tras superar el dolor inicial por la pérdida, Hans-Michael se alegró de que al menos su adorado progenitor se hubiera ahorrado la amargura de la derrota, que tanto él como muchos otros empezaron a considerar inevitable a partir de mediados del 43.

Siempre despierto y precavido, Hans-Michael preparó con el máximo secreto diversos planes de fuga por si el final de la guerra resultaba tan devastador para el régimen como intuía. Ni siquiera le comentó nada a su esposa Greta, pues temía que ella no pudiera resistirse a hablarlo con sus padres o su hermana. Había tenido la inteligencia suficiente como para no descuidar la red de contactos que le había facilitado su padre, e incluso para ampliarla haciendo favores siempre que se lo pedían y a menudo incluso sin que nadie se lo pidiera, para así tener una larga lista de deudas que cobrar llegado el caso. Ahora volvió a recurrir a ella, asegurándose de que sus movimientos no pudieran ser interpretados como traición en ningún momento.

El conflicto se dilataba en el tiempo, y Hans-Michael se vio saturado por sus obligaciones, ya que Alois Brunner, mano derecha de Adolf Eichmann, le pidió colaboración para la preparación de la Solución Final.

Más tarde consiguió autorización para ir unos días de vacaciones a

la Francia ocupada con su mujer, a París; unas vacaciones cortas pero que podrían compensar las que no habían disfrutado desde hacía casi tres años. Su propósito era, una vez en la Ciudad de la Luz, desplazarse hacia el sur y cruzar los Pirineos. Sin embargo, en el último momento le faltó determinación. Era demasiado pronto para arriesgarse a recorrer los cerca de mil kilómetros que separaban la capital francesa de la frontera con España, y le aterrorizaba la posibilidad de que lo acusaran de deserción. Una cosa era planificarlo y otra muy distinta, llevarlo a cabo. Sobre el papel, todo resultaba más sencillo que en la realidad. Un solo error lo echaría todo a perder.

Regresaron a Alemania sin que su esposa sospechase nada de sus planes, pero Hans-Michael era consciente de que, si esperaba demasiado, quizá perdería sus opciones.

Las noticias negativas no cesaban. Alemania perdía terreno y sus tropas se replegaban. Solo los más fanáticos y los más necios continuaban creyendo en la victoria final, pero Hitler no daba su brazo a torcer y desoía a sus consejeros.

El ajetreo de aquellos meses le hizo temer que no conseguiría escapar; sin embargo, su amistad con Léon Degrelle acabaría por salvarle. Degrelle era un belga a quien Hitler adoraba y que no había dudado en colaborar con la ocupación de Bélgica. Cuando el Tercer Reich empezó a desmoronarse definitivamente, Degrelle se hallaba en Noruega, y la casualidad quiso que Hans-Michael estuviera allí, visitándole unos días.

Los dos juntos cogieron un avión para llegar a España. Las prisas llevaron al piloto a no calcular bien la cantidad de combustible, y los últimos kilómetros los recorrieron planeando hasta estrellarse en la bahía de San Sebastián. Ambos lograron salvarse y llegar a tierra, pero decidieron separar sus caminos. Degrelle pretendía recurrir a la protección del régimen franquista, mientras que Hans-Michael prefería el anonimato. El belga se dirigió al sur y el alemán optó por quedarse en el norte.

BAENA

Llevaba meses sin dormir una noche entera, y tratar de hacerlo en un hotel no ayudó. Estefanía era de esas personas a las que les cuesta conciliar el sueño en una habitación anónima, por muy cansada que se encuentre. Después de cambiar varias veces de postura, descorrió las cortinas y volvió a la cama para contemplar el cielo nocturno sobre Moreña. Luego se levantó y, como el reloj marcaba aún una hora demasiado temprana para poder bajar a desayunar, encendió el ordenador y creó un documento nuevo en el que anotaría toda la información que recabase en los días siguientes. Lo primero que hizo fue ponerle nombre: CAROLINA; después añadió los otros nombres que figuraban en la lista que le había dado Francisco. Guardó el documento y se metió en la ducha.

Se vistió y, tras consultar en el reloj que ya podía hacerlo, bajó a desayunar. En la sala alargada donde se servía se dio cuenta de que era la huésped más madrugadora, aunque suponía que el hotel no debía alcanzar ni la mitad de su ocupación en esos días. En otro momento, si hubiera estado de vacaciones, habría dilatado el desayuno, pues era la parte que más le gustaba de sus estancias en hoteles, pero ahora se conformó con un café con leche y un par de rebanadas de pan de cereales con aceite y jamón de york. Quería llegar pronto a la playa e intentar hablar con el inspector antes de que este se enfrascase de lleno en su labor.

Volvió un momento a la habitación para lavarse los dientes y se enfundó una chaqueta. Al pasar frente a recepción se fijó en que estaba allí la joven que la había atendido al llegar, que se ruborizó cuando sus miradas coincidieron. Temió que otra vez no se atrevería a decirle nada, así que fue ella la que habló primero:

—¿Te tienen esclavizada las veinticuatro horas?

—¿Qué? ¡No! Es que siempre empiezo la semana de tardes y paso luego a las mañanas. Los fines de semana descanso.

—Muy bien. Que tengas un buen día —le dijo Estefanía, mientras se dirigía hacia el exterior.

—Espere, señora Román, por favor. —La chica se agachó detrás del

mostrador y sacó un pequeño bulto rectangular. Estefanía lo reconoció al instante—. ¿Le importaría firmármelo?

—Claro, por supuesto. —Cogió el bolígrafo que la otra le ofrecía y se inclinó sobre el ejemplar de La lectora—. ¿Me dices tu nombre?

—Póngalo a nombre de mi madre, por favor. Se llama Isabel.

—Estupendo. No se me da bien esto de las dedicatorias, ¿sabes?

—Pero habrá firmado montones.

—Algunos, sí, pero la verdad es que no esperaba tener que firmarlos y siempre me quedo con la sensación de que cualquier otro autor pone dedicatorias más bonitas que las mías.

—A mi madre le encantará ponga lo que ponga, ya se lo digo yo.

—Espero que sí. Gracias... ¿Tú también te llamas Isabel?

—Matu. ¡Matilde!, pero todo el mundo me llama Matu.

—Muy bien, pues Matu entonces. Ahí lo tienes.

—Ha venido por lo de los huesos, ¿verdad?

—Sí.

—Pero ¿como doctora o como escritora?

—Todavía no lo sé. Ahora tengo que irme, espero que a tu madre le guste la novela.

—Oh, ya la ha leído. Le encantó. Y le gustará más ahora que está firmada por su autora.

Tuvo la tentación de decirle que no alcanzaba a comprender ese afán de algunas personas por obtener la firma de los autores de sus libros preferidos. Antes de publicar La lectora pensaba que lo importante debía ser la obra en sí, no quién era su creador, y de momento no había cambiado de idea. Quizá, como consecuencia de una cierta timidez que siempre había formado parte de ella, prefería que los lectores conocieran el libro en cuestión, aunque no fueran capaces de recordar el nombre de su autor. Algunas de las novelas con las que más había disfrutado como lectora habían sido escritas por personas a las que estaba convencida que detestaría si llegase a conocerlas, pero eso no quitaba ni un ápice de valor a la obra.

Sonrió de nuevo y salió del hotel mientras la recepcionista echaba un vistazo poco disimulado a las líneas que acababa de garabatear.

El inspector Carlos Baena tenía los ojos de un azul que parecía artificial. Estefanía supuso que había debido de ser un hombre muy atractivo unos años atrás, pero era de ese tipo de personas a las que el paso de los años estropea de manera acelerada al poco de superar los cuarenta. Ahora tenía algo de sobrepeso, unas entradas que le llegaban casi hasta la coronilla y unas arrugas permanentes alrededor de los ojos.

Le tendió la mano a Estefanía sin el menor asomo de sonrisa, pero esta lo achacó a que daba la impresión de estar superado por la situación.

—Buenos días, doctora.

—¿Cómo lo lleva, inspector?

Baena resopló. En los primeros compases de una investigación todo suele resultar confuso, y solo el análisis metódico da resultados y permite vislumbrar algo entre la espesura de datos útiles e inútiles. Estefanía intuyó que el inspector no estaba dispuesto a reconocer ante una extraña que todavía se hallaba en la fase inicial y que, por el momento, no hacían otra cosa que recoger muestras. Pero la respuesta a su pregunta le pareció evidente: Baena lo llevaba mal.

—Me llamó Francisco Alverola para decirme que usted vendría, pero por ahora no tengo nada que darle.

—Lo imagino. No he venido para atosigar a nadie en ningún sentido, inspector. Solo pretendo… Bueno, Francisco tiene la esperanza de averiguar si alguno de los huesos recuperados pertenece al cuerpo de su hermana desaparecida.

—Eso me dijo. ¿Ha hablado usted con Gutiérrez?

—Ayer pasé por el hospital para presentarme.

—Llegará enseguida para ir a la isla. Me temo que usted no puede acompañarnos, pero…

—¿A qué isla se refiere?

Baena la miró como si lo hiciera por primera vez y se giró hacia la playa con el dedo índice extendido.

Estefanía siguió la dirección del gesto y descubrió una formación rocosa que emergía del agua en el mismísimo centro de la pequeña bahía que formaba la ensenada.

—Esa isla —dijo Baena.

—No estaba ahí ayer —murmuró ella, sintiéndose un tanto ridícula. La tarde anterior no estaba tan oscuro como para no haberla visto.

—Ni lo estará dentro de unas horas.

—¿Qué quiere decir?

—La marea, doctora.

—Ah, claro. —Ahora no pudo evitar sentirse estúpida—. Entiendo.

—Es la isla de las Ánimas. En este lado de Moreña hay dos islotes: la isla de las Ánimas, que solo es visible con la marea baja, y la Torre del Diablo —indicó, señalando ahora el farallón frente al cabo que Estefanía sí había visto por la tarde.

—¿Y dice que Gutiérrez y usted irán a la isla?

Baena se mordió unos segundos el labio inferior. No tenía muy claro quién era aquel Francisco Alverola que le había llamado, pero fuera quien fuese contaba con una amplia galería de contactos importantes. Antes y después de su llamada, había recibido otras de sus superiores inmediatos que primero le habían puesto sobre aviso y luego le habían recalcado que le facilitase a la doctora Román toda la información que esta pudiera pedirle. No era una situación normal, ni mucho menos, pero a fin de cuentas, al inspector no le iba representar el papel de rebelde. Eso lo dejaba para los protagonistas de las películas que veía en las noches de insomnio, mientras su esposa y sus hijas dormían.

—El primer escenario fue la playa. Aquí se encontraron los primeros huesos, entre ellos dos calaveras, una más o menos completa y otra bastante estropeada. Hágase una idea: se calmó el mar después de días de tempestad y entre la arena asomaban huesos y más huesos... Parecía una matanza. Pero enseguida nos dimos cuenta de que el oleaje había partido la isla de las Ánimas, así que nos

acercamos. Esa jodida roca está hueca por dentro, y alguien la utilizó como cementerio. Allí había varios huesos más, una tercera calavera... Con los buzos hemos recuperado algunos otros que las olas desperdigaron por toda la zona y quedaron bajo el agua. Y aparecerán más todavía, no le quepa duda.

Estefanía sintió un escalofrío que la recorrió de arriba abajo y la hizo estremecerse.

—¿Cuántos cuerpos?

—Eso es cosa de Gutiérrez. De momento, un mínimo de tres seguros, pero diría que habrá alguno más.

En ese momento un coche aparcó en el paseo y el doctor Nemesio Gutiérrez salió de él y se apresuró a reunirse con ellos.

—Buenas —los saludó.

—Otro que no ha dormido, ¿verdad? —le dijo Baena al fijarse en las hinchadas bolsas que subrayaban sus ojos.

—Lo siento, el término «dormir» no aparece en mi diccionario. ¿Qué tal, doctora Román?

—Creo que mejor que ustedes dos. No quiero ni mucho menos que piensen que me inmiscuyo, pero si hay algo en lo que pueda colaborar, estoy a su disposición.

—Se lo agradezco —respondió Gutiérrez.

—Sí —añadió el inspector—, pero, de momento vamos a proceder tal y como nos han ordenado. Le informaremos, doctora, pero, por favor, no se meta por medio.

—Descuide, no quiero hacerlo. Creo que tengo clara mi posición aquí. Solo pretendo asegurarme de que sepan que pueden contar conmigo y que no tengo intención alguna de molestar ni, desde luego, supervisar su labor. No he venido para eso.

Gutiérrez le guiñó un ojo:

—A estas alturas todavía hay poco que decir.

—Antes de que se metan en faena, ¿me aceptan un café rápido? —ofreció Estefanía.

El inspector y el forense intercambiaron una mirada y aceptaron.

—Creo que en estos días podrían sacar más café de mis venas que sangre —murmuró Baena.

—¿Quién es Alverola? —se lanzó a preguntar el inspector cuando los tres ocuparon una mesa en uno de los bares situados frente al paseo.

A través de las cristaleras se veía la playa y la isla de las Ánimas destacaba por encima de cualquier otro detalle del paisaje.

—Mi jefe. Se crio aquí. Poco después de que su hermana mayor desapareciera en el bosque, en el 82, la familia decidió mudarse. Ahora tiene la esperanza de saber por fin qué fue de ella.

—Yo llegué a Moreña después de aquello.

Estefanía sacó de un bolsillo la lista de nombres y la puso sobre la mesa.

—Quiero encontrar a estas personas, pero no sé por dónde empezar. De algunos, como ven, solo tengo el nombre de pila.

Baena leyó el listado.

—Pues vaya una galería de personajes, doctora.

—¿Qué quiere decir?

El inspector puso su dedo bajo uno de los nombres completos. Esteban Borges Ribó.

—Este es concejal aquí, en el ayuntamiento. Este otro, Manuel Fuensanta, estuvo en la Guardia Civil, pero se prejubiló hace un tiempo, por un tema de salud relacionado con un accidente durante el servicio. Creo recordar que se llevó un balazo. Un buen tipo, por lo que sé, aunque también bastante cascarrabias. Este Timoteo imagino que es Teo, el único que se me ocurre. Tiene un bar de tapas por el centro. Raquel Asensi creo que es una de las maestras del colegio de mis hijas. Diría que sí, pero no estoy seguro del apellido. Domingo Rodríguez ya no puede servirle de nada, falleció hará cosa de… —resopló mientras trataba de hacer un cálculo mental—, no sé, puede que ocho años, o diez. Un bala perdida. De los demás no puedo decirle

nada, con solo el nombre de pila.

Gutiérrez señaló otro de los nombres. Sebas el Piltrafa.

—Si no me equivoco, este también lo puede eliminar. Tuve que hacerle la autopsia a un borrachín al que llamaban así, el Piltrafa. No parece un apodo muy extendido.

Estefanía cogió un bolígrafo de su bolso y puso un asterisco junto a los nombres de Domingo Rodríguez y Sebas el Piltrafa. Ya tenía algo por donde empezar.

—Tenemos que aprovechar la marea baja —anunció el forense.

—Sí —confirmó el inspector. Ambos habían liquidado el café en dos o tres sorbos rápidos—. En marcha.

—En cuanto al informe del caso de la desaparición de Carolina Alverola… —dijo Estefanía.

—¿En qué fecha fue?

—Julio de 1982.

—Ahí poco puedo ayudarla. Por ese entonces supongo que en Moreña solo había Guardia Civil. Yo llegué mucho después. Pregunte a Fuensanta, puede que él sepa algo.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

Era evidente que Baena comenzaba a impacientarse, pero aun así sacó su móvil e hizo una foto de la hoja con el listado de nombres.

—Deme su número, doctora. A lo largo del día intentaré conseguirle direcciones y demás.

—Se lo agradezco mucho.

Intercambiaron números de teléfono, y el policía y el forense se dispusieron a salir del local. El inspector se detuvo ya con la puerta abierta y se volvió hacia Estefanía:

—A Teo lo puede localizar fácil. Tiene el bar en la calle del Pozo. Sirve unos platos riquísimos.

PRIMER REGRESO

DÉCADA DE 1980

Joaquín miró la hora: la una menos diez. Oía los ronquidos de su padre en el dormitorio principal, al otro lado del pasillo. Se levantó con cuidado, evitando el crujido del somier, y se puso a oscuras la ropa que había dejado en el respaldo de la silla de su escritorio: una camiseta con la leyenda de ESPAÑA '82 en el pecho y un pantalón de deporte. Luego las zapatillas. Y después abrió la ventana, que, pese al calor, su madre le obligaba a cerrar desde la desaparición de Carolina.

Hacía ya tres semanas de eso. Tres semanas que parecían tres años, y también solo media hora. Joaquín, como todos los demás, recordaba con minucioso detalle aquella última partida. La búsqueda y la captura paulatina de los que se habían escondido, uno tras otro, todos excepto ella. La otra búsqueda, posterior, de todos juntos...

Desde ese día a ninguno de ellos le habían permitido volver al bosque. Los adultos iban una y otra vez, para realizar batidas, pero a ellos no les dejaban participar. Les preguntaban, eso sí, la Guardia Civil y sus propios padres. Les pedían nuevas respuestas, pero tenían las de siempre. Jugaban al escondite, como habían hecho mil veces antes; se escondieron, nadie vio dónde lo hizo Carolina; Joaquín los fue descubriendo a todos; pasó un rato largo y los demás se unieron a Joaquín para encontrar a Carolina...

A la una en punto habían quedado en la parte de atrás de la conservera. No todos, solo los que se atrevían. Teo, Raquel, Sebas, Domingo, Manu. Cisco había querido ir, por supuesto, pero él lo tenía imposible: sus padres no le quitaban el ojo de encima, por si acaso él también se desvanecía en la nada.

Se encaramó al alféizar y se descolgó por el exterior, sujetándose con las manos un poco más de lo necesario, hasta que por fin venció el temor y decidió soltarse. Cayó sobre el césped de pie, sin apenas un ruido. Saltó la tapia que delimitaba el pequeño jardín y se alejó por las sombras de la calle, esquivando las farolas y sus círculos de luz amarillenta.

Detrás de la conservera esperaban ya los demás, excepto Domingo.

—Sabía que el Partitura no iba a venir —dijo Joaquín.

—¿Lo esperamos un poco más? —preguntó Manu.

—No, vamos ya. ¿Lleváis linterna?

Todos tenían una.

Dejaron el pueblo a sus espaldas, siguiendo uno de los senderos que conducían al bosque.

TEO

A Teo le gustaban las matemáticas, las tapas y el buen vino, no siempre por el mismo orden, así que ya hacía varios años que se había decidido a montar una taberna en la calle del Pozo y le había puesto por nombre ΠcoTEO. El negocio iba bien. En la temporada turística de verano se veía obligado a contratar a un par de camareros extra y un ayudante de cocina, y aun así los beneficios le permitían superar con holgura el resto del año, en el que su esposa y él se bastaban para encargarse de la cocina, la barra y las siete mesas del local. Ambos, marido y mujer, eran grandes; él rondaba los dos metros, y su delgadez le hacía aparentar incluso más altura, y ella, Virginia, superaba el metro ochenta.

—Aquello nos afectó a todos —dijo Teo.

—Es comprensible.

Estefanía había entrado en el bar al poco de abrir. No había todavía ningún otro cliente, y Teo, tras escuchar el motivo que la había llevado hasta allí, accedió a sentarse con ella.

—¿Sabe eso que dicen de que a veces, para algunas personas, hay un hecho concreto, un acontecimiento, que marca el final de su infancia? La desaparición de Carolina marcó el final de la infancia de todos los que componíamos la pandilla. Cuando salimos del bosque ya no éramos niños, aunque no lo supimos hasta después. Entramos allí siendo unos mañacos que jugaban, y salimos..., y ya no lo éramos. Las horas siguientes, cuando empezamos a buscarla... Los días de después, todo eso es una nebulosa en mi recuerdo. Había batidas por las mañanas y por las tardes.

—¿Quién se dio cuenta de que no estaba?

—Cisco, supongo. No, no fue él. Debió de ser Joaquín. Estábamos jugando al escondite y se la ligaba Joaquín. Sí, fue él. Nos fue descubriendo a todos en nuestros escondites, uno por uno, y a Carolina no había manera de encontrarla. Joaquín se cansó de buscarla. Se enfadó, porque no soportaba perder a ningún juego, y dijo que seguro que Carolina había hecho trampas. Se largó, y creo que algún otro se fue con él, porque Joaquín era una especie de líder

del grupo. Uno de los líderes, al menos. Los demás continuamos un rato buscando a Carolina. Luego Cisco se asustó y corrió a avisar a sus padres.

—¿Nadie vio dónde se escondió?

—Esa pregunta nos la hicieron a todos. Montones de veces. Yo la vi alejarse corriendo, pero solo un momento. La mayoría nos escondimos cerca de donde Joaquín hacía la cuenta.

Virginia salió de la cocina y llevó hasta la mesa una bandeja con tres tercios de cerveza, un plato de ensaladilla rusa y otro con croquetas de bacalao. Sirvió un tenedor a cada uno y se sentó al lado de su marido.

—¿Cómo está Cisco? —preguntó Teo—. No volví a verlo nunca.

—No ha vuelto desde que su familia se mudó.

—Por eso ha venido usted. Él no soporta la idea de volver otra vez a Moreña, ¿verdad?

Estefanía asintió.

—Creo que a cualquiera que perdiera a un familiar como le sucedió a él le pasaría algo así —opinó Virginia.

—¿Usted estaba en la pandilla? —preguntó Estefanía. El nombre de Virginia no estaba en la lista, pero Francisco le había advertido de que quizá se habría olvidado de alguno.

—No, yo no soy de Moreña. Teo y yo nos conocimos en El Ferrol cuando él realizaba el servicio militar.

—Cisco me dio unos cuantos nombres además del suyo, Teo. Quizá usted pueda ayudarme a rellenar los datos. No tengo números de teléfono ni direcciones. El inspector a cargo del caso me ha dicho que me los pasará más tarde, pero si me ahorro la espera…

—¿Qué nombres son?

Estefanía le mostró la hoja de papel y a Teo se le escapó una sonrisa al leer el listado.

—Claro que puedo ayudarle con esto. Y puedo añadir algunos nombres más hasta completar la pandilla entera, pero con algunos ya no va a poder hablar.

—Con Sebas el Piltrafa y Domingo Rodríguez.

—Ni con esos dos ni tampoco con Álvaro Ochoa ni Maribel Bernat. Ella murió de cáncer con treinta años, fue muy trágico, cuestión de unos pocos meses desde que se lo detectaron. Y él se fue a Uruguay, y que yo sepa sigue por allí. Al menos por aquí no ha vuelto. Cariño, ¿me puedes acercar un boli de la caja? —Mientras su esposa hacía lo que le había pedido, Teo desbloqueó su móvil y abrió la aplicación de contactos—. La relación no es la misma, ya no somos una piña, pero algunos de ellos vienen de tanto en tanto por aquí. A todas las pandillas les pasa, ¿no?

Virginia regresó con el bolígrafo y Teo apuntó en la lista varios números y direcciones. Por último, añadió un par de nombres más.

—Me será muy útil. Gracias.

—¿Puedo preguntarle una cosa? —dijo ahora Teo—. ¿Esos huesos de la cala son los de Carolina?

—Todavía no lo sabemos.

—Pero piensa que sí, ¿verdad? O Cisco es el que lo piensa, supongo.

—Con suerte dispondremos pronto de la confirmación.

—¿Alguien se la llevó del bosque y la tiró al mar?

—Quizá. De momento solo son especulaciones —aclaró Estefanía.

—¿Cree que podrá resolver el caso?, ¿que por fin sabremos qué le pasó?

Estefanía carraspeó, incómoda.

—No puedo comprometerme a asegurar eso. El caso de los huesos está en manos del inspector Baena. Yo no soy investigadora privada, ni nada por el estilo. Soy doctora forense y escritora. Francisco... Cisco es mi jefe y mi amigo. Estoy aquí porque él me lo ha pedido. Pero no, no puedo garantizarle a él ni a usted nada en absoluto.

—Han pasado más de tres décadas.

—Exacto.

—Hable con Manu.

—¿Manuel Fuensanta?

—Sí.

—¿Por qué con él?

—Se hizo guardia civil y sé que trató de investigar por su cuenta, aunque ya habían pasado años. Me contó que estaba con ello, que no podía olvidarlo. No creo que llegase a nada, pero pregúnteselo. Llegó un momento en el que él y yo... Bueno, tuvimos una discusión y... a veces, una amistad de toda la vida se va al garete por un mal día.

—Hablaré con él.

—¿Le apetece algo más para comer? —intervino Virginia.

—Pues... —dudó Estefanía—. Sí, creo que me vendrá bien.

—Deme unos minutos y le preparo un plato combinado para chuparse los dedos.

Cuando su mujer se metió en la cocina, Teo se quedó contemplando la lista de nombres de su antigua pandilla de amigos.

—No se imagina el terror que nos invadió a todos cuando Carolina se esfumó. Nos gustaba contar historias de miedo, ¿sabe?

—Francisco me lo dijo.

—Pues, de pronto, se hicieron realidad. Yo volví a orinarme en la cama, como cuando era pequeño, y no fui el único. A partir de entonces nuestros padres ya no nos dejaban solos en ningún momento. Todos teníamos miedo de que el Hombre del Bosque viniera a por nosotros.

En ese momento la puerta del bar se abrió y entró una pareja de mediana edad.

—Eh, Teo, estáis abiertos, ¿verdad?

—Claro que sí, adelante. —Teo le dirigió una mueca a Estefanía—. Toca ponerse a trabajar un poquito. Abrimos todos los días excepto los lunes, puede pasarse cuando quiera. Para comer o para hablar.

—Gracias.

—Carolina era un encanto de niña. Ojalá pueda usted decirnos a

todos de una vez qué fue lo que le pasó.

EL HOMBRE DEL BOSQUE

El Hombre del Bosque era el protagonista de una de las series de desapariciones que Francisco le había mencionado a Estefanía. La más antigua. La que formaba parte de una leyenda. La que en realidad nadie creía que fuera cierta.

Lo habían convertido en un personaje de cuentos de terror, un ser mitad humano mitad árbol, que muchos habían creído ver de lejos, entre la maleza, pero nadie podía describirlo bien. Alto, delgado, de brazos largos como ramas…

Se decía que ya en alguna crónica del siglo XVII se hablaba de él y de su costumbre de llevarse a algún incauto que atravesara solo el bosque, de su predilección por los niños.

En un documento en el archivo de la iglesia, firmado por don Basilio Ortega, que había oficiado de párroco allá por 1870, figuraba una lista de nombres y fechas, supuestas víctimas del Hombre Árbol.

Habladurías, decía la gente. Rumores propios de viejos, de pueblos aislados y de un párroco aburrido.

LA BRUJA Y EL DIABLO

Cuando Cruz nació, todo su cuerpo estaba recubierto de un vello oscuro que su madre interpretó como un pésimo presagio. Aunque la alimentó y se ocupó de ella, jamás le dedicó el más mínimo gesto de cariño, y, a medida que Cruz creció, fue desarrollando un carácter retraído y huraño que no hizo sino alimentar las desquiciadas sospechas de su madre de que había dado a luz a una bruja o, peor incluso, a un auténtico diablo. Antes de cumplir los diez años, la Guerra Civil se llevó primero a su padre y poco después a su madre. A ella la metieron, después de vagar durante semanas por las calles, en un orfanato del que trató de escapar en repetidas ocasiones, lo que le acarreaba severos castigos que no hacían otra cosa que empujarla a volver a intentarlo.

Cuando al fin abandonó la institución, echó a andar hacia el sur con la única intención de poner tierra de por medio con el tétrico edificio en el que la habían tenido encerrada. A cada paso se repetía, como un mantra, que no volvería al norte. Fue dando tumbos de un lado a otro, de un oficio a otro, de una humillación a otra, hasta que tropezó con la caravana de inadaptados que componían el circo Tres Lunas y se unió a ella, al principio como limpiadora y chica para todo, y más tarde heredó el carromato de doña Evelinda, la bruja oficial, cuando esta sufrió un ataque al corazón. No pudo evitar pensar que estaba cerrando un círculo y haciendo realidad los temores de su madre. Esa idea le produjo una satisfacción entremezclada con un íntimo espíritu vengativo.

Más tarde, cuando Braulio apareció de la nada, con su cojera y las evidentes marcas de años de maltrato en su cuerpo, se vio a sí misma reflejada en él y lo acogió bajo su ala sin preguntarle nunca de dónde había salido ni de quién huía. Adivinaba en él una infancia calcada a la suya.

Y entonces se encontró regresando al norte, de nuevo a pie, tal y como había salido de allí. Cerraba un segundo círculo. Tiempo después, cuando entró en contacto con el extranjero, supo que su madre tenía parte de razón. No es que ella fuera el Diablo, pero sí trabajó a su servicio.

Hans-Michael Schmitz fue el primer extranjero que se estableció en Moreña. Su huida fue mucho más precipitada y repentina de lo que habría querido. No solo había dejado atrás a su esposa, sino también casi todos los ahorros que había ido acumulando durante años. Aun así, el dinero que llevaba encima era mucho más que el que tenían los habitantes de Moreña en conjunto. Por precaución, durante meses había estado llenando sus bolsillos con dinero de sobra cada vez que se desplazaba.

A mediados de los años cuarenta, Moreña era apenas una agrupación de casas humildes en torno a la bahía, a resguardo del mar y también de ojos ajenos. Hans-Michael supuso que allí no lo podrían encontrar nunca. Poco a poco se ganó a los escasos vecinos con su facilidad para aprender su lengua, que ya había estudiado en su juventud, y sus conocimientos de medicina, que pronto puso en acción al atender a un pescador herido en un accidente y, no mucho más tarde, a una joven aquejada de fiebres.

Pagó generosamente a los que le ayudaron a construir una casa algo apartada del resto, a media ladera, en un punto en el que los árboles eran altos y frondosos, de modo que la casa solo resultaría visible desde el propio pueblo y quedaría oculta a cualquiera que se aproximara desde el sur.

Tras la capitulación alemana, trató de recuperar a su esposa. Le resultó difícil hacerlo y mantener al mismo tiempo el anonimato, pero corrió el riesgo y consiguió contactar con la embajada alemana en Madrid. Aunque el proceso fue lento, logró al fin que Greta fuera trasladada a España. No obstante, no era la misma Greta que él conocía: estaba en Berlín cuando la ciudad cayó y sufrió a manos de soldados rusos el mismo destino que miles de mujeres alemanas. Nunca se recuperaría. Sufría pesadillas recurrentes y ataques de ansiedad. A veces, sus manos se convertían en garras y se arrancaba el pelo a tirones. Y, tres años después de que el matrimonio se hubiera reencontrado, Greta se arrojó desde la punta del cabo. Unos pescadores encontraron su cuerpo ya sin vida, flotando boca abajo.

Hans-Michael volvió a quedarse solo. Había perdido a su amada esposa, a su idolatrado Adolf Hitler y también la gran Alemania con la que había soñado. Incluso había tenido que esconder su identidad y renegar de su apellido, lo que sabía que su padre jamás le habría perdonado. En Moreña le conocían simplemente como Hans. Pero no quería renunciar a su deseo de tener descendencia. No soportaba la idea de que su estirpe terminase con él.

A principios de la década siguiente, contrajo matrimonio por segunda vez, con una joven natural de la comarca a la que doblaba en edad, y año y medio después nació su hijo. Lo llamó Hermann, en honor a su padre.

MIEDO

DÉCADA DE 1980

El bosque nunca es igual, y menos aún de noche. Los árboles parecen un muro, que se abre para dejarte pasar y luego se cierra. Los caminos se retuercen, giran, desaparecen. El aire se puebla de sonidos, ululatos, crujidos, gruñidos, murmullos y silbidos, corrientes que parecen traer voces, a veces gritos, a veces frases incompletas.

Joaquín, Raquel, Manu, Teo y Sebas callan sus temores y entran. Los haces de sus linternas se mueven con nerviosismo, rasgando la oscuridad y creando sombras que se escabullen.

Es una prueba de valor. En el fondo, saben que no encontrarán a Carolina, pero se niegan a quedarse de brazos cruzados. Cuando su amiga vuelva (porque están convencidos de que volverá), quieren poder decirle que ellos cinco la buscaron. Jamás en su vida han tenido tanto miedo como esta noche en el bosque. Ven la silueta monstruosa del Hombre del Bosque detrás de cada tronco de árbol, pero siguen adelante. Desafían su propio miedo y siguen. En cierto modo, se sienten culpables: ¿por qué Carolina y no ellos? Es el sentimiento de culpa del superviviente.

Si los pillan allí les caerá una buena reprimenda, y casi lo desean. Así tendrían una excusa para marcharse, porque todos quieren volver a casa, pero ninguno quiere ser el primero en decirlo.

Siguen. Van apiñados, rozándose con disimulo para sentirse a salvo.

Reviven la partida, revisan los escondites habituales, buscan cualquier rastro, a pesar de saber que es absurdo e inútil.

Y entonces lo oyen.

El nítido crujido de una pisada, a su izquierda, más allá de la tenue claridad blanquecina que forman las linternas. El grupo entero se gira hacia allí, impulsado por un mismo resorte.

—¿Qué ha sido eso? —pregunta Sebas, sin aliento.

No se ve nada, solo oscuridad impenetrable y troncos que se multiplican hasta el infinito.

—Habrá sido un animal —dice Teo, pero expresa más un deseo que una certeza.

—O él —dice Raquel.

—¿Él? ¿Quién?

—El Hombre Árbol, el Señor del Bosque.

—¡Cállate! —casi chilla Sebas.

—Vámonos ya —dice Manu—. Aquí no hacemos nada.

El mismo ruido repetido. Ahora dos, tres, cuatro, cinco pisadas consecutivas y rápidas, como de alguien a la carrera. Sebas, Raquel y Manu gritan, y todos echan a correr.

—¡No os separéis, no os separéis! —advierte Joaquín.

Teo tropieza y se cae de bruces. Manu salta por encima de él para no pisarle, pero enseguida vuelve atrás para ayudarle a levantarse.

—¡Vamos, vamos!

Sus propias pisadas y sus respiraciones agitadas ahogan cualquier otro sonido, pero están convencidos de que algo les persigue. Algo, no alguien. Alguno se atreve a mirar atrás, y, aunque la oscuridad no permite ver nada, parece que sí, que allí hay algo moviéndose, una sombra más oscura que el resto.

—¡Corred!

—¡Más rápido!

El bosque, que se había cerrado herméticamente en torno a ellos, se apiada y abre un resquicio entre los árboles para dejarles salir. Lo que les persigue, si es que realmente hay algo aparte de su imaginación, se detiene antes de llegar a campo abierto, pero ellos no paran de correr hasta alcanzar las primeras calles de Moreña.

MANU

Cuando colgó el teléfono, Manuel Fuensanta se vio a sí mismo siendo un niño enclenque y timorato. En aquel entonces no era Manuel ni nadie le hablaba con el respeto que a él le habría gustado. Era tan solo Manu, y a menudo ni siquiera eso, porque a veces los demás se dirigían a él como «el pez rémora del Partitura». Lo de «el Partitura» era un mote que requería cierto análisis. El mejor amigo de Manu era Domingo, de ahí pasó a «Domin», pero se enfadaba siempre que alguien lo llamaba así, por lo que lo redujeron aún más, a «Do», y como esa es la primera de las notas musicales, a alguien se le ocurrió rebautizarlo como «el Partitura». Y así se quedó.

Domingo Rodríguez, el Partitura, era grande y fuerte para su edad, y le gustaba hacerlo notar, mientras que Manuel tardó en dar el estirón. En el tiempo en que Carolina desapareció, era un chiquillo menudo que parecía cobijarse detrás de Domingo para sentirse a salvo de sus pullas y puñetazos. El Partitura solía decir que pegaba en broma, pero lo hacía con excesiva saña y a nadie le hacía maldita la gracia. Luego eso cambió, Manuel creció al fin e igualó en tamaño y musculatura a Domingo. A todos les extrañó que continuaran siendo amigos cuando sus caracteres eran tan opuestos, pero quizá era porque en cierto modo se complementaban. Manuel supo desde siempre que seguiría el camino trazado por su padre y su tío en la Guardia Civil, y Domingo trapicheó con todo lo que pudo, ya fuera tabaco, pesca furtiva o pequeñas cantidades de droga. Nunca dio para más. Al menos en un par de ocasiones fue Manuel quien tuvo que sacarlo de algún atolladero en el que se había metido de cabeza y sin red.

Ninguno de los dos llegó muy lejos. Domingo perdió la vida al salirse de la carretera en una curva que tomó demasiado rápido. Había miles de curvas en la comarca y lo extraño, dada su forma de conducir, era que no le hubiera ocurrido antes. Por su parte, Manuel no pasó de cabo antes de que una bala disparada por accidente le perforase un pulmón. Tuvieron que extirpárselo y obtuvo la jubilación anticipada; desde entonces, sin más familia que unos padres ya ancianos ingresados en una residencia y a los que no visitaba mucho, sus días se resumían en una cadena monótona de cortos paseos, largos períodos de sedentarismo y silencios perpetuos. Se había ido alejando de todo el mundo hasta transformarse en una isla en tierra firme.

Al contestar la llamada de la doctora Román cayó en la cuenta de que su propia voz apenas sabía cómo salir de su garganta. Necesitó carraspear varias veces, cada una más fuerte que la anterior, para hacerse oír. Atendió la presentación de la mujer y accedió a recibirla en su casa esa misma tarde.

—¿Está ella ahí, en la playa? —quiso saber en cuanto Estefanía se presentó a la hora acordada.

—Todavía no está confirmado. Es posible que el análisis de todos los huesos lleve varios días.

Con un gesto, Manuel le indicó que salieran al pequeño jardín situado en la parte trasera de la casa, donde había dos sillas plegables de tela. Corría una brisa fría, pero era consciente de que el aire en el salón podía ser irrespirable para cualquier ser vivo que no fuera él.

—Por teléfono dijo que es forense. ¿Hace usted los análisis?

—No. —Una vez más, Estefanía tuvo que explicar con detalle qué hacía ella allí. Ya le había dicho al llamar que había sido Francisco quien le había pedido que fuera, y ahora añadió que su función no era oficial ni podía prometer resultados—. Solo estoy aquí porque mi jefe es el hermano de Carolina y me lo ha pedido.

Manuel frunció los labios al tiempo que asentía.

—Está bien que sea usted sincera.

—Tanto tiempo después, es difícil resolver el misterio. Si al menos se confirma que alguno de esos huesos era suyo, ya tendremos algo.

—¿Cisco se conformaría con eso?

—No, por eso estoy yo aquí. Él desea saber lo que pasó, pero es consciente de que lo más seguro es que a estas alturas no podamos averiguarlo.

—Si me gustase apostar, que no me gusta, pondría todo mi dinero a que Carolina no está ahí —dijo Manuel de forma categórica.

—¿Por qué dice eso?

—Para lo pequeño que es Moreña, su historia está llena de niños desaparecidos y tumbas vacías.

—Francisco me comentó algo de eso. Historias con las que les querían asustar a ustedes de pequeños.

—Eso queríamos creer, pero eran ciertas. Lo intenté investigar, y me pasó lo mismo que le pasa a usted ahora: muchos años de por medio y pocos datos de los que tirar.

—Según Francisco, había algo de verdad y otra parte de exageración. Me habló de cuatro niños.

—Si nos centramos en los años sesenta, sí. Cuatro seguros en la comarca, y otros dos a unos cien kilómetros. Esa distancia en esos años era mayor de lo que es ahora, así que quizá no hubiera relación, pero todas las desapariciones se produjeron en un período de dos años.

—¿Cree que esos casos tienen que ver con el de Carolina? —preguntó Estefanía, que empezaba a notar que el frío aumentaba.

Manuel Fuensanta se encogió de hombros y miró hacia el horizonte sin fijarse en ningún punto concreto.

—Los separan muchos años, aunque eso no tiene por qué significar nada. Yo la verdad es que pienso que no, pero... —Volvió a encoger los hombros y no concluyó la frase—. He oído el rumor de que ahí abajo en la playa hay más de un cuerpo. —Miró ahora a Estefanía en espera de que ella lo confirmase, y la doctora asintió con un leve cabeceo—. Mi apuesta, ya le digo, es que Carolina no está ahí, y que esos cuerpos son los de los niños que desaparecieron antes que ella.

—Ha dicho que intentó investigar esos casos.

—Sí.

—¿Lo hizo porque no le gustan los casos sin resolver o porque pensaba en ese momento que sí había una relación con el de Carolina?

Manuel meditó su respuesta y, tras la pausa, dijo:

—Lo hice porque consideré que era mi obligación. De hecho, pensaba que era la obligación de todos, pero me encontré muy solo. Mire, doctora, me metí a guardia civil porque mi padre lo era, y mi tío también, y uno de mis abuelos lo había sido, era casi una tradición familiar. Se daba por hecho que yo entraría en el cuerpo, pero además me metí porque cuando ocurrió lo de Carolina y nadie pudo encontrarla ni darnos una explicación sentí el mayor miedo que he

sentido en mi puta vida. Mi padre y mi tío participaron en el caso tras la desaparición. A mi padre le afectó. Mi familia y la de ella, la de Cisco, eran amigas. Mi padre…, creo que siempre tuvo la sensación de que había fallado, de que debería haber hecho algo más de lo que hizo. Y, bueno, le sonará ridículo. En fin, pensé que alguien tenía que coger a los malos. Y lo intenté, pero no lo conseguí. Fuera quien fuera el que se la llevó, no ha pagado por ello.

—Ni el que se la llevó a ella ni el que se llevó a los otros. Como ha indicado hace un momento, la diferencia de años entre un caso y el otro, o los otros, no tiene que significar necesariamente que el culpable no sea la misma persona. Pero si no lo fue, eso quiere decir que hay al menos dos culpables que no pagaron por sus crímenes.

Manuel bajó ahora la mirada y sus dedos se entretuvieron pinzando una arruga que formaba el pantalón en su regazo.

—Quizá es que este lugar está maldito —murmuró—. Eso contaban los viejos. Cuando se es niño, a veces se oyen conversaciones entre adultos y no se llegan a comprender, pero se capta el miedo con el que hablan los mayores. Desde siempre ha existido una leyenda negra sobre Moreña. Brujas con sus aquelarres, naufragios sin explicación, monstruos del bosque, desapariciones…

Su voz se fue apagando y, cuando resultó evidente que no iba a continuar, Estefanía se decidió a intervenir de nuevo:

—La investigación que llevó a cabo, ¿habría posibilidad de que pudiera verla?

El ex guardia civil parpadeó para emerger desde el fondo de sus pensamientos y la miró. Luego asintió.

—No espere nada semejante a un informe ordenado y claro.

—No importa.

Manuel volvió a pensarlo un momento y se levantó.

—Aguarde aquí.

Mientras lo esperaba, Estefanía se arrebujó en su chaqueta. La temperatura descendía y, a lo lejos, las nubes se arremolinaban, oscuras y cargadas de lluvia.

Manuel Fuensanta volvió a salir varios minutos después, cargando con una caja de cartón.

—Aquí está todo.

Estefanía se asomó al interior de la caja y vio una gran cantidad de papeles sueltos y carpetas de cartulina de diferentes colores.

—Es menos de lo que parece —dijo Manuel—. Hay mucha fotocopia.

—¿Le importa que me lo lleve a mi hotel para verlo con calma?

—Hágalo. Yo ya no estoy para exprimirlo más. Si usted es capaz de sacarle más jugo, por mí estupendo. —Se rascó la calva, que avanzaba inexorable desde su coronilla en todas direcciones, y se sentó otra vez —. Perdí los ánimos de seguir investigando nada. No encontré ayuda y luego, cuando el accidente, dejé de insistir. En realidad, no se puede decir que llegase a ninguna parte. Si usted logra ir más allá, si resuelve el misterio de Carolina, le estaré agradecido. Ojalá lo haga, pero permítame que lo dude. —Hizo una pausa y, al cabo, añadió—: Supongo que fue mi primer amor. Si se puede llamar amor a lo que sienten un par de críos a esa edad.

—Yo hasta los catorce años ni siquiera me acercaba a los niños de mi clase —dijo Estefanía al notar que su interlocutor volvía a sumirse en el silencio—. Solo hablaba con otras chicas.

—Claro, es lo habitual. Pero Carolina era diferente. Ni a ella le importaba jugar con los chicos ni a nosotros nos importaba que lo hiciera. Jugaba mejor al fútbol que la mayoría y, al contrario que otras niñas, no le molestaba mancharse de tierra y barro. Además, sabía pelear. Pegaba unos puñetazos que eran casi como pedradas. La verdad es que yo apenas había hablado con ella hasta un día que el maestro me castigó por molestar en clase y me ordenó que me cambiara de pupitre. Imagínese la escuela que había aquí entonces; éramos cuatro gatos mal contados. Me tocó sentarme al lado de Carolina, y, al momento de ponerme allí, ella empezó a pasarme notitas, y, yo a contestarlas. No recuerdo qué nos decíamos en esos trocitos de papel, pero no paramos hasta que terminaron las clases.

»Al día siguiente ya podría haberme sentado en mi pupitre de siempre, pero preferí ponerme otra vez a su lado. Y al tercer día los demás ya se burlaban de nosotros. Una semana después empecé a acompañarla a su casa al salir del colegio. A ella y a su hermano Cisco. La primera vez le dije que me pillaba de camino a la mía, pero

era mentira y ella lo sabía. Nuestras casas estaban casi en extremos opuestos del pueblo. La suya, en realidad, estaba en las afueras, y la forma más rápida de llegar era a través de un bosquecillo de tilos en el que siempre nos deteníamos a jugar.

»Estaba lleno de sombras, pero sus ojos atravesaban la oscuridad. La atravesaban. —Negó con la cabeza en un gesto de desolación—. Jamás he vuelto a ver unos ojos como los suyos.

Siguió un silencio tenso y desbordado de melancolía que Estefanía acabó por romper:

—Niño o no, estaba usted enamorado.

—¿Se puede estar enamorado con once o doce años? No lo sé. Quizá me enamoré después, cuando se la llevaron. Me enamoré de su recuerdo.

Estefanía se puso en pie y cogió la caja de cartón.

—Se la devolveré lo antes posible.

—No hay prisa. Tráigala antes de marcharse, pero no hace falta que corra. ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Todavía no lo sé. Llegué ayer por la tarde y de momento no tengo fecha de vuelta.

—Bien, pues analice toda esa información, a ver si es usted capaz de sacar más de ella que yo. Siempre tuve la impresión de que había algo que yo no veía.

—Una última cosa —dijo Estefanía—. Ha dicho que su padre y su tío participaron en la investigación original. ¿Sería posible hablar con ellos?

Manuel arrugó la nariz y frunció los labios, en un gesto que a Estefanía le pareció que repetía con frecuencia.

—Mi tío Manolo falleció de un cáncer de páncreas, y mi padre... Hablar con él es complicado. Alzhéimer. Hace ya tiempo empezó a olvidar cosas. Al principio apenas se le notaba. Lo achacamos más a despistes que a los inicios de una enfermedad. No recordaba dónde había dejado las llaves o sus gafas de lectura, cosas así. Ahora ya casi nunca me reconoce, y, a veces, aunque sí lo hace, sabe que soy su hijo pero no recuerda cómo me llamo. No le serviría de nada hablar con él.

Estefanía no supo qué decir que no sonase a frase hecha e insustancial.

—Lo siento mucho. Es una enfermedad cruel.

Manuel asintió y encabezó el camino hacia la puerta principal.

—Yo estaré aquí —dijo al llegar al pequeño vestíbulo de la casa—. No me muevo mucho. Si quiere cualquier aclaración sobre lo que hay ahí —señaló la caja—, o si se le ocurre alguna teoría, pásese a verme.

—Gracias.

Manuel abrió la puerta y Estefanía salió, pero el exguardia civil la retuvo un segundo:

—Cuando hable con Cisco, dígale que yo lo intenté, ¿de acuerdo?

—¿Quiere su número? Así podrá decírselo usted mismo.

Manuel negó con la cabeza.

—Hágalo usted. La última vez que Cisco y yo hablamos debió de ser aquel mismo día, en el bosque.

—Muy bien. Lo haré, descuide.

PAPELES ANTIGUOS

En su habitación del hotel Esmeralda, Estefanía sacó el contenido de la caja y lo repartió sobre la colcha de la cama. No apreció un orden claro, pero tampoco lo había esperado.

Antes de meterse con ello, decidió bajar a cenar. Mientras esperaba a que le sirvieran en el diminuto bar-restaurante del propio hotel, donde solo había otra mesa ocupada, sacó su móvil para llamar a Francisco. Lo había puesto en silencio antes de encontrarse con Manuel Fuensanta, y ahora vio en la pantalla el aviso de una llamada perdida de Gabriel. Lo eliminó. No le entraba en la cabeza que su ex insistiera tanto.

Pulsó sobre el contacto de su jefe.

—Estefanía. Esperaba tu llamada. ¿Cómo estás?

—Bien. Intentando entrar en materia, paso a paso.

—Claro.

—He conocido al inspector Baena y al doctor Gutiérrez.

—¿Te han recibido bien?

—Sí, no puedo quejarme. También he hablado con Teo y con Manu.

—¿Qué se cuentan?

—No mucho. Pero los volveré a ver.

—¿Por?

—Bueno, principalmente porque Teo y su mujer tienen un bar en el que se come de maravilla y porque Manu trató de investigar por su cuenta el caso de tu hermana. Me ha pedido que te lo diga.

—¿A qué te refieres con que lo hizo por su cuenta?

Estefanía le hizo un resumen de su conversación con Fuensanta y luego le contó también el hallazgo que la policía había hecho en la

isla de las Ánimas.

—¿Hueca? —repitió Francisco.

—Eso parece. Los huesos estaban en su interior.

—¡Dios mío! Todos nosotros íbamos a esa isla desde que aprendimos a nadar. No me lo puedo creer. ¿Estaban allí?

—Sí.

—Avísame en cuanto Gutiérrez te dé resultados, por favor.

—Por supuesto.

Al poco de finalizar la conversación con su jefe, el móvil empezó a sonar. Era el inspector Baena.

—Señora Román, no he podido llamarla antes. —Sonaba más allá del cansancio. Agotado y quizá, temió de nuevo Estefanía, superado por los acontecimientos.

—Lo entiendo, no se preocupe.

—Tengo esos datos que me pidió antes, números de teléfono y direcciones.

Estefanía estuvo a punto de decirle que ya los había conseguido, pero pensó que el policía podría tomárselo mal y guardó silencio. Puso la lista sobre la mesa y se cercioró de que lo que ahora le dictaba el inspector coincidía con lo que le había apuntado Teo.

—Muchas gracias, inspector. Se lo agradezco mucho. ¿Cómo ha ido en la isla?

—Despacio. Contamos con pocas horas para trabajar entre marea y marea. En fin, esto va a llevar su tiempo. Trataré de mantenerla informada, porque así me lo han ordenado, pero le voy a pedir una cosa.

—Por supuesto, dígame.

Oyó que al otro lado Baena respiraba profundamente.

—No tengo muy claro cuál es su función aquí, señora. Ya sé que la envían desde arriba, pero... A ver, no tengo inconveniente en que esté preguntando a los antiguos amigos de su jefe, pero no me altere al

personal, ¿de acuerdo? En Moreña hace tiempo que no pasa nada fuera de lo normal. Esto no es como una ciudad grande, ya me entiende. Aquí la vida es muy tranquila. Yo la mantendré informada, pero hágame el favor de no inmiscuirse en mi labor y no me atosigue con prisas.

—Inspector, como le dije esta mañana, no soy policía ni he venido para supervisarle. No se me pasaría por la cabeza.

—Estupendo. Bien. Pues eso es todo. Ya hablaremos cuando tenga novedades.

—Perfecto, inspector. Muchas gracias.

De regreso en la habitación, se lavó los dientes, se puso el pijama y se zambulló en la lectura.

Había folios mecanografiados y otros escritos a mano; estos últimos tenían el aspecto de apuntes escolares que su autor hubiera utilizado repetidamente para estudiar, pues había en ellos partes subrayadas y destacadas con círculos en rotulador rojo. En algunos de los márgenes descubrió símbolos de interrogación y anotaciones que Manuel Fuensanta se había hecho a sí mismo: «revisar», o «confirmar». Las carpetas de cartulina estaban marcadas con sendos nombres: Avelino Rivas Gracián, Juan Antonio Lorenzo Ruiz, Enrique Aldecoa Castro, Armando Castillo Sánchez, Evelio García Aranda y Juan Jesús Iglesias Espinosa. Estefanía supo al instante a quiénes pertenecían aquellos seis nombres; eran los niños que habían desaparecido en los años sesenta, cuatro de ellos en la comarca de Moreña y otros dos en poblaciones a unos cien kilómetros de distancia. La documentación que contenía cada una de las carpetas era más bien escasa: en alguna había solo una hoja, y en otras, dos o tres. En cambio, el papeleo que Fuensanta había acumulado sobre el caso de Carolina era notable. Había informes diversos, transcripciones de entrevistas, fotografías del bosque y de diversos lugares de la región.

Leerlo todo le llevaría la noche entera, como mínimo, y ni siquiera sabía por dónde empezar.

Con grandes dosis de paciencia, consiguió establecer un cierto orden en las primeras desapariciones. Evelio García Aranda y Enrique Aldecoa Castro eran los dos niños de fuera de la comarca, cuyos casos

era probable que no tuvieran relación con el resto. Evelio era hijo de un cabrero y su desaparición ni siquiera tenía una fecha concreta, pues el padre era analfabeto y había tardado días en dar parte a las autoridades. En principio, la Guardia Civil había estudiado dos opciones: o bien el chico se había fugado, o bien había sufrido algún percance en las montañas. Al parecer solo Manuel Fuensanta había creído ver un nexo de unión con los demás niños, pero ese nexo consistía casi únicamente en el hecho de que su cuerpo no había sido hallado.

Enrique Aldecoa era uno de los cinco hijos de unos granjeros. Su casa estaba a ciento diez kilómetros de Moreña y a veinticinco de donde vivía Evelio García con su padre. Las desapariciones de ambos chiquillos estaban separadas por cuatro meses, y en aquel segundo caso las autoridades también habían recibido el aviso con retraso, ya que la granja se hallaba en un valle apartado y el cabeza de familia no mantenía buenos tratos con la Guardia Civil.

En la carpeta de Evelio no había ninguna foto, y en la de Enrique la única que había era un retrato de la familia al completo frente a la puerta de la granja, con un círculo pintado con rotulador rojo alrededor de la cabeza del chico en cuestión, pero la imagen era borrosa y los rasgos resultaban muy vagos.

En cuanto a los otros cuatro, el orden cronológico era: Avelino Rivas, Armando Castillo, Juan Antonio Lorenzo y Juan Jesús Iglesias. Entre Armando y Juan Antonio se encuadraban las desapariciones de Evelio y Enrique.

Juan Jesús Iglesias también era hijo de granjeros, pero su proximidad a Moreña hacía plausible la relación. Avelino y Juan Antonio eran hijos de pescadores, y Armando era un huérfano que residía en un hospicio a unos pocos kilómetros de la población. Este último caso también parecía inclinarse más hacia una fuga voluntaria que hacia un secuestro, puesto que Armando ya lo había intentado antes en, al menos, una ocasión.

En realidad, en las notas de Fuensanta no había nada más allá de indicios sobre una posible relación entre los seis casos, aunque desde luego tanto la edad como la cercanía de las residencias llamaban la atención. Todos los chicos tenían entre diez (Avelino) y catorce años (Juan Jesús). De la primera desaparición a la última iban en total veinticinco meses y veintiún días, con un promedio de entre tres y cinco meses entre cada una de las seis. Se habían producido entre febrero de 1965 y marzo de 1967.

Manuel Fuensanta se había entrevistado con algunos familiares, pero no había nada que destacara en los informes de esos encuentros. Sin embargo, pese a la falta de testigos y de pruebas que señalasen en una dirección clara, Estefanía concluyó que la teoría de Fuensanta tenía su razón de ser. No se había podido demostrar, pero parecía creíble que las desapariciones estuvieran conectadas. Si no todas, sí al menos algunas.

No obstante, que fuera una teoría plausible no significaba en absoluto que fuera correcta.

En cualquier caso, no había testigos, no había cuerpos y no había sospechosos. Lo que sí había era un período de cincuenta y un años desde la última de esas seis desapariciones. Toda una vida. Demasiado para confiar en hallar al culpable (o culpables).

Y entre esa última desaparición, la de Juan Jesús Iglesias Espinosa, y la de Carolina, en julio de 1982, se contaban quince años. ¿Podía existir relación? No podía descartarse una respuesta afirmativa, pero resultaba, cuando menos, improbable. No parecía muy lógico pensar que durante esos quince años hubiera habido otras desapariciones en la zona y Fuensanta no estuviera al corriente, pero sí entraba dentro de lo posible que el culpable hubiera pasado ese tiempo fuera de circulación, bien por estar en otra parte, bien por estar encerrado por algún otro crimen. Las posibilidades, en ese sentido, eran innumerables, y, por tanto, descorazonadoras.

MOREÑA Y RAQUEL

La melodía de Thunderstruck la despertó de golpe y lo primero que vio fue la luz gris del día colándose por la ventana de la habitación. Había pasado toda la noche en vela y no tenía conciencia de haberse tumbado y cerrado los ojos. De hecho, los papeles de la investigación de Manuel Fuensanta seguían a su alrededor, sobre la cama, y unos pocos se habían deslizado al suelo. Había un grifo abierto en alguna parte, o eso pensó hasta comprender que en el exterior caía un fuerte chaparrón. La canción de AC/DC dejó de sonar antes de que pudiera hacerse el ánimo de responder.

Se dio la vuelta y cogió el móvil de la mesita. Desbloqueó la pantalla con la sospecha de que vería el número de Gabriel, pero quien la había llamado era el doctor Gutiérrez. Se sentó en el borde de la cama y se apresuró a devolverle la llamada.

—¿Doctora?

—¡Sí! Disculpe, no me ha dado tiempo de coger el teléfono.

—Solo quería comentarle un par de cosas.

—Claro. —Estefanía se puso de pie.

—Bien, bien. Todavía no se han recuperado todos los huesos, y es posible que no podamos encontrarlos, pero sí hay algo confirmado: en la isla había como mínimo cinco cuerpos.

—¡¿Cinco?!

—Sí. Como mínimo, repito. No hemos podido completar ninguno, pero tenemos tres bastante enteros. De esos cinco cuerpos, cuatro son niños, y el quinto, un adulto. Los huesos están en muy mal estado, así que las muestras de ADN las he obtenido de los molares y premolares. Ya están camino del Instituto Nacional de Toxicología, pero llevará unos días recibir los resultados, como bien sabe. La cuestión es que tres de los niños eran varones. El cuarto no lo sabemos aún porque falta hallar la pelvis y el cráneo. El esqueleto adulto, en cambio, sí pertenece a una mujer.

Los dos se quedaron en silencio y Estefanía volvió a sentarse en la

cama.

—Una mujer adulta y tres niños varones —murmuró. Los nombres de los chicos desaparecidos a mediados de los sesenta parpadearon en su mente como el foco de un faro en la negrura. Pero ¿dónde encajaba la mujer?—. Entonces, Carolina no está.

—De momento, no. Pero hay un cuerpo por completar, y puede que en realidad sean más de uno. En cuanto al tiempo que han pasado bajo el agua, en el interior de la isla, es otro dato que tampoco tenemos todavía.

—¿Alguna aproximación?

—No me gusta hacerlas, doctora. Pero, entre usted y yo, creo que sí podríamos asegurar que han estado al menos treinta años allí. La mantendré al tanto de cualquier avance.

—Muchas gracias, doctor.

—No hay de qué.

Dieron por finalizada la conversación y Estefanía se dejó caer hacia atrás, frustrada. Todo parecía indicar que Manuel Fuensanta acertaba con su apuesta.

Si Carolina no estaba en la playa, ¿qué opciones tenía de dar con ella, de descifrar el enigma de su ausencia durante treinta y seis años?

Resopló con hastío. Solo estaba dando sus primeros pasos en la investigación, pero temía no encontrar la forma de ir hacia Carolina.

Sacudió la cabeza para desprenderse del pesimismo y se incorporó de un salto. No podía darse por vencida tan pronto. Recogió los papeles de la cama y se metió en la ducha. Eran más de las doce, ya no le servirían el desayuno y tenía un hueco creciente en el estómago que necesitaba llenar.

Había dejado de llover, aunque quedaban gotas colgadas del aire.

Entró en el primer bar que vio, pidió un café con leche y un cruasán con mantequilla. Lo devoró con avidez y marcó el número de Esteban Borges Ribó, el concejal, pero no obtuvo respuesta ni se activó el buzón de voz. Llamó entonces a Raquel Asensi, la maestra. Ahora sí

se conectó el buzón, sin que sonara ningún tono de llamada; era miércoles y el horario escolar no había terminado. Estefanía dejó un mensaje a Raquel presentándose y le pidió que la llamase de vuelta cuando pudiera.

Salió del bar y aprovechó lo que quedaba de mañana para recorrer Moreña a pie. Sin duda, la población no tendría mucho que ver con lo que había sido treinta años atrás, como ningún otro lugar en el mundo, pero pensó que le vendría bien aclimatarse.

Evitó la cala de los huesos, no fuera a ser que el inspector Baena pensase que no le quitaba el ojo de encima. Pasó por la otra playa, al lado contrario del cabo, que era más pequeña, pero poseía también un cierto encanto, en este caso más agreste. En su extremo norte se hallaba el puerto. Se internó por las calles más angostas, que formaban un dédalo en el centro de la población. Todas ellas eran peatonales, de suelo empedrado y estaban salpicadas de comercios diminutos, muchos de los cuales estaban cerrados en espera, supuso, de la temporada turística. Había gente, pero no podía desprenderse de la sensación de que era poca.

Le gustó lo que veía. Se trataba de una población costera bien cuidada, con su aroma propio. Pequeña, pero totalmente autosuficiente. Se apreciaba con claridad que había nacido enfocada al mar, pero las montañas y los bosques que la rodeaban también habían dejado su impronta en ella.

Cinco minutos después de las dos de la tarde sonó su móvil. El número que aparecía en la pantalla le sonaba, pero no estaba segura de si pertenecía al concejal o a la maestra.

—¿Hola?

—¿Estefanía Román? —preguntó una voz femenina.

La maestra.

—Sí, soy yo. Es usted Raquel, ¿verdad?

—Sí, Raquel. Me ha llamado cuando estaba en clase, por eso tenía el teléfono apagado. Decía en el mensaje que está en Moreña de parte de Cisco.

—Eso es.

—¿Qué ha sido de su vida?, ¿cómo está el pequeño Cisco?

—Diría que no le ha ido mal, profesionalmente. Y tiene una mujer estupenda.

—Me alegro, me alegro. Pero la ha enviado a usted.

—Me ha pedido que venga, sí. Él no ha vuelto a Moreña en todos estos años.

—Imagino que será muy duro para él. ¡Vaya! Yo también he vuelto a pensar en Carolina desde que me enteré de lo de los huesos. Supongo que todo el mundo que conoce la historia lo ha hecho. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted? ¿Por qué quiere hablar conmigo?

—Porque Francisco sigue deseando que se resuelva el misterio, y más ahora, que se han encontrado esos huesos.

—¿Pero son los de ella?

—Aún no lo sabemos. De todos modos, tanto si resulta que lo son, como si no, me gustaría hablar con usted. ¿Podemos vernos?

—Sí, claro, no hay problema. —Hizo una pausa para repasar mentalmente su agenda—. Esta tarde llevo a mi hija a natación en el polideportivo, ¿le parece que nos veamos allí? Después lo tengo complicado, la verdad.

—Perfecto. ¿Dónde queda el polideportivo?

—Le envío la ubicación. Estaré allí de cinco a seis y media.

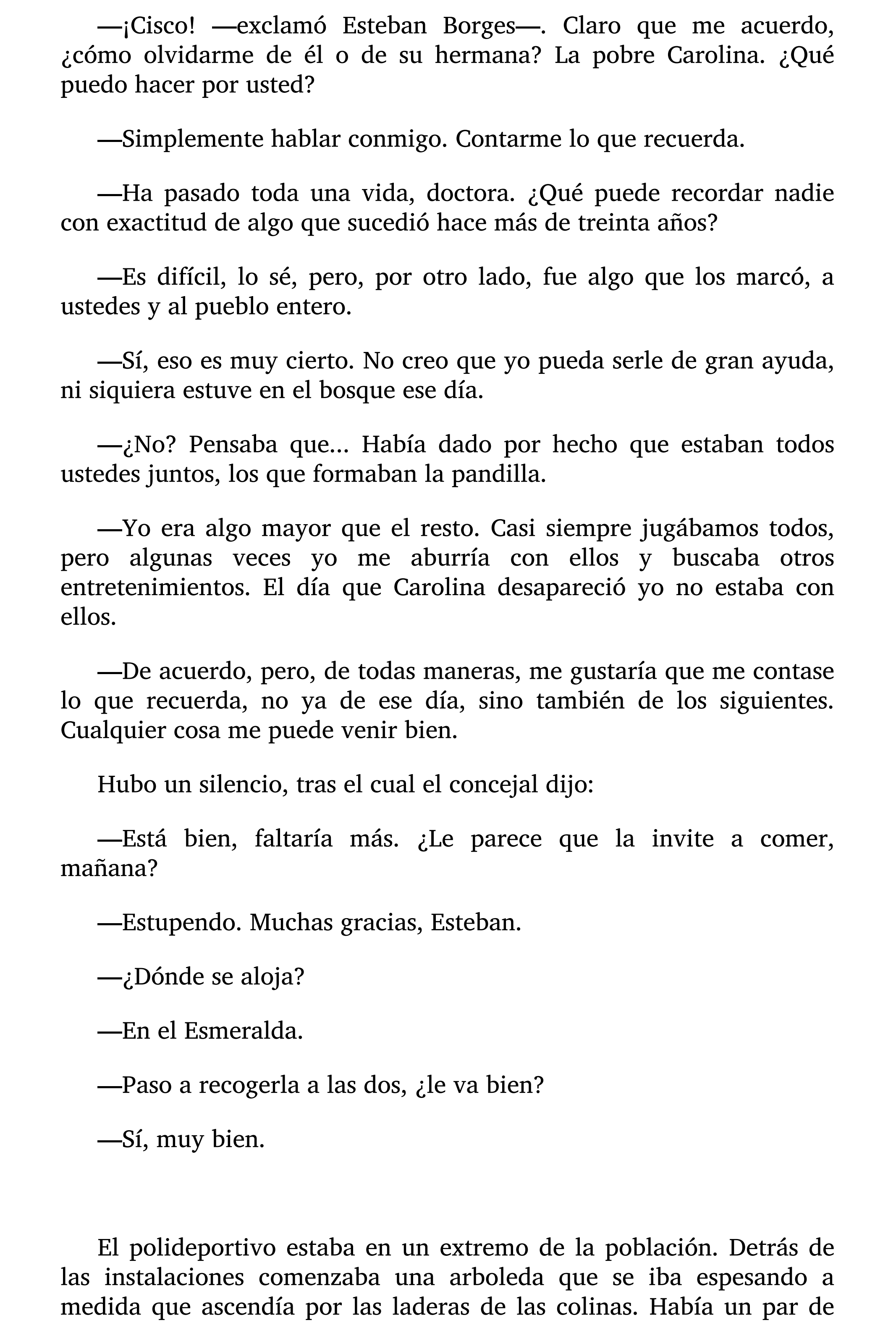
—Estupendo, gracias. Nos vemos esta tarde.

Estefanía cortó la comunicación y probó de nuevo con el número del concejal. Lo dejó sonar seis veces y pulsó el botón de fin de llamada.

Al momento recibió un mensaje de WhatsApp con la localización del polideportivo municipal, y tres minutos más tarde una segunda llamada entrante. Esta vez sí supo de qué número se trataba.

—¿Hola? —dijo una voz ronca en la que Estefanía creyó identificar a un fumador empedernido—. Tengo dos llamadas de este número, ¿quién es?

Estefanía respondió, con el mismo discurso sucinto y claro que ya había utilizado varias veces.



—¡Cisco! —exclamó Esteban Borges—. Claro que me acuerdo, ¿cómo olvidarme de él o de su hermana? La pobre Carolina. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Simplemente hablar conmigo. Contarme lo que recuerda.

—Ha pasado toda una vida, doctora. ¿Qué puede recordar nadie con exactitud de algo que sucedió hace más de treinta años?

—Es difícil, lo sé, pero, por otro lado, fue algo que los marcó, a ustedes y al pueblo entero.

—Sí, eso es muy cierto. No creo que yo pueda serle de gran ayuda, ni siquiera estuve en el bosque ese día.

—¿No? Pensaba que… Había dado por hecho que estaban todos ustedes juntos, los que formaban la pandilla.

—Yo era algo mayor que el resto. Casi siempre jugábamos todos, pero algunas veces yo me aburría con ellos y buscaba otros entretenimientos. El día que Carolina desapareció yo no estaba con ellos.

—De acuerdo, pero, de todas maneras, me gustaría que me contase lo que recuerda, no ya de ese día, sino también de los siguientes. Cualquier cosa me puede venir bien.

Hubo un silencio, tras el cual el concejal dijo:

—Está bien, faltaría más. ¿Le parece que la invite a comer, mañana?

—Estupendo. Muchas gracias, Esteban.

—¿Dónde se aloja?

—En el Esmeralda.

—Paso a recogerla a las dos, ¿le va bien?

—Sí, muy bien.

El polideportivo estaba en un extremo de la población. Detrás de las instalaciones comenzaba una arboleda que se iba espesando a medida que ascendía por las laderas de las colinas. Había un par de

pistas de tenis y varias de pádel, un campo de fútbol rodeado por la cinta anaranjada de una pista de atletismo, y el edificio principal, en cuyo interior había espacio para un gimnasio, una piscina y una cafetería. Raquel y Estefanía se encontraron en las gradas de la piscina. En el agua entrenaba un grupo de niños bajo la supervisión de un trío de monitores.

—Pasábamos por casa solo para dormir, comer y cenar —recordó la maestra—. El resto del tiempo lo dedicábamos a recorrer Moreña de punta a punta. Éramos unos críos, y creíamos que Moreña era nuestro reino particular. Yo, en serio, nunca imaginé que pudiera pasarnos nada malo. Por muchas advertencias que nos hicieran nuestros padres, los típicos consejos para que tuviéramos cuidado, para que no nos fiásemos de los extraños, aquellas historias viejas… No, jamás pensamos que se nos acabaría el verano en pleno mes de julio.

»Carolina y yo éramos íntimas, uña y carne. Ella se quedaba a dormir en mi casa, yo en la suya. A veces nos decían que parecíamos hermanas siamesas, porque no nos despegábamos la una de la otra. A Joaquín, que estaba loco por Carolina, incluso le molestaba que fuéramos tan amigas.

»Al principio de esas vacaciones acordamos que sería nuestro mejor verano. Prometimos que no permitiríamos que pasara agosto sin que algún chico nos diera nuestro primer beso. —El recuerdo hizo asomar una tímida sonrisa a sus labios. Sus ojos, en cambio, permanecían fijos en los movimientos de su hija en el agua—. Y nos dejaron sin verano. Cuando Carolina desapareció me quedé sin veranos durante mucho tiempo. Todo el mundo tenía miedo, a los niños no nos dejaban ir solos a ninguna parte.

—Según me contó Francisco, estabais jugando al escondite. Os escondisteis y Carolina no volvió a aparecer.

—Así fue. Carolina se alejó corriendo, estuve a punto de seguirla, pero me había subido a un árbol y estaba segura de que Joaquín no me descubriría. Ellos dos, Carolina y Joaquín, siempre competían por ganar en todos los juegos. A los demás no nos importaba tanto.

—Entonces ¿no sabes dónde se escondió?

Nada más saludarse, la maestra le había pedido que la tutease.

—Nadie lo vio. Pero tampoco es que pensáramos nada raro. A Carolina le gustaba buscar buenos escondites. Competía de verdad, en cualquier juego. Le gustaba quedar por delante de los chicos. El año

anterior habíamos hecho nuestras propias olimpiadas, con natación, salto de longitud, carreras de bicis, los cien metros… Ella estuvo entre los primeros en todo.

—¿Podría ser que se fuera por propia voluntad?, ¿que hubiera planeado aprovechar la partida al escondite para marcharse?

—Esa misma pregunta ya me la hicieron. Yo sé que no. A mí me lo habría contado. Carolina era una chiquilla feliz. No se había enamorado de un adulto que la hubiera engatusado ni nada por el estilo. Éramos unos críos y éramos felices, con nuestras riñas y nuestros enfados, pero todo lo felices que se puede ser a esa edad. No, Carolina no se fue a propósito. Alguien se la llevó.

—Nadie vio ni oyó nada.

—Supongo que porque no prestábamos atención a los sonidos. Estábamos escondidos y jugando, así que se oían carreras y risas y gritos, pero era justo eso lo que esperábamos oír. Puede que entre los gritos hubiera alguno de Carolina… Yo creo que no. Pero no puedo asegurarlo. Joaquín nos encontró a todos y solo faltaba ella. Mientras él seguía buscándola, los demás esperábamos que ella apareciera por cualquier lado y nos salvase a todos. Pasó un buen rato así. La mayoría estábamos sentados alrededor del árbol en el que Joaquín había hecho la cuenta, y él se alejaba hacia un lado y hacia otro hasta que se hartó de tanto buscar y se largó de vuelta al pueblo. Domingo el Partitura, y Manu se fueron con él, y los demás nos quedamos llamando a Carolina. Pero ninguno de nosotros pensaba todavía que le hubiera ocurrido nada. Y, como no aparecía, Cisco se puso nervioso. Creo que alguien dijo que se habría ido a casa, y otro sugirió que podría haberse caído en algún sitio y por eso no volvía. La buscamos un rato más y luego Cisco salió corriendo para avisar a sus padres. Los mayores pensaron que se habría perdido…

—He hablado por teléfono con Esteban Borges. Mañana comeré con él.

—El gran Esteban —musitó Raquel.

Estefanía la miró, en espera de una aclaración al comentario, pero la maestra no se la dio.

—Me ha dicho que él no estuvo ese día con el grupo. Supongo que fue un malentendido por mi parte, pero di por sentado que todos los nombres que Francisco me había anotado en esta primera lista formaban parte de la pandilla. —Le mostró el papel a Raquel—. Esta

segunda lista me dijo que era de vecinos del pueblo.

La maestra echó un vistazo y asintió.

—Sí, formábamos una pandilla muy heterogénea. Teníamos edades distintas, pero solíamos jugar juntos. Qué remedio. Esteban era un poco mayor, así que supongo que solo venía con nosotros cuando no encontraba nada mejor que hacer. Más adelante se distanció aún más, cuando la diferencia de edad empezó a notarse.

—¿El resto de la lista sí estuvo ese día en el bosque?

Raquel cogió el papel y lo leyó por segunda vez.

—Sí, creo que sí. Manu, Sebas, Encarna, Domingo, Antonia, Joaquín, Ramiro, Teo, Maribel, Álvaro... Estuvimos todos, sí, yo diría que sí. Los nombres que tienes marcados es porque sabes que murieron, ¿no?

—Sí, me lo han dicho. Y que Álvaro se fue a Uruguay, ¿verdad?

—Ya no recuerdo si Uruguay o Argentina, pero sí, se fue. Siempre dijo que esto se le quedaba pequeño, que se largaría. Y lo hizo.

Por la manera en que lo dijo, con un deje de melancolía, Estefanía creyó interpretar que entre ellos dos había existido algo especial.

—¿Y Encarna? No tengo datos de ella.

—Creo que no volvió después de la universidad. No la veo hace muchísimo.

—¿No tienes su teléfono?

—No. Puede que lo tuviera alguna vez, pero voy eliminando los contactos que no suelo utilizar, y con ella hace una eternidad que no hablo. Ella tenía la edad de Cisco, era más pequeña que Carolina y yo, así que no teníamos tanta relación. Hay una edad en la que no te importa jugar con otros más pequeños, pero luego creces, tus intereses cambian y los pequeños te incordian.

—Entonces me falta hablar con Esteban, Joaquín, Antonia y Ramiro.

—Antonia también era algo más pequeña, creo que tiene uno o dos años menos que nosotras. Ella sí está aquí, heredó la panadería de sus padres. Se llama La Tahona de la Esquina, está en el cruce entre la

calle Mayor y la de Teniente Pinilla. Y Ramiro es más mayor.

—¿Pero sí estaba en el bosque?

La maestra asintió de nuevo.

—Creo que sí. Habla con ellos, pero me parece que no te podrán decir nada distinto a lo que te acabo de decir yo. Son treinta y seis años desde aquello. Por mucho que nos marcase, hay recuerdos que se confunden.

—Claro.

—Alguno de los de la segunda lista sí podrá darte más información, quizá. Al menos de las batidas que se hicieron para buscarla.

—Manuel Fuensanta me ha dicho que su tío falleció y su padre padece alzhéimer.

Por tercera vez, Raquel revisó el listado. Tocó con la uña del dedo índice uno de los nombres.

—Genaro. Habla con él. Es anciano pero se conserva muy lúcido. Lleva todos los días a sus nietos al colegio y solemos hablar. Participó en las batidas. Bueno, todo el pueblo participó. Uno de los días nos reunieron a todos los niños y un par de adultos se quedaron con nosotros, el resto del pueblo registró el bosque y los alrededores. La buscaron durante mucho tiempo, no se puede decir que no lo hicieran. Todo el mundo quería encontrarla. —Se quedó casi un minuto en silencio, concentrada de nuevo en lo que su hija hacía en la piscina—. No volví a entrar en el bosque hasta varios años más tarde —murmuró —. No, perdona, sí entré. Una noche nos reunimos unos cuantos y fuimos. Pensábamos que nosotros seríamos capaces de encontrarla... Pero nos llevamos un susto, eso fue todo lo que conseguimos.

—¿A qué te refieres? ¿Qué susto?

—Supongo que se puede resumir en que el bosque, de noche, pudo con nosotros. Éramos unos críos... Empezamos a oír ruidos, como de pisadas, e incluso voces, y salimos por piernas.

—¿Visteis algo? ¿A alguien?

—Qué va. El Hombre Árbol no se dejó ver. ¿Has oído hablar de él?

Estefanía asintió con la cabeza. Luego, tras una pausa, sacó de su bolso el mapa que le habían dado en el hotel.

—¿Cuál es el bosque exactamente? —preguntó—. Aquí aparecen varias zonas arboladas.

Raquel le indicó el inicio de una zona pintada de verde en el extremo opuesto de Moreña, que se extendía más allá de los márgenes de la ilustración.

—Ya no es tan grande como era antes, han urbanizado una parte. Supongo que entonces tampoco eran tan grande como nos lo parecía a nosotros. Lo llamábamos Bosque Oscuro —añadió, con una breve sonrisa nostálgica—. Era nuestro bosque de las aventuras. La verdad es que encontrábamos aventuras en cualquier parte. Pero el Bosque Oscuro solía ser un elemento importante en las historias que nos inventábamos, igual que la Torre del Diablo, la isla de las Ánimas o la Casa en Ruinas.

De regreso al hotel, informó en recepción (donde había ahora un hombre canoso que frisaba los cincuenta) que alargaría su estancia unos días más.

FANTASMAS

Las noches de niebla, con la marea baja, los fantasmas salen de la isla de las Ánimas y se adentran por las callejuelas de Moreña como sombras difuminadas en busca de lo que fue su hogar. Unas veces se dispersan, porque alguno de ellos no conoció Moreña más que el día de su muerte y no reconoce el lugar; otras, avanzan juntos, como para protegerse unos a otros, pese a que ya nadie puede hacerles daño.

Ellos lo ven todo, pero nadie los ve a ellos, aunque en alguna ocasión, cuando una luz repentina incide sobre ellos, antes de atravesarlos proyecta su silueta en el suelo o en la pared y entonces la gente mira extrañada en esa dirección, pero parpadea un instante y la silueta ha desaparecido.

Suben los fantasmas por las calles, que zigzaguean como ríos negros, se asoman a las ventanas para ver retazos de una vida que ellos ya no poseen y, luego, se lanzan a la carrera hacia el casco antiguo con una algarabía de gritos mudos. Más tarde, se apresuran a regresar antes de que su isla sea engullida por la pleamar.

El sueño fue tan vívido, tan rebosante de detalles, que Estefanía siguió convencida de que era real durante varios minutos después de haber abierto los ojos. La envolvía la oscuridad, no tenía ni idea de qué hora era. Palpó con la mano izquierda la mesita en busca del móvil y lo pulsó para encender la pantalla. Las tres y veinte de la madrugada.

Sabía que no podría volver a dormir. Odiaba el insomnio que se había enseñoreado de sus noches desde que sufriera el aborto.

Se hizo a la idea de que solo al amanecer volvería a sentir que le pesaban los párpados, así que encendió la luz y conectó su ordenador portátil. Apiló los cojines contra la cabecera de la cama y se sentó mientras el aparato se ponía en funcionamiento. Abrió el procesador de textos y seleccionó el documento al que había asignado el nombre de CAROLINA. A continuación, apuntó la información que había ido recopilando desde que se había citado con Francisco en el bar La Estación, marcando en negrita los nombres de las personas con las que

había hablado o que habían aparecido en las diferentes entrevistas. Una y otra vez volvía atrás para añadir datos o enlazar informaciones a personas concretas. Al nombre de Salvador Fuensanta, el padre de Manuel, agregó un comentario sobre su enfermedad, y al de su tío, Manolo, otro en el que indicaba «fallecido». Ese mismo dato lo incorporó a los nombres de Domingo Rodríguez el Partitura, Sebas el Piltrafa y Maribel Bernat. Al nombre de Álvaro Ochoa le añadió que vivía en Uruguay, y al de Esteban Borges que no participó el día de la desaparición de Carolina en los juegos de la pandilla. Al nombre de Encarna Gómez enlazó un comentario con el texto «no es residente en Moreña. ¿Localizar?». De momento pensó que no sería necesario. Tanto Encarna como Álvaro formaban parte del grupo de niños más pequeños de la pandilla, junto con Francisco y Antonia, así que supuso que no tendrían mucho que aportar. Se habían escondido cerca y Joaquín los había descubierto enseguida.

Anotó en un aparte, bajo el epígrafe «Pendiente», las personas con las que aún no había hablado: Joaquín, Antonia, Esteban, Ramiro y las del segundo listado que le había dado Francisco, excepto el padre y el tío de Manuel Fuensanta. Decidió que por la mañana pasaría por la tahona de Antonia.

Tras meditarlo unos momentos, escribió también los lugares que, según Raquel, frecuentaba el grupo de amigos y utilizaban luego para sus historias de miedo: el Bosque Oscuro, la Casa en Ruinas, la Torre del Diablo y la isla de las Ánimas. Contaba con que no le permitirían visitar la isla, al menos mientras durase la investigación, y supuso que al farallón que llamaban la Torre del Diablo tampoco se podría acceder, pero se propuso visitar los otros dos puntos. Quizá aquella misma mañana tuviera tiempo para ir al bosque antes de su cita con el concejal.

Creó un segundo documento al que llamó DESAPARICIONES ANTERIORES y anotó en él los nombres de los chicos que figuraban en cada una de las carpetas de la caja. Bajo cada nombre añadió la información que Manuel Fuensanta había recopilado y ya había revisado la noche anterior. Se inclinaba por pensar que no guardaban relación con Carolina, pero todavía no se atrevía a descartar nada. Sería una ingenuidad hacerlo tan pronto.

Después de eso, se obligó a apagar el ordenador y la luz, se tumbó y cerró los ojos. Le envió a su cerebro la orden de que se desconectara, o que al menos entrase en situación de stand by, pero ni una ni otra fueron atendidas.

LA REINA CUBIERTA DE HARINA

A Estefanía, Antonia le resultó simpática nada más verla. Era una mujer pequeña y entrada en carnes, pero tenía un rostro vivaz en el que no costaba vislumbrar a la niña que había sido. Parecía sonreír por defecto; al contrario que otras personas que necesitan proponérselo y hacer el esfuerzo, ella tenía la sonrisa puesta y tenía que empeñarse en borrarla si la situación exigía adoptar un gesto más sereno y sobrio. La Tahona de la Esquina era su feudo, y ella, la reina. Cuando Estefanía entró en el local a primera hora la encontró con el delantal y los brazos cubiertos de harina, y una mancha en la mejilla que le llegaba hasta la punta de la nariz, donde se había rascado.

—Adelante, adelante —dijo al ver a la que tomó por primera clienta del día. Luego atendió con creciente interés la presentación de Estefanía y sus ojos emitieron un destello de sorpresa al escuchar el nombre de su antiguo amigo de la infancia—. ¡Francisco! Para nosotros era Cisco, claro. El pequeño Cisco. Vaya por Dios. ¿Cómo está?

—Bien. Le ha ido bastante bien en la vida, dejando a un lado la tragedia de su hermana.

—Pobres, los dos. Ella por supuesto, pero él también. Siempre sentí lástima por él. Creo que el resto del mundo pensaba sobre todo en Carolina, y yo quise concentrarme en Cisco. Perder así a su hermana, sin llegar a saber nunca...

Entró una clienta en la panadería y Antonia dio una voz hacia la trastienda, donde se hallaba el horno. Al momento salió un chico joven, con andares soñolientos y una buena dosis de acné en la frente y el cuello.

—¿Damos un paseo? —ofreció Antonia.

—Por mí, perfecto —aceptó Estefanía.

La dueña de la tahona se limpió las manos y salió de detrás del mostrador. Ambas bajaron por la calle Mayor hacia la plaza del ayuntamiento.

—No creo que pueda ayudarte en nada.

—Solo cuéntame lo que recuerdes de aquel día. ¿Viste dónde se escondió Carolina?

—No. Creo que ninguno de los que estábamos allí lo vimos. Yo siempre escogía un mal sitio, era de las primeras a las que pillaban, y Cisco también. Si te digo la verdad, muchas veces nos escondíamos juntos. A mí Cisco me hacía tilín, y la verdad es que pensaba que yo a él también le gustaba. Éramos de los más pequeños, junto con Álvaro. Los otros nos solían dejar que jugáramos con ellos, pero, como eran mayores, en general pasaban de nosotros. Carolina estaba siempre con Raquel, que, como era muy guapa, les gustaba a todos los chicos. A mí me caía muy bien, era muy maja.

—Entonces ¿se escondió y no volvió a aparecer?

Antonia asintió.

—Parece increíble, ¿verdad? Nos preguntaron eso mismo un montón de veces, la Guardia Civil y los mayores. Supongo que les costaba creerlo, daban por hecho que no podía haberse escondido muy lejos, éramos unos chiquillos... Pero por eso mismo, porque éramos unos críos, no veíamos peligros. Cuando jugábamos al escondite, ese día y cualquier otro anterior, el bosque entero era el campo de juego. No había límites. La única norma era no salir del bosque. Cisco y yo nunca nos alejábamos, pero alguno de los mayores sí lo hacía. Y entre Joaquín y Carolina existía mucha rivalidad, querían ganar todos los juegos, así que imagino que ese día Carolina se apartó mucho del resto. —Se le habían humedecido los ojos. Hizo una pausa y se sorbió la nariz—. Durante días pensé que la encontrarían, que estaría bien y todo quedaría en un susto.

—Es lógico. Mucha gente creería lo mismo.

—Lo que no se me ocurrió imaginar fue que nunca la encontrarían, ni viva ni muerta. Ahora todos los que la conocimos nos preguntamos si sus restos son los de la playa. ¿La tiraron al mar? ¿Fue eso lo que hicieron con ella?

—Habrá que esperar para saberlo.

Antonia se detuvo.

—No puedo estar mucho rato sin volver, y, como ya te he dicho, tengo poco que contar sobre aquel día.

—Tengo entendido que estaba la pandilla al completo, excepto

Esteban.

La panadera lo pensó un momento.

—¡Buf, hace tanto tiempo…! Creo que ese día no estábamos todos. Me parece que Ramiro tampoco estaba.

—¿No?

Antonia hizo un mohín.

—Diría que no, pero tampoco te lo puedo asegurar. ¿Y qué importa si estaba o no?

—Nada. ¿Vosotros sabíais que se habían producido otras desapariciones unos años antes?

—Yo no supe que era cierto hasta más tarde. Todo eso nos llegó a nosotros como una leyenda, o como advertencias que nuestros padres no detallaban. No hablaban de eso.

—La gente intenta olvidar —dijo Estefanía, pero su tono de voz no sonó muy firme.

—Esa frase no ha sido muy convincente.

Estefanía lo reconoció con un gesto de asentimiento.

—Es que me cuesta comprenderlo. Aquellas primeras desapariciones tampoco se resolvieron. No entiendo que vuestros mayores no os controlasen más de cerca. Pero… No, no me hagas caso. Supongo que esto es muy fácil decirlo ahora. Habían pasado unos quince años. Tiempo más que suficiente para olvidar. O, al menos, para perder el miedo.

—Eso es, no se puede vivir con miedo. A mí sí me parece que la gente prefiere olvidar. Y lo hicieron a medias, porque todos conocíamos las historias, pero pensábamos que no eran más que eso. Los mayores disfrazaron la verdad con la leyenda del forastero de la Casa en Ruinas, pero eso solo sirvió para disparar nuestra imaginación. A la mayoría les gustaban los cuentos de terror; yo lo pasaba fatal, me asustaba de veras, pero no decía nada para que no se burlaran. Cuando la tomaban con uno, podían ser muy crueles.

—Ya me han hablado antes de esa casa, ¿dónde está?

—No existe. Estaba en la colina, detrás de donde ahora está el

polideportivo, pero hace unos años derribaron lo que quedaba de ella y lo limpiaron todo. Nosotros íbamos de vez en cuando, atraídos por lo que habíamos oído, y alguno contaba una historia. A Carolina se le daba muy bien inventarlas. Luego otros chavales también lo hicieron, y alguna vez se metió un vagabundo. Años más tarde, el ayuntamiento decidió acabar con todo.

—Has mencionado una leyenda sobre un forastero.

—Sí, pero no era más que un cuento de viejas para asustarnos. Decían que si nos portábamos mal, un forastero vendría y nos llevaría con él.

—¿El forastero no existía pero la casa sí?

—La casa siempre estuvo en ruinas, desde antes de que yo naciera. Y lo del forastero…, yo creo que utilizaban esa palabra porque por entonces la gente de aquí no solía ver con buenos ojos a los que venían de fuera. Oye, tengo que volver.

—Claro. Muchas gracias por tu tiempo, Antonia.

—Dile a Cisco que me acuerdo mucho de él, ¿vale?

—Cuenta con ello.

DONDE TODO ES POSIBLE

Estefanía Román no tuvo en su infancia un Bosque Oscuro ni nada que se le pareciera, pero no le costó imaginar a la pandilla de su jefe adueñándose de la espesura que circundaba Moreña para sus juegos. Le habían advertido que su extensión se había reducido, pero, aun así, se le antojó bastante grande. Además, a ojos infantiles, cualquier arboleda es bosque. Y cualquier bosque, un lugar mágico donde todo es posible.

En los primeros árboles descubrió nombres tallados en la corteza y algún que otro corazón con un par de iniciales en su interior, pero un poco más allá desaparecía la sensación de estar cerca de una población. El terreno irregular provocaba que se perdieran de vista las casas y los edificios de Moreña.

Abundaban buenos escondites casi en cualquier punto hacia el que mirara. Sí, pensó, era un lugar ideal para jugar, a un tiempo cerca de las casas y también a resguardo de la vigilancia de los mayores. Carolina y sus amigos habrían jugado allí con la confianza de estar a un tiro de piedra de sus hogares y con la libertad de que ningún adulto supervisara sus actos. Un patio de recreo sin vigilancia.

Tenía razón Raquel Asensi: era fácil suponer que entre tanta vegetación los sonidos se distorsionaban y las voces se confundían si eran varias a la vez riendo o gritando, o simplemente hablando.

Se topó, de casualidad, con las ruinas de lo que debió haber sido un molino. En realidad, quedaba muy poco de él, y casi todos los restos habían sido conquistados por la vegetación. Supuso que era al mismo tiempo un buen escondite y uno de los primeros lugares en los que cualquiera miraría. Se acercó y lo inspeccionó desde el exterior. Allí parecía fuera de lugar, e incluso tenía un cierto aire siniestro. Ni siquiera existía el curso de agua que le había dado sentido. Quizá, pensó, reapareciera en algunos momentos del año, tras las lluvias.

Cuando decidió regresar, para no llegar tarde a la cita con Esteban Borges, pensó que estaba saliendo del bosque por el mismo punto por el que había entrado, pero se dio cuenta de se había desorientado, pues se encontró en una zona acondicionada como merendero, con mesas y bancos de madera, y varias papeleras. Sin duda, eso era lo

primero que habían pensado los que buscaron a Carolina, que se había despistado al esconderse, era lo más lógico. Y, cuando se les ocurrió una segunda opción, ya era tarde.

Esteban la recogió frente al hotel en un BMW X6 gris metalizado que Estefanía supo que habría maravillado a Gabriel. El concejal era unos pocos años mayor que Francisco, pero aparentaba superarlo en al menos diez a causa de las grandes entradas que tenía, la enorme papada y la barriga, que, imaginó la doctora, debía ser efecto de frecuentes comidas en restaurantes y sobremesas interminables con gerifaltes de la comarca y los alrededores.

Se le apreciaba un notable don de gentes y, en el breve camino desde la entrada del restaurante hasta la mesa que les habían reservado, se detuvo tres veces a saludar a diferentes comensales de otras mesas. Estefanía no pudo evitar sentirse incómoda ante las miradas que recibía.

El maître llegó cuando todavía no se habían sentado. Esteban pidió una botella de rioja y ambos eligieron pescado.

—Escritora, entonces —dijo Esteban.

—Doctora forense, en realidad. Escritora también, sí. Pero sigo considerándome más lo primero que lo segundo.

—Y el pequeño Cisco la ha enviado a Moreña por lo de la playa.

—Me ha pedido que venga por si por fin aparecen los restos de su hermana.

Esteban sirvió las copas.

—¿Y lo han hecho?, ¿han aparecido? En el ayuntamiento no hemos oído nada todavía sobre una posible identificación.

—Es posible que usted tenga más información que yo en ese sentido. Hasta donde sé, el inspector Baena y el forense a cargo de los análisis no disponen de resultados por el momento.

—Lo que yo he oído es que no se trata de un cuerpo, sino de varios. Pero mi concejalía es de infraestructuras —añadió—, así que a menudo soy el último en enterarme de ciertas cosas.

—Sí, también sé que hay diferentes cuerpos, pero no creo que se hayan identificado por ahora. Todavía es posible que Carolina esté ahí.

Esteban dio un primer trago al vino y asintió.

—Ojalá pronto lo sepamos. —Soltó un bufido y dejó la copa. Estefanía se fijó en que cerraba el puño porque su mano había comenzado a temblar—. No me entienda mal —prosiguió el concejal—, pero es una suerte para el municipio que esto haya ocurrido en esta época y no en pleno verano, cuando la población casi se triplica. Si hubiera sido así, muchos de los turistas no volverían por aquí. Ahora es una noticia en la sección de sucesos de los periódicos, y la gente ya casi no los lee. Y los que lo hacen, olvidan pronto. ¿No tiene esa impresión? En estos tiempos todos olvidamos muy pronto.

—Es lo que dicen: el bombardeo constante de información provoca que nada relevante cale lo suficiente.

—Exacto, eso es. Nos asedian durante días a todas horas con no sé qué guerra en algún punto remoto de África o de Oriente Medio, o con la crisis interminable de refugiados, o con el ébola o la corrupción de no sé quién, y parece que todo radica en eso. Y luego, sin más, esas noticias desaparecen por completo y se concentran en un terremoto en la otra punta del mundo o un accidente de aviación, y ya no hay nada más que eso. Sin embargo, los que somos de aquí, los que estábamos aquel verano, no podemos olvidarlo. Yo lo he intentado, se lo confieso. He tratado de olvidar a Carolina, pero ¿cómo puede olvidar nadie que a una de sus amigas de la infancia se la llevaron?

Se hizo un silencio mientras una camarera les sirvió los platos que habían pedido y les preguntó si deseaban algo más. Ambos negaron con la cabeza.

—Usted era el mayor del grupo, ¿verdad?

—Sí, pero en esos años no importaba mucho. Apenas había niños en Moreña. La escuela era una miniatura y, cuando pasábamos al instituto, teníamos que desplazarnos un montón de kilómetros. Si querías jugar con alguien, tenías que hacerte a la idea de que las diferencias de edad no importaban. Si no, te quedabas más solo que la una. Pero nuestro grupo era muy bueno. Claro, algunos enfados había, pero solíamos llevarnos todos muy bien.

—Me dijo por teléfono que no estuvo usted ese día.

—No. Pese a que sí acostumbraba a jugar con los demás, ese día no lo hice. A veces me aburría con ellos. Para divertirme, tenía que hacer el esfuerzo de ponerme a su altura, ¿entiende? Jugábamos a juegos que para mí, las más de las veces, eran demasiado infantiles.

—Sí, me puedo imaginar la situación.

—No siempre es fácil comportarse como un niño más pequeño cuando lo que a ti te apetece es hacer otras cosas. Pero, ya le digo, en la mayoría de las ocasiones sí estábamos todos juntos.

—Me han contado que lo llamaban el Bosque Oscuro, y me han hablado del Hombre... ¿Árbol? Y sé que tenían otros lugares para sus juegos, como la Casa en Ruinas. Y que también había una leyenda sobre esa casa.

Esteban terminó de masticar el trozo de lubina que se había metido en la boca y se lo tragó. Luego dio otro sorbo al vino.

—No era una leyenda.

—¿No? Bueno, me han hablado de un forastero que al parecer vivía en esa casa, pero los mayores contaban la historia como si fuera una versión local del Hombre del Saco.

El concejal hizo bascular su cabeza hacia uno y otro hombro.

—El Hombre del Saco, el Sacamantecas, el Diablo...

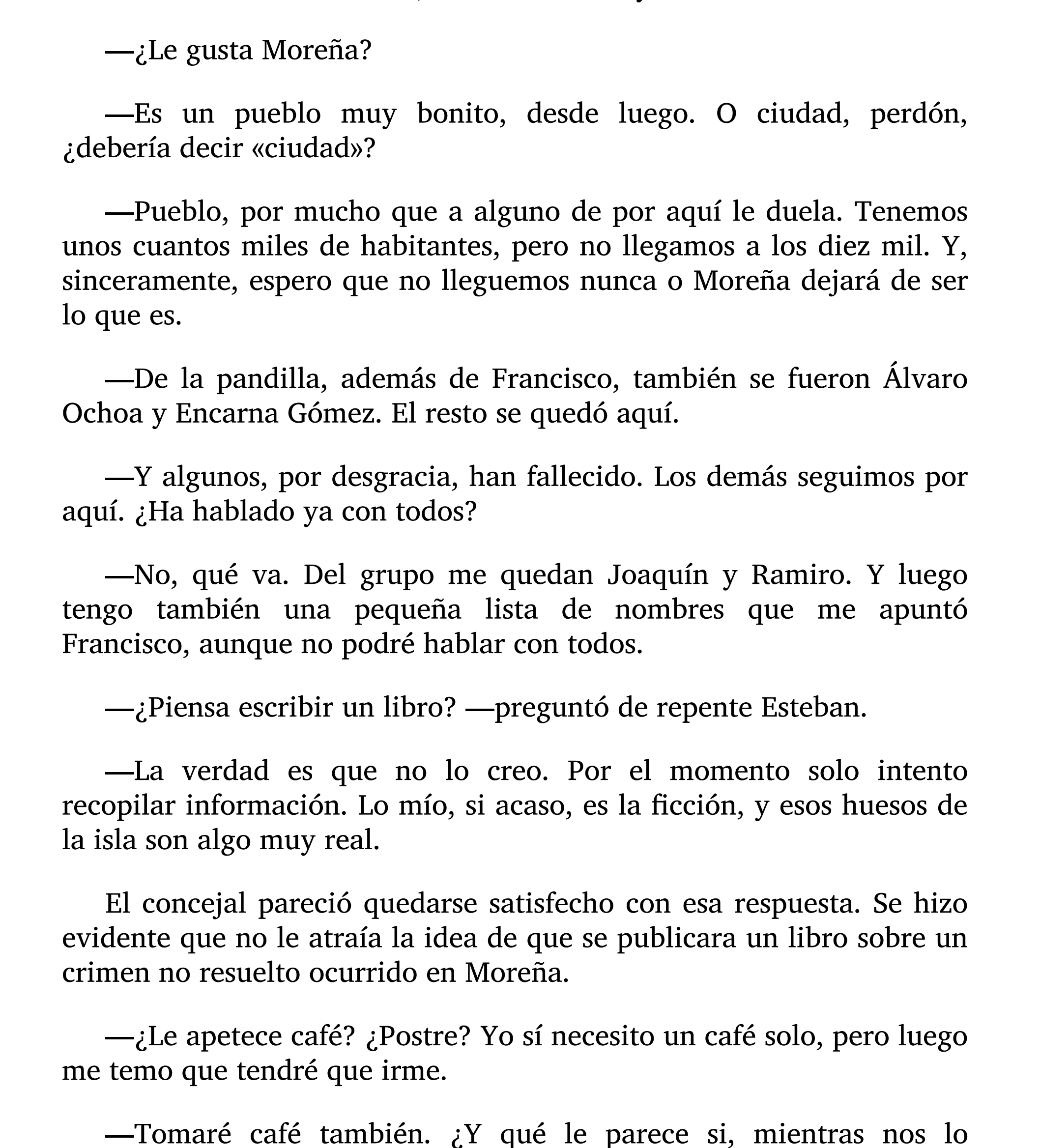
—¿Y cuál es la historia en realidad? ¿Qué fue lo que hizo ese forastero?

—Es la historia negra de Moreña. No conozco todos los detalles, y tampoco es que sea un tema para comentar mientras se come uno un plato de pescado tan bueno. ¿Le está gustando?

—Está buenísimo, sí.

—Moreña es un buen lugar para vivir, y para comer, sobre todo si a uno le gusta el pescado —añadió con un intento de sonrisa—. Muchos de los que nacen aquí se van en cuanto pueden, pero a otros nos crecen raíces en las plantas de los pies, y, si nos vamos, es para volver.

—En cierto modo los humanos tendemos a echar raíces en el primer trozo de tierra que conocemos.



Esteban sonrió de nuevo, esta vez con mayor intensidad.

—¿Le gusta Moreña?

—Es un pueblo muy bonito, desde luego. O ciudad, perdón, ¿debería decir «ciudad»?

—Pueblo, por mucho que a alguno de por aquí le duela. Tenemos unos cuantos miles de habitantes, pero no llegamos a los diez mil. Y, sinceramente, espero que no lleguemos nunca o Moreña dejará de ser lo que es.

—De la pandilla, además de Francisco, también se fueron Álvaro Ochoa y Encarna Gómez. El resto se quedó aquí.

—Y algunos, por desgracia, han fallecido. Los demás seguimos por aquí. ¿Ha hablado ya con todos?

—No, qué va. Del grupo me quedan Joaquín y Ramiro. Y luego tengo también una pequeña lista de nombres que me apuntó Francisco, aunque no podré hablar con todos.

—¿Piensa escribir un libro? —preguntó de repente Esteban.

—La verdad es que no lo creo. Por el momento solo intento recopilar información. Lo mío, si acaso, es la ficción, y esos huesos de la isla son algo muy real.

El concejal pareció quedarse satisfecho con esa respuesta. Se hizo evidente que no le atraía la idea de que se publicara un libro sobre un crimen no resuelto ocurrido en Moreña.

—¿Le apetece café? ¿Postre? Yo sí necesito un café solo, pero luego me temo que tendré que irme.

—Tomaré café también. ¿Y qué le parece si, mientras nos lo tomamos, me resume esa leyenda que no es tal cosa? La de la Casa en Ruinas.

—No sé los detalles —repitió Esteban—. Seguro que encuentra a alguien que se la cuente mejor que yo.

Estefanía no quiso insistir. Notó que a Esteban no le agradaba el tema y prefirió no estirar la cuerda. Tarde o temprano alguien se la contaría.

Cuando se despidieron, unos minutos más tarde, el concejal

propuso que se mantuvieran en contacto, tanto por si surgía información sobre Carolina en la investigación de la policía, como por si Estefanía necesitaba cualquier cosa que Esteban pudiera hacer por ella.

La doctora rechazó la oferta del concejal de llevarla de vuelta al hotel y aprovechó la caminata para tratar de ponerse en contacto con Ramiro y Joaquín. No hubo suerte. Ninguno de los dos respondió al teléfono, así que les dejó a ambos el mismo mensaje pidiéndoles que le devolvieran la llamada. Decidió seguir la recomendación de Raquel Asensi y probar con Genaro. Este sí contestó, y, tras escucharla con evidente sorpresa, le dijo que podían verse a la mañana siguiente, cuando dejara a sus nietos en el colegio.

—En cuanto los dejo, me voy a desayunar con calma en un bar que hay justo enfrente. Se llama La Ballena.

—Se lo agradezco.

A continuación, ya cerca del hotel, llamó a Francisco y le resumió sus conversaciones del día.

—Me pica la curiosidad con esa historia del forastero y la dichosa Casa en Ruinas —dijo para finalizar.

—Me temo que yo no puedo aclarártelo. Recuerdo las ruinas, y que alguna vez íbamos, pero poco más. Ya te comenté lo que sé de esas desapariciones de los años sesenta. Las envolvieron en historias, leyendas y rumores.

—No sé si es extraño o es que a mí ya todo me lo parece —masculló Estefanía—. Es comprensible dejarse llevar por la tentación de fabular sobre unos acontecimientos que no se pudieron explicar del todo en su momento, supongo.

—Sí. —Francisco se quedó unos instantes callado y Estefanía adivinó que pugnaba por hallar la mejor forma de expresarse—. Yo estoy a cientos de kilómetros y no quiero que pienses que pretendo dirigir desde aquí tus pasos. Te pedí que fueras porque confío en ti.

—¿Pero...?

A Francisco se le escapó una breve risa. Le gustaba Estefanía porque siempre parecía capaz de adelantarse a sus propios pensamientos.

—Pero ¿crees que lo de Carolina tiene relación con esos otros casos? Me refiero a que ¿qué importan las historias que nos contaban sobre ello?

—No lo sé, Francisco. Me pica la curiosidad, ya te digo, pero acepto que es muy posible que esté perdiendo el tiempo. En fin, mañana te vuelvo a llamar.

EL CAZADOR

La luna creciente alumbraba Moreña y rociaba sus callejuelas con una luz tenue que se volvía azulada al atravesar la oscuridad. De algún punto en la plaza del ayuntamiento se desgajó una sombra sin forma y se deslizó pegada a la pared hacia la calle Mayor, luego subió por ella pasando frente a La Tahona de la Esquina y se detuvo al llegar a la altura del hotel Esmeralda.

Ahora no solo se pegó a la pared, sino que se adhirió a ella y trepó sin dificultad alguna. Seleccionó la ventana que le interesaba y se filtró al interior a través del cristal.

Estefanía se revolvía en la cama.

La sombra cobró forma ligeramente humanoide junto a ella, el proceso apenas llevó unos instantes. Una de sus extremidades se posó sobre el vientre de la mujer. Acto seguido atravesó la manta, la sábana, la piel y la carne de Estefanía para hurgar en su interior.

Estefanía gritó y abrió los ojos a tiempo de ver cómo la sombra escapaba por la ventana. En su brazo, acunado contra su pecho, llevaba un bulto que la doctora pudo reconocer. Su hijo no nacido. Volvió a gritar.

Debió ser su propio grito lo que la despertó, sudada y angustiada. No era la primera vez que soñaba con la pérdida de su bebé, pero sí la primera que el sueño se desarrollaba en Moreña y en la que participaba una sombra sin rostro. La misma sombra que se había llevado a Carolina y quizá a los otros.

Una sombra sin rostro, sin nombre y sin castigo.

Se cubrió con la almohada y lloró un rato a moco tendido.

Disimuló ante el espejo los rastros del llanto lo mejor que pudo con ayuda de algo de maquillaje. Era temprano, así que salió a correr un poco. No lo había hecho desde su llegada al pueblo y le gustaba hacer

unos cuantos kilómetros al menos dos o tres veces por semana.

Al volver, se dio una ducha larga, luego bajó a tomar su primer café del día y buscó en el móvil la localización del bar La Ballena.

Fue Genaro quien la identificó a ella nada más entrar en el local. Estefanía supuso que los lugareños habían desarrollado un instinto para detectar a los foráneos, o quizá fuera tan solo que a aquel bar iba siempre la misma clientela y cualquier cara nueva destacaba con facilidad.

Genaro era un hombre corpulento, de baja estatura, con unas manos gigantes que envolvieron la de la doctora y la hicieron desaparecer fugazmente.

Él no necesitó dirigirse al dueño para que este le sirviera un café solo y media tostada con tomate. Ella pidió su segundo café con leche de la mañana.

—Suelo quedarme en la barra, pero, si vamos a hablar, mejor cogemos una mesa —dijo el hombre.

Las mesas y las sillas eran de plástico, y en las esquinas se percibía con claridad que no se esforzaban mucho con la escoba, había alguna pelusa, alguna colilla y alguna mancha del pleistoceno, pero el café era el mejor que Estefanía había tomado desde su llegada.

—Yo nací la madrugada del 6 al 7 de mayo de 1945, ¿sabe lo que sucedió esa misma noche?

La doctora arqueó sus finas cejas.

—La verdad es que no. Me pilla fuera de juego.

El anciano soltó una risotada.

—Claro. Ni yo mismo lo supe hasta años más tarde, y me enteré de casualidad. Esa madrugada se firmó el fin de la Segunda Guerra Mundial. O, bueno, al menos la rendición de Alemania.

—Vaya, es una buena coincidencia.

—Sí, me gusta decirlo, ya ve. Pero no está usted aquí para saber cosas de mí, sino de los misterios de Moreña.

—Me han contado que usted participó en la búsqueda de Carolina Alverola.

—Lo hice, así es. He sido cazador y conozco muy bien los montes y los bosques de por aquí. La Guardia Civil dirigía el operativo, pero varias veces me pidieron que los acompañara, sobre todo cuando quedó claro que la chiquilla no estaba en la zona donde habían estado jugando.

—¿Encontró algo?

Genaro negó.

—Nada. O nada que fuera útil. En los bosques siempre se encuentran cosas, pero ninguno de los rastros nos sirvió.

—¿Había rastros?

—Siempre los hay si uno sabe mirar, como le digo, pero los que hallamos eran o de animales o inservibles. Me refiero a que eran antiguos o no llevaban a ninguna parte. Los chicos habían ido muchas veces al bosque, y además, antes de dar aviso, la buscaron ellos mismos, así que muchos de los rastros eran suyos. De Carolina no encontramos nada, ni un jirón de tela de sus prendas, ni una mancha de sangre, ni pelo. Nada.

—Como si se hubiera volatilizado.

—Eso mismo.

—Solo que eso no fue lo que ocurrió. Si se la llevaron a la fuerza...

—Tal vez no fue necesario el uso de la fuerza —apuntó Genaro.

—Lo sé. En un alto porcentaje de crímenes en los que la víctima es un menor de edad, el culpable resulta ser un conocido. A menudo incluso del grupo familiar. Pero es difícil creer que Carolina aceptase irse voluntariamente del bosque sin avisar a su hermano pequeño.

—Yo también lo pensé. Y la Guardia Civil, por supuesto. El caso es que se registraron casas y granjas en varios kilómetros a la redonda, el molino que está en el bosque, cabañas abandonadas, refugios de pastores, cuevas en las montañas, un par de simas y todos los pozos que encontramos. Yo participé en varios de esos registros. Y nada. La sacaron del bosque, pero nunca averiguamos adónde la llevaron.

—¿Recuerda si en algún momento se llegó a sospechar de alguien en concreto?

—Uno de los guardias me dijo que todos éramos sospechosos. Tomé parte en la búsqueda, pero en realidad estaba al margen de la investigación. Me pedían ayuda para las partidas, pero no compartían conmigo lo que pensaban en cuanto a teorías o sospechosos.

—Usted conocía a todo el mundo en aquel entonces, ¿verdad? ¿Pensó en alguien? Aunque no hubiera pruebas ni nada semejante, ¿hubo alguien a quien usted considerase capaz de secuestrar a la niña?

—No. No es que los habitantes de Moreña fueran unos santos, ni mucho menos, pero no se me pasó por la cabeza ningún nombre.

Estefanía sintió la tentación de pedir un nuevo café, pero no eran ni las diez de la mañana y ya sería el tercero. Si se lo tomaba, se arrepentiría.

—Cuando lo de Carolina, usted tenía… ¿cuántos?, ¿treinta y siete años?

—Sí. Calcula rápido.

—¿Y cuando sucedieron las otras desapariciones? Veintipocos. ¿También participó en la investigación?

—Sí. Esa fue la primera vez. Era joven entonces, pero ya me había pateado toda la comarca de una punta a otra.

—¿Aquellos niños también se volatilizaron?

Genaro pareció estar a punto de decir algo, sus labios se despegaron levemente, pero se quedó en silencio.

—Aquello no tiene que ver con lo de Carolina Alverola —dijo tras la pequeña pausa.

—No estamos seguros, hasta donde yo sé.

—No, señora. No pierda el tiempo con los casos de los otros niños. No hay relación, hágame caso.

Estefanía decidió no contradecirle, pues el tono que Genaro había utilizado sonó demasiado tajante.

—Simplemente me resulta curioso.

—Se equivocará si enfoca su investigación en esa dirección. Lo de Carolina fue otra cosa.

La doctora se echó hacia atrás en su silla y el plástico emitió un crujido. La conversación de repente se había vuelto algo incómoda.

—¿Por qué está tan seguro?

—Bueno, la niña ni siquiera había nacido cuando los otros casos —dijo Genaro—. ¿Cómo va a existir relación con quince años de diferencia?

—Se me ocurren al menos dos posibles explicaciones.

El cazador realizó un gesto con la mano, como si espantara una mosca molesta.

—Usted verá. Yo creo que la tormenta ha devuelto por fin los restos de aquellos primeros niños, porque, según he oído, hay huesos de más de un cuerpo, ¿no es así? —Estefanía asintió—. Pero los huesos de Carolina no aparecerán con esos.

—Eso es muy posible. —Estefanía no quiso decir nada respecto a lo que Gutiérrez le había contado—. Pero no implicaría necesariamente que el culpable no fuera el mismo.

—Haga lo que quiera, señora. Entiendo que su jefe la envíe para intentar averiguar algo sobre la niña, pero es una tontería rebuscar en los niños perdidos de hace cincuenta años.

Se despidieron poco después, y Estefanía emprendió el camino de regreso al centro con una sensación molesta. Genaro, no tanto por lo que decía sino por cómo lo decía, había resultado ser una de esas personas a las que la doctora no podía soportar, convencidas de ser dueñas de la razón y de que cualquier opinión divergente no era más que una muestra clara de estupidez. Había tenido la intención de preguntarle sobre las historias que los mayores contaban a los niños, pero, al poco de iniciarse la conversación, su principal deseo era terminarla, así que dejó varias de sus preguntas en el tintero.

Como había comenzado a chispear, y el aspecto de las nubes parecía anunciar que la intensidad de la lluvia iría a más, se metió en el hotel con la idea de terminar de examinar los documentos de Manuel Fuensanta.

BUSCANDO UN HILO

Se alegró al comprobar que el servicio de limpieza ya había arreglado su habitación. Se sentó al pequeño escritorio, junto a la ventana, desde donde podía ver la lluvia repicar sobre los tejados de la calle Mayor y el campanario de la iglesia, y encendió su ordenador para repasar la información que ya había introducido en el documento CAROLINA. Antes de abrirlo, no obstante, realizó varias llamadas con su móvil.

Primero marcó el número de Joaquín, pero al quinto tono saltó el buzón, por lo que se conformó con dejar otra vez un mensaje. Luego probó con Ramiro.

—¿Quién es?

—Buenos días, ¿hablo con Ramiro Guerrero?

—Sí.

—Soy Estefanía Román, doctora forense. —Le explicó el motivo de su presencia en Moreña y le preguntó si podían verse.

—Ya, sí, me pilla fuera, doctora.

—Ah, vaya. ¿Cuándo vuelve? Yo todavía estaré aquí unos días.

—Mañana, supongo. O pasado.

—Bien, ¿le parece si me avisa cuando esté en Moreña y quedamos?

—Sí, sí, claro, no hay problema. Yo la llamaré.

—Gracias, Ramiro.

La tercera llamada la hizo al doctor Gutiérrez, quien contestó con prontitud, solo para decirle que la llamaría él en cuanto tuviera un hueco libre.

Releyó sus propias anotaciones, añadió un resumen de su breve entrevista con Genaro y luego buscó las notas de Fuensanta sobre el

cazador. En la transcripción del encuentro entre ambos hombres no halló ninguna novedad, pero en el reverso de una de las hojas mecanografiadas había un burdo mapa de la comarca, trazado por una mano poco hábil, con varios puntos señalados: Sima La Garganta, Granja Orgaz, Refugio Cumbre Pelada, Molino, Granja Martos, Cueva Negra... Estefanía adivinó que eran los lugares que se habían inspeccionado en las diferentes batidas en las que había participado el cazador. Al parecer no habían dejado ni un metro cuadrado sin registrar..., a excepción de la isla de las Ánimas. A nadie se le ocurrió comprobar si el islote era hueco, pero ¿quién iba a pensar tal cosa? Resultaba difícil imaginar un escondite mejor. De hecho, solo la fuerza bruta de la naturaleza había podido sacarlo a la luz. De no ser por la tormenta, quizá jamás se habrían encontrado los huesos.

Buscó después las entrevistas de Fuensanta con las personas con las que ella ya había hablado también y las contrastó con las suyas. No había grandes diferencias, aunque las primeras abundaban más en detalles, lo cual era del todo lógico, pues los recuerdos de lo ocurrido eran más lúcidos, más vívidos. Lo que no halló fueron contradicciones.

Miró la hora. Tenía hambre y tenía también la sensación de que era imposible encontrar pistas, de que ningún sendero la llevaría hasta Carolina. Desechó ese segundo sentimiento y se quedó con el primero. Era más fácil engañarse sobre las opciones de éxito de la investigación que ignorar las protestas de su estómago.

Sacó de la caja las hojas con las entrevistas que todavía no había leído —que eran las mismas que ella no había realizado aún y aquellas que no podría llevar a cabo porque las personas en cuestión habían fallecido—, las dobló para que cupieran en un bolsillo interior de su chaqueta impermeable y salió.

Continuaba cayendo una lluvia pertinaz que ya había creado charcos de diverso tamaño entre los adoquines y pequeños riachuelos que arrastraban la suciedad y descendían por las callejuelas en cuesta que desembocaban en la calle Mayor. Antes de abandonar el vestíbulo del hotel, comprobó en el mapa el camino más rápido hasta el bar ΠcoTEO. No le apetecía probar suerte en otro establecimiento cuando tenía la certeza de que Teo y Virginia le ofrecerían algún plato delicioso.

Teo se disculpó por no sentarse con ella, pues tenían cuatro mesas ocupadas y también algunos otros clientes que preferían picar en la

barra. Le sugirió dorada al horno y le prometió que, si la faena se lo permitía, tomarían el café juntos.

Mientras esperaba a que le sirvieran, Estefanía aprovechó para leer la documentación que llevaba consigo. Había resúmenes de las entrevistas con el resto de la pandilla: Álvaro Ochoa (antes de que se mudara a Sudamérica), Maribel Bernat (fallecida poco después a causa de un cáncer fulminante), Domingo el Partitura (muerto en accidente de circulación), Joaquín, Sebastián el Piltrafa (fallecido también), y Ramiro. Las últimas las leyó ya con el plato ante ella y saboreando la dorada.

Al terminar la lectura, volvió a doblar las hojas y las metió en el bolsillo de la chaqueta, pero pocos segundos después las sacó de nuevo. Algo había hecho clic en su cerebro. Un detalle no encajaba y no sabía cuál era exactamente.

Releyó las últimas hojas, buscando qué era aquello que había hecho sonar la alarma en su cabeza. Lo encontró en el relato de Sebas y no pudo evitar dar una voz para atraer la atención de Teo. El dueño del local la miró desde detrás de la barra, donde en ese momento llenaba una jarra de cerveza. Cuando terminó, se acercó a la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Perdona, no quería alarmarte.

—Tranquila. ¿Qué pasa?

—¿Ramiro estaba aquel día en el bosque? ¿Estuvo jugando al escondite con vosotros?

Teo arqueó primero las cejas y luego frunció el ceño.

—Si llegas a venir un poco antes, se lo podrías haber preguntado a él mismo.

—¿Qué quieres decir?

—Estuvo almorzando aquí.

—¿Hoy?

—Sí, hoy. Puede que hasta os hayáis cruzado. No se habrá ido mucho antes de que tú entraras.

—Pero... —Estefanía decidió de pronto no terminar la frase—.

Todavía no lo conozco, no hemos hablado. No lo habría reconocido, aunque me lo hubiera cruzado. Dime, ¿estuvo él ese día en el bosque?

Teo se tomó un momento para contestar, mientras se esforzaba en hacer memoria.

—Diría que no.

—Ni él ni Esteban.

—Eso es, ninguno de los dos, creo yo. Eran los mayores y no siempre jugaban con nosotros. ¿Por qué lo preguntas?

—Pues... Nada, solo quería confirmar que lo había anotado bien. Estoy hablando con tantas personas en tan poco tiempo que no quería confundirme. Gracias, Teo, y perdona otra vez por haber levantado la voz.

—Descuida. ¿Qué tal la dorada?

—De lujo, una maravilla.

Estefanía volvió a leer el resumen que Fuensanta había hecho de sus entrevistas con Ramiro y con Sebas. En la del primero, quedaba claro que Ramiro no había estado ese día con la pandilla. Era el propio guardia civil quien lo decía en una de sus preguntas: «¿Qué estuviste haciendo esa tarde, mientras nosotros jugábamos al escondite?». Según el Piltrafa, sin embargo, Ramiro sí estaba en el bosque, y Raquel Asensi había dicho lo mismo. ¿Se trataba tan solo de una confusión al tratar de recordar? Aun en el caso de que no fuera una confusión, ¿tenía alguna importancia? A Sebas, por desgracia, no podía preguntarle nada para confirmarlo. Al propio Ramiro sí, pero ¿por qué le había dicho por teléfono que estaba fuera de Moreña si Teo acababa de asegurarle que había almorzado en el ΠcoTEO?

Teo le llevó un poleo menta y se sentó frente a ella. Solo quedaba otra mesa ocupada.

—Tengo unos minutos —dijo—. Cuéntame, ¿cómo llevas la investigación?

—A oscuras.

—¿Ni siquiera un poquito de luz?

—Me temo que no. De momento, no hago más que hablar con los que formabais la pandilla, y esta mañana con Genaro, el cazador.

—Supongo que no es muy distinto a lo que esperabas, ¿no?

—Claro. Pensar otra cosa sería una ingenuidad.

—¿Hay algo nuevo de los huesos? —quiso saber Teo.

—No, que yo sepa. Una cosa, Teo, ¿podrías contarme esa historia, o leyenda, o como lo queráis llamar, del forastero de la Casa en Ruinas?

—¿Curiosidad de escritora?

—Algo así. He oído mencionarla varias veces, pero nadie se decide a contármela.

—Pues has ido a preguntar al que peor puede hacerlo. A mí solo me contaron que, antes de que nosotros naciéramos, en aquella casa vivió un extranjero, un médico o algo así, creo, pero no sé más. A nosotros nos decían cosas como: «Cuidado con jugar en las ruinas, no se vaya a presentar el fantasma del forastero y os lleve con él», o «Asegúrate de volver antes de que oscurezca o te cogerá el forastero». No sé cuál es su historia, doctora.

—Suena a alguien a quien los niños debían evitar —musitó Estefanía.

—Pero cuando nos decían esas cosas ese hombre ya no vivía en Moreña, así que vete tú a saber.

—¿Se mudó o falleció?

Teo encogió los hombros, dejando claro que ignoraba el dato.

Estefanía pinzó entre los dientes la comisura de sus labios, meditando.

—Déjame que piense en voz alta, ¿vale? —dijo unos segundos después—. Sé que es hablar sin fundamento, pero... Si cuando erais niños os advertían contra él a pesar de que no llegasteis a coincidir porque ya no vivía aquí, ¿significa eso que ese hombre tuvo algún incidente con un niño?

—¿Te refieres a las desapariciones de los años sesenta? —Teo volvió a encogerse de hombros y, esta vez, acompañó el gesto

mostrando las palmas de sus manos para mostrar desconocimiento—. A mí me parece que algo así sería sabido por todos. Es decir, si el extranjero fuera el que se llevó a aquellos niños y la gente hubiera sospechado de él, lo habría sabido la Guardia Civil. Una población tan pequeña como esta y todas esas desapariciones… Quiero decir, en una ciudad grande, donde es más o menos fácil ser anónimo, puede que el culpable no llame la atención, que sepa pasar desapercibido, pero aquí, en Moreña, donde todo el mundo conoce a todo el mundo, y más en aquella época…

Estefanía asintió sin muchas ganas. Sabía, en el fondo, que no hacía más que buscar desesperadamente algo a lo que agarrarse, un hilo del que tirar, por muy frágil y quebradizo que fuera. Podía haber muchos otros motivos para que los mayores utilizaran al forastero como amenaza a sus hijos. Que el físico del hombre resultara llamativo por cualquier razón, una cojera, una joroba o tal vez una cicatriz en el rostro, o que su carácter fuera especialmente desagradable, o que durante su estancia en Moreña hubiera reñido con exagerada vehemencia a los que más tarde se convirtieron en los padres de los miembros de la pandilla. Pero…

—¿Y si se trató de algún otro tipo de incidente? Me refiero a que quizá nadie lo relacionó con las desapariciones, pero sí hubo algo entre ese hombre y algún niño. O al menos existió la sospecha y se convirtió en algo habitual mencionar al extranjero para prevenir y advertir a los hijos de que no se fiaran de nadie.

—Puede ser, doctora, pero yo no te puedo ayudar ni en un sentido ni en otro. Lo siento.

—¿Sabes quién podría contarme algo sobre él?

—Alguno de los que ahora son ancianos y lo conoció. ¿No dices que has charlado con Genaro?

—Pero se ha negado en redondo a hablar sobre el tema. Es más, incluso se ha molestado cuando le he preguntado.

Teo arqueó las cejas.

—Bueno, habla otra vez con Manu. No sé si él sabrá algo al respecto, pero su padre…

—Me dijo que padece alzhéimer.

—Sí, es verdad. Vale, déjame que haga esta tarde un par de



llamadas, pero no te prometo nada.

SOLO UN DETALLE

Se disponía a llamar a Manuel Fuensanta para hablar con él por segunda vez cuando le entró una llamada del doctor Gutiérrez.

—Doctora, ¿qué tal la está tratando Moreña?

—No puedo quejarme.

—Ya lo supongo. Se come bien, ¿verdad?

—Soy animal de costumbres. Probé el ΠcoTEO y ya no le he dado opción a ningún otro establecimiento, excepto un restaurante al que me invitaron, pero ni siquiera me fijé en el nombre.

—Bueno, arriésguese, que dudo que se lleve una decepción.

—Le tomaré la palabra, prometido. Antes le llamé para preguntarle si había algún avance.

—Sí, por eso la llamo de vuelta. Tengo noticias, pero no las que usted desea. Hasta el momento no hemos podido reconstruir ningún esqueleto completo, y seguimos sin poder confirmar si el quinto pertenece a un varón o a una hembra, por la ausencia de la pelvis y el cráneo. Es muy posible que a estas alturas no encontremos más huesos.

—Entonces son tres niños varones, una mujer adulta y un quinto cuerpo que es de niño, pero del que no podemos por ahora saber el sexo.

—Eso es. Pero sí podemos descartar que sea el de Carolina Alverola.

—¿Por la antigüedad?

—En efecto. Me quedé corto con mi estimación previa. Los huesos han pasado alrededor de cincuenta años en el agua. Entre cuarenta y ocho y cincuenta y cuatro, aproximadamente. Puede que esto varíe un poco arriba o abajo, pero lo que es seguro es que tienen más de cuarenta años, con lo cual ninguno de los huesos puede pertenecer a Carolina.

—Y de paso indica otra cosa —apuntó Estefanía.

—Sí. Los cuerpos muy probablemente son los de los chicos desaparecidos en la década de los sesenta. Por desgracia, está resultando muy difícil localizar a algún familiar para cotejar el ADN. Baena y su gente están en ello, pero por ahora no han encontrado a nadie.

Estefanía hizo memoria. Armando Castillo era huérfano, pero los otros tres sí tenían familia en la comarca, aunque podría ser que en el tiempo transcurrido desde su desaparición hubieran migrado o, quizá, fallecido sin más descendientes.

—¿Y dónde encaja la mujer adulta?

—Ni idea. No hay datos en el sistema, no tenemos nada sobre ella.

—Imagino que Baena habrá comprobado si hubo denuncias de alguna mujer desaparecida en la época.

—No las hay. Estamos en un laberinto y ninguno de los caminos tiene salida.

—¿Alguna idea de la causa de la muerte?

—De nuevo me temo que no. Las marcas halladas en algunos huesos parecen más bien producidas por el roce contra las rocas.

—Y, en cuanto a la isla, ¿se sabe cómo introdujeron los cuerpos dentro?

—El oleaje la ha destrozado hasta tal punto que solo puedo hacer suposiciones. Habría algún agujero en la roca que conectaría la superficie con el espacio hueco del interior.

—Ya, claro. En fin, gracias por avisarme, doctor. Llamaré ahora mismo a Francisco para comunicárselo.

—Si acaso se consiguiera encontrar algún nuevo hueso que confirme el sexo del quinto cuerpo, la volveré a llamar.

—Pero, aun en el caso de que fuera una niña, sabemos ya que no era Carolina.

—Exacto. Y lo lógico es que se trate del cuarto niño desaparecido. Ponerle nombre ya es otra cuestión.

—¿Puedo hacerle una pregunta, Gutiérrez?

—Claro, doctora.

—¿Conoce esa historia del forastero de Moreña, la que contaban a los niños del grupo de Carolina para amedrentarles, como si fuera el Hombre del Saco?

—¿Un forastero? No. No he vivido en Moreña, quizá sea algo muy local, ¿no? ¿Cuál es la historia?

Estefanía sonrió mientras sostenía el móvil.

—No lo sé, y nadie por aquí parece muy dispuesto a contármela. Por eso le preguntaba a usted.

—Pues me temo que en eso no puedo serle útil.

—Descuide, ya encontraré a alguien que lo haga. Gracias, doctor. Seguimos en contacto.

—¿Qué piensa hacer? ¿Va a quedarse por aquí un tiempo más?

—Por lo menos hasta que pueda hablar con todas las personas que tengo en la lista.

—Bien, pues llámeme antes de marcharse, si le apetece, y hablamos.

—Gracias, doctor.

Estefanía colgó y marcó el número de su jefe. Francisco respondió enseguida y ella le explicó los últimos avances de Gutiérrez.

Tras un silencio cargado de frustración, Estefanía oyó cómo Francisco cogía aire y se esforzaba en hablar de nuevo:

—Nunca lo sabré. Nunca descubriré qué le pasó, qué le hicieron, ni quién se lo hizo.

—Está complicado, Francisco.

—¿Quieres volver?

—¿A Madrid?

—Sí, ¿quieres volver a casa?

—Voy a quedarme unos días más, de momento.

—¿Estás segura? Una vez que sabemos que Carolina no estaba en esa isla, no quiero que te sientas obligada a seguir preguntando.

—Tranquilo, ya que estoy aquí, quiero terminar con la lista que me pasaste.

—Como quieras.

Justo antes de colgar, Estefanía cambió de opinión:

—Una cosa, Francisco. De los que formabais la pandilla, ¿recuerdas quiénes participasteis en el juego aquel día?, ¿quiénes estabais en el bosque? Cuando me entregaste la lista de nombres, interpreté que todo el grupo estuvo allí.

—No, ese día no.

—¿Quiénes, entonces?

—Déjame pensar… Esteban no estuvo. Creo que… No sé, Estefanía. Éramos varios en el grupo, era una pandilla grande.

—¿Recuerdas si Ramiro estaba ese día?

—¿Ramiro? Te diría que no. Pero no me atrevo a asegurártelo. ¿Por qué?

—Ya sabes que soy muy detallista. Quiero tenerlo todo claro.

—¿Solo eso?

—Solo eso. No te preocupes.

—De acuerdo. ¿Qué tal con Gutiérrez y con el inspector Baena?

—Con Gutiérrez muy bien. Al inspector le preocupaba que pudiera haber venido para supervisar su trabajo.

—Algo así me temía. De todas formas, he estado informándome y me han asegurado que es buen tipo.

—No he tenido ningún problema con él. Solo me dijo que mantuviera las distancias y no le tocase las narices.

—Bueno, cualquier cosa me dices. ¿Cuántos días más crees que te

quedarás?

—No lo sé. Escucha, Francisco, no sé si valdrá la pena o no, pero por ahora no marquemos plazos. No me pongas una fecha para regresar al laboratorio, porque todavía no he decidido si quiero hacerlo.

—No, tranquila. Por mi parte no hay prisa, ya lo sabes. Y si estás por la labor de seguir adelante con la investigación, genial.

—Bien, ya te iré contando.

Tras despedirse, realizó al fin la llamada que había postergado dos veces. Manuel Fuensanta tardó un poco en contestar.

—Manuel, soy Estefanía Román.

—¿Ya ha resuelto el caso? —bromeó el ex guardia civil.

—No, ni mucho menos. Pero me gustaría hablar otra vez con usted, si no le importa.

—¿Ahora?

—Cuando a usted le venga bien.

—Ahora, sí. Pásese por aquí. Como le dije, yo no me muevo mucho. Si quiere hablar, venga a casa.

—Estupendo. Voy para allá.

Veinte minutos más tarde pulsaba el timbre de la casa del exagente.

Antes de abrir la puerta, Manu recorrió con la mirada el desorden de su salón y experimentó una punzada de vergüenza. La cocina presentaba un aspecto un poco mejor, pero no mucho. Se dijo que algo debía hacer si no quería que le comiera la mugre.

—Bienvenida de nuevo, adelante. Vamos a la cocina, hoy hace frío para estar fuera, y el salón... En la cocina estaremos bien.

—Por mí no se preocupe, Manuel. —Algún tiempo atrás, Estefanía era una persona inclinada hacia el orden y la limpieza, pero desde hacía unos meses ya no lo era tanto, aunque estaba muy lejos de llegar

al punto donde se hallaba Fuensanta. Para eso, más que un poco de dejadez, era necesaria una buena dosis de constancia.

En la cocina, se sentaron cada uno a un lado de una pequeña mesa plegable, con sendos vasos de agua del grifo.

—Cuénteme —dijo Manu.

—Bueno, varias cosas, la verdad. La primera es que todo indica que Carolina no estaba en la isla de las Ánimas. Hay restos de un cuerpo que no se puede saber si es de varón o de hembra, pero la antigüedad sí anula la posibilidad de que sea el de Carolina. Los demás pertenecen a niños varones, y uno a una mujer adulta.

—¿Una mujer adulta? —repitió Manu, asombrado.

—Sí, esa es la pieza que no encaja. Los otros cuerpos, por el sexo y por el tiempo que se calcula que han estado bajo el agua, apuntan a que son los de los niños desaparecidos entre 1965 y 1967. De la mujer, de momento, no se sabe absolutamente nada. En cuanto a Carolina, parece que corrió un destino diferente. Eso no significa que el culpable no fuera el mismo, pero no han aparecido pistas sobre su caso. De hecho, aún no se han podido identificar los cuerpos de la playa y la isla, pero creo que tanto usted como yo podemos dar por hecho que los cuatro cuerpos son los de aquellos cuatro niños.

—¿Son cuatro solo, sin contar a la mujer?

—El forense me ha dicho que es posible que hubiera alguno más, y que la tormenta se llevase los huesos. Continúan registrando la bahía, pero por ahora tienen cuatro niños confirmados y una adulta.

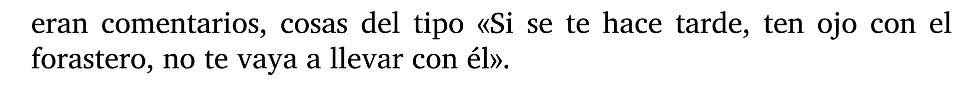
—Lo que nosotros no pudimos hacer lo ha acabado haciendo la naturaleza. Los ha traído de vuelta. Pero demasiado tarde, ¿no?

—Están buscando familiares vivos para confirmar la identidad.

—Y Carolina sigue esperando que alguien le haga justicia. Ha dicho que tenía varias cosas que contarme —prosiguió.

—Sí. Todo el mundo me habla de las historias que les contaban cuando eran pequeños, y todos mencionan la del forastero, pero no logro que nadie me la cuente.

—Bueno, ninguno de nosotros la sabía bien. Nos explicaron diferentes versiones, y a veces ni eso. Quiero decir, lo que nos llegaba


eran comentarios, cosas del tipo «Si se te hace tarde, ten ojo con el forastero, no te vaya a llevar con él».

—Pero ¿quién era el forastero?

—¿Que quién era? No creo que existiera en realidad. Es decir, sí, hubo un extranjero en Moreña, pero ya no vivía aquí cuando nosotros éramos niños. Ni siquiera cuando nacimos. Debió de marcharse antes, o quizá murió, no lo sé.

—¿Y por qué lo hicieron formar parte de las historias de miedo? Es eso lo que me llama la atención.

Fuensanta hizo un gesto con la mano, como para quitarle importancia.

—Imagino que solo fue porque en aquella época era el único extranjero que vivía en Moreña, no por otra cosa. Lo harían para darle una cierta entidad al personaje.

—¿Y no porque realmente fuera alguien del que debieran cuidarse?

—No lo creo. ¿Un pedófilo o algo así? Eso lo habríamos sabido.

Estefanía chasqueó la lengua con decepción y Manu esbozó una pequeña sonrisa.

—De todos modos —dijo—, si insiste en saber algo del forastero, tendría que hablar con los que ahora son ancianos, los que convivieron con él durante su estancia aquí. Si eso sirve para saciar su curiosidad.

—Lo he intentado con Genaro. Raquel Asensi me dijo que hablase con él, pero Genaro se cerró en banda.

Manu arqueó las cejas y se echó hacia atrás en su silla.

—¿En serio? Vaya, Genaro tiene un temperamento cambiante. Puede ser muy agradable y también un completo imbécil. Nos pasa a todos, ¿no?

—Lo que me resultó chocante fue que cambió al preguntarle por las desapariciones de los años sesenta, precisamente. Igual son imaginaciones mías, pero tengo la impresión de que se menciona mucho al forastero y, en cambio, nadie habla con claridad sobre él.

—Imaginaciones suyas, sí, eso diría yo —opinó Manu, sonriendo

otra vez—. Para nosotros no era más que eso, un personaje de historias de terror, una especie de espectro, pero no le teníamos un miedo real. Alguno de los más pequeños dijo una vez que se había pasado la noche encendiendo la luz y mirando debajo de la cama porque creía que el forastero estaba allí agazapado. No recuerdo ahora si fue Cisco, o quizá Álvaro. Era el monstruo de nuestras pesadillas, solo eso. Seguro que, en realidad, el pobre hombre no tenía culpa de nada, solo de ser el primer extranjero que apareció por Moreña.

—Puede ser, pero me gustaría saber algo más de él. Es lo que había pensado pedirle, Manuel.

—¿A qué se refiere?

—A que me dé permiso para visitar a su padre. Él ya era guardia civil por entonces, ¿verdad?

—Ya le dije que está enfermo.

—Lo sé, sí, pero aun así me gustaría intentarlo.

Manu entrelazó sus manos sobre la mesa y frunció los labios, pensativo.

—No servirá de nada, pero si quiere hacerlo, no hay inconveniente, supongo. Podemos acercarnos mañana a la residencia. Está cerca del polideportivo. Mi madre también está allí, así que si mi padre no puede aclararnos nada, tal vez ella recuerde algo concreto.

—Gracias.

—¿A las diez allí? Es la residencia Valle Azul, la encontrará sin problemas. Al otro lado del aparcamiento del polideportivo.

—A las diez es perfecto. —Estefanía dio un último trago a su vaso de agua y a punto estuvo de levantarse para irse sin mencionar lo que en realidad la había llevado hasta allí. Fuensanta se percató del movimiento de sus piernas y la miró interrogante—. Hay todavía una cosa más —dijo la doctora.

—Adelante.

—Es solo un detalle. Lo más seguro es que no tenga importancia, pero me he dado cuenta de que no todos coinciden al decir quiénes estaban aquel día en el bosque. Quiénes no estaban, más bien.

—¿No?

—Sé que es hasta cierto punto normal, con los años que han pasado, pero, por otro lado, al tratarse de un acontecimiento tan relevante… En fin, ya digo que puede no tener ninguna importancia.

—¿Cuál es la falta de coincidencia?

—Antes, si no le importa, dígame, según sus propios recuerdos, quién o quiénes no estuvieron allí ese día.

—Esteban y Ramiro —respondió Manu tras una brevísima pausa—. Solían estar con nosotros, pero ese día tenían otras cosas que hacer. A veces ocurría que se presentaban más tarde.

Estefanía asintió, al mismo tiempo que con su dedo índice parecía teclear en el aire.

—Justo ahí es donde he notado que no todos coinciden. En Esteban sí, y él mismo me lo ha confirmado. No estuvo en el bosque. Pero al menos dos personas me han dicho que Ramiro sí estuvo.

—¿Ramiro? No, seguro que no. Domingo y yo les dijimos que íbamos al bosque y pasaron de nosotros.

—Pues Raquel y Sebas dijeron que sí.

—¿Sebas?

—Ya sé que está muerto, pero en los papeles que usted me prestó pone que se lo dijo.

—¿A mí?

—Sí. —Estefanía sacó las hojas de su bolsillo y se las pasó—. Espero que no le moleste que las haya plegado.

Fuensanta hizo un gesto de negación y se apresuró a leer su propio resumen sobre la entrevista con Sebastián el Piltrafa. Detuvo la lectura al llegar al punto donde se mencionaba a Ramiro.

—Aquí está, sí. No recuerdo haber reparado en ello. ¿Dice que Raquel también recuerda a Ramiro en el bosque? Porque no estuvo, yo sé que no estuvo ese día jugando con nosotros.

—Raquel lo mencionó también, sí, pero estoy de acuerdo en que puede tratarse de una simple confusión. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué?

De repente, Estefanía percibió que la invadían las dudas. ¿Era todo una tontería sin más? ¿Le estaba adjudicando importancia a algo que no la tenía en absoluto, que era mero producto del desgaste lógico de la memoria tras más de treinta años? Se rascó distraídamente la nariz.

—Todavía no he visto a Ramiro. Ni a Joaquín, de hecho. Pero, por teléfono, Ramiro me dijo que se encontraba fuera de Moreña, y mentía.

—¿Mentía? ¿Por qué? ¿Cómo sabe que estaba mintiendo?

—Porque según Teo acababa de salir del bar cuando yo entré.

Manu cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Seguro?

—Es lo que me dijo Teo. Y si a eso le sumamos la discrepancia entre si Ramiro estuvo o no en el bosque..., suena raro, ¿no le parece? ¿O estoy exagerando? Si le soy sincera, yo misma lo dudo, pero es el único hilo suelto que he visto. Y puede que ni siquiera sea un hilo suelto, sino solo una confusión tonta.

El exagente se pinzó el puente de la nariz con el pulgar y el índice, y a continuación resopló.

—No sé. A ver, Ramiro no estuvo ese día, estoy convencido de ello. Pero, bueno, otras veces me he equivocado después de haber estado seguro de algo. Sin embargo, recuerdo que a Domingo y a mí nos dijeron que no venían. Creo que se trata de un error, aunque resulta chocante que dos personas cometan ese mismo error. ¿Raquel estaba segura?

—Volveré a preguntárselo. Cuando hablé con ella aún no había caído yo en ello, así que no le di mayor importancia.

—A Sebas no podemos ya preguntarle de nuevo.

—¿Cómo murió? Domingo sé que fue en un accidente de coche, y Maribel por culpa de un cáncer. ¿Y Sebas?

—Sobredosis. Nunca tuvo mucho futuro. Quiero decir, todos sabíamos que era carne de cañón. O acababa en el talego o con un mal viaje. Empezó a meterse de todo muy joven y nadie supo hacer nada

para ayudarle. Tampoco es que él se dejase ayudar. —Calló un instante, con la mirada perdida. Luego murmuró—: Recuerdo que una vez comentó que había comenzado a tomar drogas después de tropezarse con el Hombre del Bosque. Todos nos burlamos de él. Le dijimos que si veía al monstruo era porque ya iba drogado. —Chasqueó la lengua con arrepentimiento—. Era un buen chico, ¿sabe? No sé, demasiado… frágil.

—Le estoy dando demasiadas vueltas, ¿verdad? —dijo Estefanía. En un momento tenía la impresión de que había dado con algo, e inmediatamente después se decía que veía fantasmas donde no había nada.

—No lo sé, doctora. Supongamos por un instante que yo estoy equivocado y Ramiro sí estuvo, ¿qué implica eso? Creo que nada. Si estuvo, es porque jugaba al escondite con los demás, y si no estuvo, es simplemente que los recuerdos tanto de Raquel como de Sebas son confusos.

Estefanía no tuvo más remedio que darle la razón. Sí, eso era lo más lógico.

—Volveré a preguntarle a Raquel, de todas formas. Pero, de acuerdo, es una pérdida de tiempo.

Manu expulsó el aire por la nariz.

—Pérdida de tiempo son los treinta y seis años que llevamos sin poder encontrar a Carolina. Hace usted bien en fijarse en los detalles, porque, si algo se pasó por alto en la investigación original y luego en la que hice yo, es obvio que solo puede ser un pequeño detalle. Y los detalles suelen ser la clave.

—Pero en este caso no cree usted que lo sea.

Manu abrió las manos en un gesto de indecisión. Estefanía se puso en pie.

—¿Mañana a las diez?

—Sí. A ver si hay suerte y mi padre tiene uno de sus días buenos.

Manu la despidió con una sonrisa, pero en cuanto cerró la puerta su semblante cambió. Se pasó la mano por la cara, frotándosela con fuerza, cogió su móvil y abrió la aplicación de contactos.

TERCERA PARTE

VALLE AZUL

Estefanía desayunó con calma, dejando que las manecillas del reloj avanzasen hacia la hora de su encuentro con Manuel Fuensanta.

A las ocho treinta, aún sentada en el salón del hotel, con un segundo vaso de zumo de naranja y una segunda tostada de pan de centeno, llamó a Raquel Asensi. Había esperado a esa hora para intentar pillarla antes de que comenzasen las clases, pero en cuanto sonó el primer tono cayó de repente en la cuenta de que era sábado. Se apartó el móvil del oído para pulsar el botón de fin de llamada, pero antes de que pudiera hacerlo oyó la voz de la maestra:

—¿Hola?

—¡Perdón, perdón! Raquel, soy Estefanía Román.

—Ah, hola.

—Disculpa, no me he dado cuenta del día que es. No sé ni en qué día vivo. Perdón, ¿te he despertado?

—No, en absoluto, tranquila. Soy madrugadora, y mi hija más que yo. Así que no me queda otro remedio.

—Estaba convencida de que era día lectivo y quería pillarte antes de entrar al colegio.

Raquel soltó una risita, adjudicándole mentalmente a Estefanía el despiste legendario de todo escritor.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó.

—Solo quería confirmar una cosa, una tontería. Bueno, puede que sea una tontería.

—Tú dirás.

—La otra tarde, cuando estuvimos hablando, me comentaste que Esteban fue el único de la pandilla que no participó en el juego el día que Carolina desapareció, porque no estuvo siquiera en el bosque. Lo que quería preguntarte es si estás completamente segura de que él fue

el único.

Al otro lado, Raquel guardó silencio un momento. Estefanía no sabía si estaba haciendo memoria o solo le había sorprendido la pregunta.

—Pues... Si no me vas a pedir que lo jure con la mano derecha sobre la Biblia, te diré que sí. Esteban fue el único. ¿Es eso importante?

—No, no lo creo. ¿Y Ramiro? ¿Él sí estuvo?

La maestra resopló y volvió a quedarse callada unos segundos. Al cabo, respondió:

—De verdad, no es fácil recordar con nitidez algo que pasó hace tantísimo tiempo.

—Lo sé.

—Pero sí, Ramiro estaba allí. Vaya, diría que sí. Mira, no recuerdo todo lo que hicimos, pero sí recuerdo a Ramiro cuando empezamos a buscar a Carolina. Todavía no habíamos ido a avisar a sus padres, la buscábamos nosotros. Pensábamos que nos estaba gastando una broma, que había encontrado un escondite tan bueno que quería demostrarnos que ni todos juntos podríamos descubrirla. Y ahí sí que recuerdo a Ramiro.

Ahora fue Estefanía la que se quedó en silencio. Era probable que, por mucho que Raquel creyera recordarlo a la perfección, su memoria la estuviera engañando, y, cuando creyó haber visto a Ramiro, fuera en realidad más tarde, cuando ya más gente se había unido a la búsqueda. Solo el propio Ramiro podría sacarla de dudas.

—Vale. Gracias, y perdona otra vez por llamar tan temprano.

—Aquí ya estamos todos en pie desde hace rato, no te preocupes.

A las diez menos cinco estaba frente al portal de la residencia de la tercera edad Valle Azul. Anduvo de un extremo a otro de la fachada, echando repetidas miradas a la boca de la calle por la que suponía que llegaría Manuel Fuensanta.

Pasaron cinco minutos y siguió dando vueltas. Ya desde antes de

padecer insomnio era una persona puntual, a veces de un modo exagerado, y en alguna ocasión le había sacado de quicio esperar a alguien más de la cuenta, pero no pensaba dejar que eso le pasara ahora.

Otros cinco minutos y comprobó por enésima vez su móvil, por si sin querer lo había puesto en silencio y tenía alguna llamada perdida. No la tenía.

A las diez y diez sonó el aviso de un mensaje entrante.

«No puedo ir. Lo siento. Me ha surgido algo».

Estefanía maldijo en silencio. Enseguida empezó a teclear una respuesta, pero se detuvo a la tercera palabra. Iba a preguntarle a Manuel si tenía algún problema con que entrase ella sola, pero si enviaba el mensaje estaría abriendo una puerta a una posible negativa. Si no hacía la pregunta, en cambio, podría excusarse más tarde.

Puso el móvil en silencio y entró en el edificio.

—¿Es familiar? —preguntó la recepcionista, una mujer oronda de unos cincuenta años.

—No. Había quedado aquí con Manuel, el hijo de los señores Fuensanta, pero acaba de enviarme un mensaje diciendo que llegará tarde —mintió Estefanía—. Como no ha podido decirme exactamente cuánto tardará, me gustaría entrar ya. Para no esperar ahí fuera.

—Un momento. —La mujer usó un teléfono interior, esperó respuesta al otro lado y, cuando la obtuvo, dijo—: Elvira, soy Anna. ¿Puedes avisar a María y Salvador Fuensanta de que tienen visita? Gracias. —Colgó y se dirigió de nuevo a Estefanía—: Espere unos minutos hasta que venga mi compañera a buscarla. —Le indicó un banco corrido frente al mostrador de recepción.

La espera fue corta. Enseguida apareció la tal Elvira, que parecía casi un calco de Anna. Ambas mujeres intercambiaron una mirada y luego Elvira saludó a Estefanía y le indicó que la acompañase. Cruzaron una puerta y un pequeño pasillo que terminaba en una segunda puerta, esta de doble hoja. Detrás había una sala amplia con mesas y sillones. Algunos ancianos jugaban al dominó o a las cartas, otros atendían la emisión de un televisor situado en un soporte que

colgaba del techo. Varios de los presentes miraron a la visitante con una sonrisa de esperanza o simple curiosidad. Otros ni siquiera dieron muestras de haber reparado en su presencia.

Elvira se detuvo frente a una de las mesas, donde estaba sentada una pareja octogenaria, él en una silla de ruedas. A escasa distancia, en otra mesa, otra anciana jugaba al solitario con una baraja de naipes muy manoseados.

—Aquí estamos —dijo la cuidadora.

—Muchas gracias.

La señora Fuensanta estudió con la mirada a Estefanía. Tanto ella como su marido presentaban un aspecto muy deteriorado. María era tan pequeña y enjuta que parecía perdida dentro de su vestido de flores azules, y Salvador estaba encorvado de tal forma que su espalda semejaba una letra D mayúscula, y sus ojos se movían inquietos, como si la mayor parte del tiempo fueran incapaces de fijarse en un punto concreto. Abría la boca, pasaba la lengua por los labios y volvía a cerrarla para, a los pocos segundos, repetir la operación.

—¿Quién eres?

—Me llamo Estefanía. Soy doctora y escritora. Conozco a su hijo, a Manuel. Habíamos quedado en venir juntos, pero al final él no ha podido...

—Oh, típico de Manuel. Siempre tiene un buen motivo para no visitarnos.

Estefanía notó la mirada incisiva de Salvador Fuensanta.

—¿María? —preguntó.

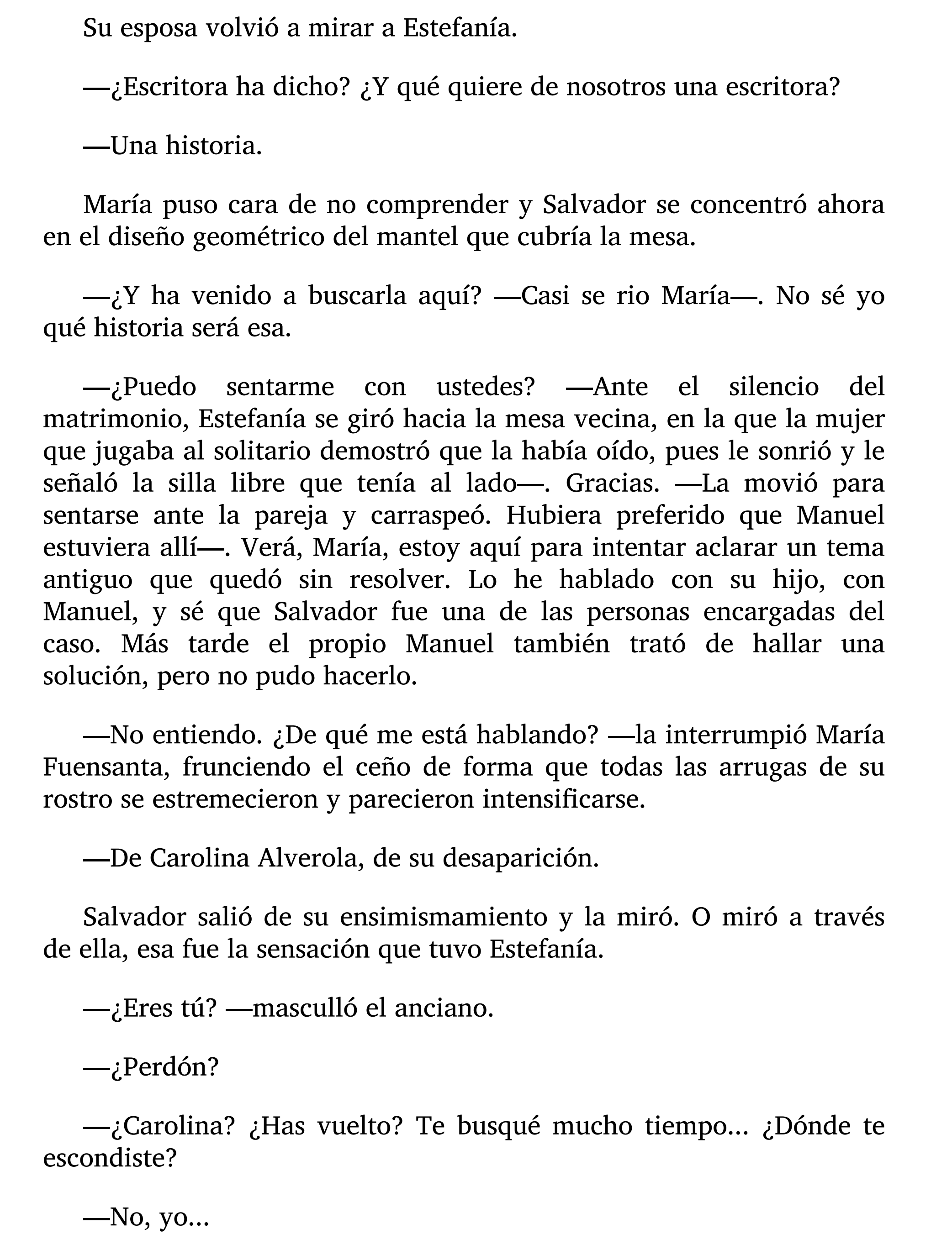
Su esposa hizo una mueca y puso su mano sobre la de él.

—No, cariño. Es una amiga de Manuel.

—¿De Manuel? Es... —El hombre dejó la frase inacabada y se pasó una vez más la lengua por los labios.

—Manuel, tu hijo. Nuestro hijo.

Salvador asintió, pero no dio la impresión de estar muy convencido.



Su esposa volvió a mirar a Estefanía.

—¿Escritora ha dicho? ¿Y qué quiere de nosotros una escritora?

—Una historia.

María puso cara de no comprender y Salvador se concentró ahora en el diseño geométrico del mantel que cubría la mesa.

—¿Y ha venido a buscarla aquí? —Casi se rio María—. No sé yo qué historia será esa.

—¿Puedo sentarme con ustedes? —Ante el silencio del matrimonio, Estefanía se giró hacia la mesa vecina, en la que la mujer que jugaba al solitario demostró que la había oído, pues le sonrió y le señaló la silla libre que tenía al lado—. Gracias. —La movió para sentarse ante la pareja y carraspeó. Hubiera preferido que Manuel estuviera allí—. Verá, María, estoy aquí para intentar aclarar un tema antiguo que quedó sin resolver. Lo he hablado con su hijo, con Manuel, y sé que Salvador fue una de las personas encargadas del caso. Más tarde el propio Manuel también trató de hallar una solución, pero no pudo hacerlo.

—No entiendo. ¿De qué me está hablando? —la interrumpió María Fuensanta, frunciendo el ceño de forma que todas las arrugas de su rostro se estremecieron y parecieron intensificarse.

—De Carolina Alverola, de su desaparición.

Salvador salió de su ensimismamiento y la miró. O miró a través de ella, esa fue la sensación que tuvo Estefanía.

—¿Eres tú? —masculló el anciano.

—¿Perdón?

—¿Carolina? ¿Has vuelto? Te busqué mucho tiempo... ¿Dónde te escondiste?

—No, yo...

—¡Salvador! —dijo María levantando la voz y dándole a su marido unos toquecitos en la mano—. No, no es Carolina.

—Es amiga de Manuel.

—Sí, pero no es Carolina.

—En realidad, la historia por la que quería preguntarles no es la de… —Se calló a tiempo de no pronunciar el nombre—. Es otra historia anterior. Me gustaría que ustedes me contasen la historia del forastero.

—¿Qué forastero es ese? —le preguntó María.

—El primer extranjero que vino a vivir en Moreña. He oído hablar mucho de él, pero nadie me cuenta su historia.

Las manos de María Fuensanta se retiraron de la mesa y se posaron en su regazo, donde se esmeraron en alisar la tela del vestido.

—Nadie la cuenta porque es una historia muy vieja que ya no interesa a nadie.

—A mí sí podría interesarme. Me ha despertado la curiosidad.

—La curiosidad mató al gato —musitó Salvador, que trazó con su dedo índice el recorrido de una de las figuras geométricas del mantel.

—No es momento de pasear ahora por el pasado —replicó María con sequedad.

—Por favor —insistió Estefanía—. Es solo curiosidad, como le digo.

—No —sentenció María—. No estamos nosotros dos para echar la vista tan atrás. —Miró a Estefanía un instante y luego a su esposo—: Vamos, Salvador, es hora de salir al jardín a que te dé el sol.

Estefanía comprendió que no iba a obtener nada y que, si trataba de presionar a la pareja, solo conseguiría provocar alguna escena desagradable. Les dio las gracias y se levantó. Devolvió la silla a su lugar, y entonces se percató de que la jugadora de cartas se había ido.

—Muchas gracias por atenderme, María. Salvador. Ya me voy, ha sido un placer.

—Adiós —se despidió María Fuensanta, escueta y cortante.

Decepcionada, Estefanía recorrió el salón y cruzó la puerta de doble hoja por la que había entrado. En el pasillo que conducía al vestíbulo de recepción había una señora mayor que se mordisqueaba la uña del pulgar. Al fijarse en ella, se dio cuenta de que era la que había estado jugando al solitario en la mesa de al lado de la de los

Fuensanta.

La anciana bajó la mano, ruborizada, como si le diera vergüenza. Estefanía le dirigió una sonrisa cortés y continuó caminando, pero la mujer se movió para interrumpirle el paso.

—Disculpe. He estado oyendo su conversación con los señores Fuensanta. Bueno, con ella. Uno de los pocos caprichos que me puedo permitir aquí es el de escuchar conversaciones ajenas. Yo sí creo que es momento de pasear por el pasado. ¿Quiere que le haga de guía?

—¿Cómo dice?

—Conozco la historia que usted busca.

CULPABLES

—¿Quién es usted?

—Me llamo Blanca, y conocí al forastero por el que usted está preguntando. Trabajé para él en su casa, limpiaba y le hacía la comida. A él, a sus esposas y a su hijo. Así que conozco muy bien su historia.

Estefanía sintió un estremecimiento de emoción. ¿Por fin iba a descubrir aquella historia que todos mencionaban pero nadie parecía querer contarle?

—¿Lo dice en serio, señora?

—Blanca, llámeme Blanca. Sí, hablo en serio. Conocí al señor Hans, a su desgraciada esposa alemana y luego a la segunda que tuvo, la hermosa Luisa. Y sé todo lo que pasó porque estuve allí y lo vi con estos ojos míos. Nadie me lo contó, yo lo vi y lo viví.

Continuaban de pie en el pasillo, por lo que Estefanía, aún recelosa de aquella anciana, se decidió a preguntarle:

—¿Hay algún sitio donde podamos hablar con tranquilidad?

—Venga a mi habitación. Por aquí.

Estefanía la siguió a un ascensor y subieron a la segunda planta, donde se hallaban los dormitorios. Pasaron a la habitación de Blanca y esta cerró la puerta tras ellas.

La estancia era pequeña, pero la mujer la había arreglado de forma que resultaba acogedora. Estefanía recordó su propio cuarto de estudiante y tuvo que reconocer que el de la anciana presentaba un aspecto mucho más cuidado e higiénico.

Solo había una silla, así que Blanca se sentó en su cama.

—La historia es muy vieja, ¿por qué le interesa? —quiso saber.

—Simplemente porque hasta ahora nadie ha querido contármela.

—Claro, eso es natural.

—¿Que no quieran contármela? ¿Por qué es eso natural?

A Blanca de pronto se le habían humedecido los ojos e hizo una pausa para sonarse la nariz con un pañuelo de papel que sacó hecho una bola de la manga de su blusa.

—Por la culpa. ¿Conoce a alguien a quien le guste reconocer sus culpas?

—No la entiendo, Blanca.

—Todos fuimos culpables. Unos más, otros menos, pero todos lo fuimos. Yo quizá más que el resto..., aunque en realidad no hice nada. Dígame, ¿cree usted que se puede ser culpable sin haber hecho nada?

Estefanía comenzó a dudar de la mujer. Probablemente no era más que una anciana que ansiaba un poco de compañía durante un rato. Quizá no tenía familiares y no recibía visitas, por lo que estaba dispuesta a inventarse una historia con tal de tener a alguien que la escuchase.

—No lo sé —respondió al fin—. Sí, supongo que sí. Se puede ser culpable por inacción. Entiendo que desentenderse de una situación cuando se debería pasar a la acción puede considerarse como culpabilidad. De hecho, existe un término penal que hace referencia a la negación de auxilio, si se refiere a eso.

Blanca asintió.

—Sí. Por eso digo que todos fuimos culpables. Toda Moreña lo fue.

En un gesto inopinado, Estefanía echó un fugaz vistazo a la hora y enseguida se arrepintió, al darse cuenta de que la mujer lo había notado.

—No me cree, ¿verdad?

—Todavía no tengo nada que creer, Blanca. No me ha contado nada aún.

—Es muy posible que la historia resulte difícil de creer. Yo misma pienso a veces que no sucedió tal y como lo recuerdo. ¿Se ha preguntado alguna vez si el pasado fue en realidad como lo recordamos?

Estefanía titubeó.

—Me parece que esa pregunta le daría mucho juego a un filósofo. ¿Por qué no me cuenta la historia, y luego, si quiere, le diré si la creo o no?

Blanca volvió a asentir, miró a Estefanía y, a continuación, paseó la mirada por la pared que tenía enfrente, de la que colgaba una marina y un espejo con marco de madera barata.

—A mí ya no me importa que me acusen de ser culpable. Pero otros, los pocos que aún viven, se refugian en el silencio. Le voy a contar la historia, pero tenga usted cuidado a quién se la cuenta después.

La mujer cogió aire y lo soltó despacio. Por un instante, Estefanía creyó vislumbrar a través de la miríada de arrugas que poblaban su rostro a la joven que había sido.

LA CRIADA

Blanca tenía dieciséis años recién cumplidos cuando su padre le dijo que el señor Hans buscaba a alguien que pudiera ayudarle con las tareas de la casa y la cocina. Ella siempre había tenido buena mano con la comida; no solo había aprendido las recetas de su madre, sino que no tenía ningún miedo a elaborar las suyas propias. Y en el hogar familiar desde pequeña se encargaba de la limpieza. El dinero les vendría bien y también ahorrarse una boca que alimentar, pues ella haría a partir de entonces su vida entera en la casa de aquel forastero que se había presentado en Moreña un tiempo atrás sin que nadie tuviera idea de su procedencia.

Ya estaba todo apalabrado entre su padre y el señor Hans, así que Blanca se limitó a aceptarlo. No se le pasó por la cabeza otra opción; en casa se hacía lo que mandaba su padre. Recogió unas cuantas mudas de ropa y a la mañana siguiente se presentó en la puerta del extranjero.

Hans se mostró siempre amable y educado con ella, pero distante. A veces Blanca tenía la sensación de que ni siquiera la veía, como si sus ojos claros la atravesaran, como si ella fuera algo insignificante.

Algún tiempo después, Hans recuperó a su esposa Greta, pero el estado físico y mental de la mujer tras sus horribles experiencias en la caída de Berlín provocó un clima de tensión en la casa que a menudo desembocaba en escenas desagradables que a Blanca la ponían muy nerviosa, pues se sabía cabeza de turco de uno y de otra. Por esa razón, cuando Greta se arrojó al mar, más que tristeza, lo que Blanca experimentó fue alivio, por mucho que luego se avergonzase de ello. Ya unas semanas antes ella misma había evitado un intento de suicidio previo de Greta al descubrirla con un cuchillo de grandes dimensiones camino de su dormitorio.

Los primeros meses después de su muerte reinó una atmósfera pesada en la casa, unos silencios tan plomizos y tensos que Blanca sufría cada vez que se veía obligada a romperlos, ya fuera haciendo los mínimos ruidos posibles al fregar los platos o mover los muebles para limpiar. Sin embargo, el propio Hans también parecía aliviado por el desenlace. Triste, pero calmado. Sus formas hacia Blanca volvieron a ser las del principio, corteses y distantes, sin gritos.

Tras varios años de soledad, llegó a la casa la segunda esposa de Hans, Luisa, una joven de la comarca apenas un año mayor que Blanca. Entre las dos surgió en un primer momento una relación de amistad y confianza, pero no tardó en enfriarse. En más de una ocasión, Blanca oyó al señor Hans recriminando a su mujer por el trato que dedicaba a quien solo era una criada. Desde entonces, ambas mantuvieron las distancias y, una vez más, Blanca recordó que su función en aquella casa era la de ser invisible. Limpiar sin que la vieran, cocinar y mantenerse en silencio a no ser que se dirigieran a ella.

No mucho después nació el hijo de la pareja, el pequeño Hermann, y un rayo de alegría iluminó la casa.

Fue solo durante un tiempo breve que para todos los que lo vivieron transcurrió demasiado rápido. Luego Luisa volvió a quedarse embarazada, pero ese segundo embarazo fue una pesadilla de complicaciones que los conocimientos médicos de Hans no pudieron solucionar. El parto llegó de forma muy prematura, y fue tan problemático que el bebé nació muerto, pues salía de pie y se quedó enredado en el cordón umbilical. En los intentos desesperados por abrirle paso, la madre sufrió una grave hemorragia que la hizo agonizar durante días hasta que finalmente también ella falleció.

Blanca recordaría siempre de aquellos días el olor ferroso de la sangre, que parecía flotar en el aire impregnándolo todo, y que regresaba una y otra vez, por mucho que se esmerara en limpiar la habitación y la casa entera. La angustia y el dolor no hay forma de limpiarlos, solo se pueden cubrir con capas y más capas hasta que se consigue no pensar apenas en ellos.

Sentía lástima por el señor Hans, al que imaginaba maldecido por un destino cruel y oscuro.

Blanca pasó a ser la encargada de cuidar a Hermann, quien por suerte era aún muy pequeño y no pareció tardar en superar la pérdida de su madre. Muy pronto, la relación entre el niño y la criada se hizo tan estrecha que, para Blanca, Hermann era algo muy suyo, casi su propio hijo, ya que se había hecho a la idea de que nunca se casaría ni tendría descendencia.

Un día, mientras limpiaba, abrió las ventanas para airear la casa y una corriente de aire hizo volar unos papeles que el señor Hans había

dejado sobre su mesa. Al recogerlos, Blanca se fijó en que en uno de ellos aparecía una fotografía de Hans, de joven, vestido con un uniforme militar. No sabía leer, así que no entendió nada de lo que ponía, pero le extrañó la imagen, porque Hans había dicho en el pueblo que era médico y había nacido en Suiza, por lo que no había participado en la guerra. Más tarde lo comentó en casa de sus padres, a donde iba una vez por semana, pero nadie le dio importancia.

Hermann, al crecer, comenzó a mostrar unos extraños síntomas. Su piel amarilleó, confiriéndole un aspecto siempre enfermizo. Su constitución era frágil y continuamente se quejaba de estar cansado. A veces le costaba respirar, lo cual lo ponía nervioso y eso no hacía sino aumentar su sensación de ahogo. Era extraño: algunos de sus huesos parecían no aumentar de tamaño al ritmo normal de un niño, y otros, por el contrario, se ensanchaban de forma notable. Sus piernas y sus brazos eran cortos, mientras que el conjunto óseo de su cráneo y su rostro daba la impresión de querer atravesar su piel.

Con espanto, Hans supo que el problema radicaba en la sangre. Como no conocía casos en su familia, imaginó que había debido de heredar algún tipo de anemia de la madre, y, por los síntomas, se trataba de una de las variantes más graves.

El único tratamiento posible era realizarle transfusiones de sangre. Él mismo se convirtió en el donante: cada pocas semanas Hans se extraía sangre y se la transfería acto seguido al pequeño. Así, la salud de Hermann mejoró levemente, a la vez que la de su padre empeoraba al no dejar pasar el tiempo suficiente entre extracción y extracción.

Padre e hijo adquirieron el aspecto de meros espectros, pálidos, ojerosos, débiles y taciturnos. En alguna ocasión, viéndose a sí mismo tan frágil, Hans solicitó a Blanca que se prestase a una extracción, cosa que hizo, pese al terror que le producían las agujas, por el amor que sentía por el niño.

Sin embargo, Hans era consciente de que transfusiones tan pequeñas solo servían para mitigar temporalmente el mal que afligía a su hijo. Requería más sangre sana.

Fue entonces cuando Cruz y Braulio aparecieron en Moreña. También ellos semejaban espectros, fantasmas que habían llegado por un camino de tierra sin que nadie supiera de dónde venían ni qué

pretendían encontrar allí. Deambularon por el pueblo buscando algún quehacer con el que ocuparse, pero casi nadie tenía nada para ellos, y los pocos que sí podían tenerlo desconfiaban de la extraña mujer, a la que no acertaban a reconocer después de tantos años, y del chico cojo que la seguía como un perro faldero y cuyos rasgos denotaban un claro retraso mental.

Se presentaron en la casa solitaria de la colina, y Cruz le aseguró al forastero que podían encargarse del jardín y de todo cuanto él pudiera necesitar. Es más, comerían las sobras, si hacía falta. Llevaban meses comiendo menos que eso.

En otro momento cualquiera, Hans los habría echado sin miramientos. De no ser por la enfermedad que padecía su hijo, no habría dudado en amenazarlos si volvían a acercarse a su propiedad. No hizo ni una cosa ni otra. Al contrario, los invitó a acondicionar el diminuto cobertizo que había construido al fondo del jardín, en la parte trasera de la casa, y al que nunca hasta entonces había dado mucha utilidad.

Blanca no comprendió aquella decisión, pero ella no era quién para cuestionar al señor Hans. No le gustaba nada la vieja Cruz y no estaba segura de si debía apiadarse de Braulio o sentir miedo de él.

Durante las primeras semanas posteriores a la llegada de la bruja y el chico, Hans se dedicó a acondicionar una habitación de la casa a modo de quirófano y colocó en la puerta una cerradura nueva. Mientras tanto, aprovechaba las consultas que llevaba a cabo a las gentes del pueblo para realizar algunas extracciones de sangre, con la excusa de que eran necesarias para un diagnóstico correcto. Luego inyectaba toda esa sangre a Hermann.

Por fin, cuando estuvo seguro de que Cruz no pondría reparos en hacer lo que le pidiera, puso en marcha el plan que llevaba meses ideando. Al principio, pensó en encargarse él mismo, pero cuando la bruja apareció en su puerta comprendió que le había sonreído la suerte. Ella lo haría y él se limitaría a esperar en casa.

El primer niño fue Avelino Rivas. Blanca oyó ruidos una tarde, cuando ya había oscurecido. Al asomarse y descubrir a Braulio cargando con el pequeño hacia el interior de la casa, preguntó qué sucedía y Hans le dijo que se había producido un accidente. La criada se ofreció a ayudar, pero le cerraron la puerta del cuarto en las narices.

Más tarde, ese mismo día, Hans le ordenó que no comentase nada con nadie, por el bien de todos, y, en especial, por el de Hermann. Blanca no alcanzó a comprender el sentido de aquello, pero estaba habituada a obedecer sin rechistar, así que eso fue lo que hizo. De todos modos, solo salía de la casa para comprar y para ir a visitar a sus padres una vez por semana. Hacía tiempo que no tenía algo similar a una amiga con quien hablar.

Los días siguientes no le fue permitido el acceso a la habitación donde habían llevado a Avelino. Ella permanecía fuera, cocinando, limpiando y haciéndose cargo de Hermann hasta que su padre lo requería. En una ocasión, mientras le servía la cena, se atrevió a preguntar al señor por la familia del niño accidentado, extrañada porque no habían ido a preguntar por su estado. Hans le recordó, tajante, la orden que le había dado de que guardara silencio.

Alrededor de una semana después, oyó ruidos en mitad de la noche, pero no se decidió a salir del dormitorio. Si la necesitaban, la llamarían, pensó.

Durante ese breve período percibió que Hermann mejoraba, por lo que quiso concentrarse en eso y desentenderse de lo demás. Lo que el señor Hans hiciera o dejara de hacer no era asunto suyo. Ella solo era una criada, no debía equivocarse y pensar que su función en aquella casa era otra.

No tardó en enterarse, en una de sus visitas a sus padres, que el niño de los Rivas había desaparecido. El corazón le dio un vuelco y abrió la boca, pero no llegó a hablar. Cuando regresó, se atrevió a preguntar al señor Hans, quien, al fin, le ofreció una explicación. El hijo de los Rivas había ayudado a Hermann a sobrevivir, ¿acaso eso no estaba bien? ¿Acaso Blanca no deseaba que Hermann sanara? ¿No había padecido ya suficiente el niño con la muerte de su madre y la enfermedad que le había desfigurado el rostro?

—Pero ¿qué ha sido del chiquillo?, ¿dónde está ahora? —preguntó.

—Solo importa Hermann —zanjó Hans—. Nada ni nadie más. No hagas más preguntas y no hables con nadie de esto. Con nadie.

Meses después Blanca supo que había otro niño en la casa. No llegó a verlo, pero sí pudo oír sus llantos un par de veces. Luego se hizo el silencio y volvió a tener vedado el acceso al cuarto donde trabajaba el señor.

Y, de nuevo, Hermann mejoró. Su piel continuaba siendo amarillenta, como sucia, y su respiración demasiado trabajosa, pero a veces parecía casi un chiquillo normal. Blanca lo adoraba hasta tal punto que se consagró a la labor de cuidar de él y obedecer a Hans. En su mente, la habitación cerrada dejó de existir, y fuera lo que fuera lo que sucedía en su interior, no iba con ella.

Como la primera vez, una noche la despertaron las voces de la vieja Cruz y Braulio, y, aunque no se decidió a salir de su dormitorio, sí se asomó a la ventana cuando oyó el sonido de la puerta principal al cerrarse. A través de la oscuridad, bajo la luz trémula de una luna azulada, aquellos dos siniestros personajes cruzaron el jardín y se perdieron entre los árboles. Braulio llevaba un bulto sobre los hombros.

Blanca se santiguó y volvió a la cama, procurando que sus pies desnudos no provocaran ningún crujido en los tablones del suelo.

Con la llegada del tercer niño, Blanca tomó la decisión de averiguar qué ocurría en la habitación cerrada. No podía colarse en ella, pues el señor Hans guardaba la única llave y él mismo le abría cuando quería que la limpiara, pero procuró estar cerca cuando él o la bruja entraran o salieran. Así, al menos, podría echar un rápido y furtivo vistazo al interior.

Cuando por fin lo logró, los tres o cuatro segundos que la puerta permaneció entreabierta le mostraron a la criatura boca arriba en la cama, con los ojos cerrados, como dormida, con el rostro demacrado sobre la almohada, una aguja en la sangría de su brazo izquierdo, con un tubo conectado al otro extremo. Parte de un objeto extraño se veía al otro lado de la cama, por donde desaparecía el tubo, pero le fue imposible adivinar su función.

La puerta se volvió a cerrar y Blanca se enfrentó a la mirada del señor Hans. Murmuró que la comida estaría preparada muy pronto, a no ser que él prefiriera retrasarla. Él le dijo que la sirviera a la hora de costumbre, y ella se apresuró por el pasillo hacia la cocina.

Aquella imagen fugaz la acompañó desde entonces, fija en su memoria, convirtiéndose en uno de esos recuerdos que, por muchos años que pasasen, jamás se borrarían. Más de una vez estuvo a punto de contarlo en casa de sus padres, pero no llegó a hacerlo. Sabía que estaba mal, que aquellos niños eran inocentes, pero ¿acaso no deseaba

que Hermann sanara? La pregunta resonaba en su cabeza con la voz del señor Hans primero y luego con la suya propia.

Guardó silencio, también cuando llegó el cuarto crío, y más tarde el quinto...

Entre esos dos, el cuarto y el quinto, ya casi un año y medio desde el primero, la vieja Cruz falleció de un infarto mientras dormía. A Blanca le resultó difícil disimular su alegría. Aquella mujer la sacaba de quicio y, sobre todo, le daba miedo.

La noche siguiente vio cómo Braulio cubría el cuerpo con unas mantas raídas y se lo llevaba, como había hecho con los niños.

El sexto niño fue Juan Jesús Iglesias. Sabía que había un crío nuevo porque la habitación pasaba a estar cerrada con llave, y solo descubría sus nombres cuando sus padres lo mencionaban en alguna de sus visitas semanales.

En el pueblo las habladurías no tenían ni pies ni cabeza. No acertaban con el número de niños desaparecidos, ni mucho menos con las razones. Algunos eran supersticiosos y creían que una maldición se cernía sobre la comarca, hablaban de alguna criatura legendaria que habitaba en los montes y los bosques. El Hombre Árbol, lo llamaban. Otros decían que el mar se los había llevado, igual que había hecho a lo largo de los años con varias embarcaciones y sus tripulaciones. Empezaron a sospechar de todos, a lanzar acusaciones a diestro y siniestro...

Cuando su madre le dijo el nombre del último niño, Blanca supo de quién se trataba: el hijo de la que había sido su mejor amiga, casi la única que había tenido antes de empezar a trabajar para el señor Hans. Los remordimientos se apoderaron de ella, y por fin pudo más su sentido de la responsabilidad que su amor hacia el pequeño Hermann o su temor hacia Hans y Braulio. Con la mirada fija en la mesa, su madre sentada enfrente y su padre a su derecha, en la cabecera, lo soltó:

—Está en la casa. Juan Jesús está encerrado en la casa del señor Hans.

A la incredulidad inicial siguió una batería interminable de preguntas que, lentamente, fueron sustituidas por exclamaciones de horror. El padre de Blanca se puso en pie, cogió la parca y salió, solo

para volver a entrar unos segundos después y apuntar a su hija con un dedo índice recubierto de sabañones:

—Tú te quedas aquí, y no sabes nada de los otros niños, ¡nada! Por mucho que te pregunten, solo sabes lo de Juan Jesús, nada más, ¿oído? Y no sales de casa, ninguna de las dos salís de aquí —añadió, mirando también a su mujer.

Cerró con un portazo, y Blanca y su madre se quedaron quietas, convertidas en piedra y encogidas en sus asientos.

Fuera, la tarde caía con prisas, como si la noche estuviera impaciente por desplegar la oscuridad que desde ese momento iba a teñir el alma de Moreña y sus gentes.

Unas horas más tarde, las dos mujeres vieron a través de la ventana a un grupo numeroso de hombres que subían por la calle en dirección a la colina. Algunos llevaban candiles, otros empuñaban escopetas de caza y otros, azadas y picos.

EL FUEGO PURIFICADOR

—¿Qué ocurrió? —preguntó Estefanía con un hilo de voz.

Blanca se secó las lágrimas con el pañuelo de papel.

—Cuando llegaron, Braulio ya se había llevado el cuerpo del niño. Debió de faltar muy poco para que se cruzaran con él, pero no llegaron a verlo. Y el señor Hans no sabía dónde los escondía. Nadie lo sabía, era un secreto que solo Braulio y la bruja que le hacía de madre conocían, hasta ahora que la tormenta nos lo ha mostrado a todos. Los hombres, mi padre y los demás, asaltaron la casa de la colina, registraron todas las habitaciones y encontraron ropas de Juan Jesús, y aquella extraña máquina que le había sacado la sangre. No sé exactamente lo que pasó después. Mi madre y yo esperábamos el regreso de mi padre para que nos lo contara, pero la noche avanzaba y el grupo no volvía. Luego, por fin, vimos el fuego en la colina. La casa entera estaba ardiendo...

—¿Los mataron? ¿También al niño, a Hermann?

La anciana hipó, temblorosa.

—Nunca reconocieron que lo habían hecho. No quisieron hablar de ello. Ninguno de los hombres volvió hasta después del amanecer. Mi padre, cuando entró en casa, pidió una palangana de agua y estuvo mucho rato limpiándose las manos y los antebrazos. Se cambió de ropa y se marchó otra vez.

—¿Y el chico, Braulio?

Blanca encogió los hombros.

—Dijeron que no lo encontraron. No sé... Quizá vio el incendio y se escapó.

Estefanía respiró profundamente y expulsó el aire despacio. Había insistido en oír la historia del forastero, y ahora que la conocía, casi preferiría no haberlo hecho. Se mordió el labio inferior y contempló a la anciana. Esta hizo un gesto para indicar con la barbilla hacia el exterior de su dormitorio:

—Uno de aquellos hombres era Salvador Fuensanta. Y su hermano también estaba.

Estefanía asintió. A la antigua criada del forastero le temblaban las manos, y ella tuvo la tentación de cogérselas para calmarla, pero se resistió a hacerlo. No tenía claro si aquella mujer merecía alguna piedad o no. Quizá nadie en Moreña la mereciera.

Con un titubeo, se levantó de la silla, musitó un «gracias» apenas audible y abandonó la habitación con una creciente sensación de mareo.

¿ES REAL?

Un buen rato después de haber salido de la residencia Valle Azul continuaba con aquella sensación de irrealidad. Cayó en la cuenta de que ni siquiera había preguntado los nombres de los que componían el grupo. Estuvo el padre de la propia Blanca, también Salvador Fuensanta y su hermano Manolo, pero había más gente. Quizá ni la anciana lo sabía. ¿Y acaso importaba? Unos habían formado parte del grupo y otros habían permanecido en el pueblo, pero todos guardaron el secreto de lo que sucedió en la casa del forastero. Todos, de una manera u otra, participaron. Entre ellos, al menos dos guardias civiles. Por eso el caso había quedado sin cerrar, para así poder esconder más fácilmente lo que habían hecho.

Habituada a meterse en la piel y en la mente de sus personajes, Estefanía creyó comprender los actos de aquella gente. Los había guiado la ira. El deseo de venganza había nacido de lo más profundo de sus entrañas al averiguar la verdad sobre los niños desaparecidos. No le extrañaba que hubieran atacado al extranjero, al tal señor Hans. Tal vez los dos miembros de la Guardia Civil intentaron controlarlos en un primer momento y se vieron superados, o tal vez también ellos se vieron arrastrados por la rabia. A la escritora no le costaba aceptar que hubieran asesinado a Hans a golpes, pero ¿también a Hermann? ¿Su locura colectiva y transitoria los había llevado a matar al hijo enfermo? Quizá habían prendido fuego a la casa antes de saber que el niño estaba en el interior..., o quizá, una vez desatada la violencia, Hermann había sido una víctima más.

De nuevo, la misma pregunta: ¿importaba ya, cincuenta años más tarde? Los protagonistas del suceso habían fallecido o eran demasiado ancianos como para pagar por culpa alguna. A Salvador Fuensanta, el alzhéimer le había privado de su identidad y, tal vez, de los remordimientos. Blanca, en cambio, seguía recordándolo todo. La habían transformado de niña en criada, más adelante en cómplice, y luego en el dedo acusador.

Estefanía cogió su móvil y poco le faltó para pulsar el botón de llamada al número de Manuel Fuensanta. No quiso hacerlo, bloqueó la pantalla y se guardó el aparato en el bolsillo trasero del pantalón. ¿Qué iba a decirle, que su padre y su tío habían participado en una ejecución, un linchamiento? Tal vez él ya lo sospechara de algún

modo, por eso no había acudido a la residencia. A veces el ser humano elige permanecer en la ignorancia.

Demasiados tal vez y muy pocas certezas.

Tenía ganas de hablar con alguien, pero ¿con quién? ¿Con Francisco? Sí, aunque más tarde. Él ya estaba convencido de que la desaparición de su hermana no tenía relación con las de los otros chicos, y sobre el caso de Carolina no podía decirse que Estefanía hubiera avanzado nada. ¿El inspector Baena? Y decirle ¿qué? ¿Que hacía medio siglo el pueblo entero se había confabulado para ocultar un crimen que la mitad de sus habitantes había llevado a cabo?

¿Gabriel?

No, no cometería ese error. Porque eso sería y no otra cosa, se dijo, moviendo incluso los labios como si necesitase oírlo en voz alta. No podía permitirse cometer ese error en un momento de debilidad.

Decidió que llamaría a Gutiérrez. Era un colega de profesión y desde su llegada se había mostrado amable y agradable con ella. Con él podría conversar con tranquilidad, contarle la historia de Blanca y el señor Hans, de la vieja Cruz y Braulio, y pedirle su opinión. Ni siquiera necesitaba que la aconsejara, solo quería hablar, volver a escuchar la historia, pero esta vez con su propia voz, y decidir qué hacer con ella.

Recuperó el móvil, y antes de desbloquearlo empezó a sonar. Era Esteban Borges.

—¿Hola? ¿Doctora?

—Hola, Esteban, ¿qué tal? —saludó Estefanía, algo sorprendida por la llamada del concejal.

—No estaba seguro de si andaría usted todavía por aquí...

—Sí, no tengo prisa por irme.

—Bien, bien. Pues la llamaba precisamente para invitarla a cenar esta noche, si le apetece.

El silencio de Estefanía se alargó un poco más de la cuenta. No esperaba la invitación, y no tenía muchas ganas de aceptarla, pero tampoco quería emplear una excusa que resultase poco creíble.

—Verá, Esteban..., la verdad es que no he podido hablar aún con dos de los miembros de la pandilla. No he localizado todavía a Joaquín y a Ramiro. Quiero seguir intentándolo esta tarde.

—Espere, yo le puedo ayudar con eso. Los llamo y a ver si pueden apuntarse también ellos a la cena, ¿qué le parece?

—Pues... Vale, supongo que sí.

—Estupendo. Reservo una mesa y la paso a recoger. ¿Ocho y media?

—De acuerdo.

—Muy bien, doctora. La dejo que, por mucho que sea sábado, me queda faena aquí en el despacho. Nos vemos luego.

—Adiós.

—Adiós.

Estefanía saludó al recepcionista y aprovechó para pedir que le subieran una ensalada a la habitación.

Encendió el portátil y abrió el programa de correo electrónico. Escribió la dirección personal de su jefe en el departamento forense y redactó a continuación un resumen pormenorizado del relato de Blanca. Pulsó el botón de ENVIAR y escribió después un segundo mensaje, este por WhatsApp: «Acabo de pasarte un correo. Dime qué quieres que haga con ello».

Francisco Alverola no tardó ni veinte minutos en llamarla.

—¿Es verdad? —preguntó.

—Creo que sí, pero no puedo demostrarlo. Lo único que tengo es la versión de la anciana.

—Podría habérselo inventado todo.

—Podría, pero lo dudo.

—Sí, yo también. ¿Qué motivo tendría para inventarse semejante historia? Ella misma no queda muy bien parada.

—Exacto. Mientras hablaba, tuve la impresión de que lo que quería era confesarse después de años de remordimientos.

Se produjo una pausa involuntaria, que Francisco rompió con un resoplido:

—Ya te dije que Moreña es un lugar muy particular.

—No debemos culpar a los habitantes actuales. Es fácil de imaginar que sus padres y abuelos no les contaron nada, pero la gente de aquel entonces, a mediados de los sesenta, eran todos culpables. No todos en el mismo grado, pero unos lo hicieron, y otros lo supieron y guardaron el secreto.

—Al menos no se equivocaron y lincharon a un inocente.

—Sí lo hicieron. No olvides que mataron al hijo enfermo del forastero.

—Cierto.

Una nueva pausa, más larga que la anterior.

—No he venido aquí en busca de esta historia —dijo Estefanía—, sino de Carolina. A ella no la he encontrado. Ahora es evidente que no hay relación entre su caso y el de los otros niños. No tengo pistas, Francisco, no tengo nada sobre tu hermana.

—Vuelve, Estefanía. Puedes volver cuando quieras. No te preocupes. Los huesos de la playa y la isla son de aquellos niños, y ya has averiguado qué les pasó. No puedo pedirte que sigas dando palos de ciego indefinidamente.

—No quiero rendirme aún.

—Lo que yo no quiero es que pienses que me has fallado. No lo has hecho. Que no sea esa la razón por la que te quedes.

—Esteban me ha invitado a cenar esta noche. Me ha dicho que estarán también Joaquín y Ramiro, los únicos con los que no he hablado. Después de la cena pensaré si tiene algún sentido quedarme.

TODAS LAS OPCIONES ESTÁN ABIERTAS

El restaurante era el mismo de la primera vez, pero en esta ocasión les habían preparado un reservado delimitado por ornamentados biombos de madera en un lateral del local. Además, había pocas mesas ocupadas y la mayoría de ellas estaban en el extremo opuesto. Ramiro y Joaquín ya estaban allí cuando Esteban y Estefanía llegaron.

Joaquín era una de esas personas de edad indefinida o indescifrable. Para quienes no lo supieran, bien podía tener unos cuarenta muy mal llevados o rondar los cincuenta y haber asumido que su estado físico ya no tenía arreglo. Debía de pesar más de ciento diez kilos, lo que en un cuerpo que no alcanzaba el metro setenta y cinco le confería un aspecto excesivamente grasiento. Sus brazos y manos eran gruesos y sudorosos, su rostro parecía hinchado hasta el punto de que las mejillas se derramaban, fofas, por el borde de la mandíbula, y los ojos estaban subrayados por enormes bolsas en los párpados. Cuando le estrechó la mano, Estefanía tuvo que hacer un esfuerzo por recordar que aquel hombre había sido uno de los líderes de la pandilla, que competía siempre con Carolina por ganar en los juegos y destacar en todo cuanto hacían.

Ramiro, que era al menos un par de años mayor que Joaquín, presentaba en cambio mucho mejor aspecto. Se cuidaba e iba al gimnasio, quizá no de forma continuada, pero sí con relativa frecuencia. Por su peinado, Estefanía interpretó que era de esos hombres que repudian la idea de hacerse mayores y pretenden mantenerse jóvenes, aunque sea por fuera, algo que, en el caso de Ramiro, resultaba falso. Un disfraz. Se cuidaba más que los otros dos hombres que había en la mesa y, sin embargo, le envolvía algo irreal que hacía pensar que en cualquier momento su máscara juvenil se convertiría en polvo.

En el trayecto desde el hotel, Esteban ya la había avisado de que había conseguido reunir a los dos. Antes de que la recogiera, y después de haber hablado con Francisco, Estefanía volvió a leer todos sus apuntes con los resúmenes de sus entrevistas y la documentación que Manuel Fuensanta le había prestado. El único hilo suelto seguía siendo la falta de acuerdo sobre la presencia de Ramiro en el bosque, pero, por muchas vueltas que le diera, no conseguía ver que fuera relevante. Otra cosa era que el propio Ramiro le hubiera mentido

acerca de su localización el día anterior, pero no quería preguntarle directamente sobre ello. Lo más lógico era que se tratase de un malentendido, o que existieran razones que ella desconocía y que no tenían la más mínima relación con el caso. Ignoraba a qué tipo de oficio se dedicaba, así que podía ser un motivo laboral, o un asunto sentimental, o cualquier cosa, en realidad.

Pidieron (todos pescado, excepto Joaquín, que se decantó por un solomillo) y se sirvieron vino. Luego, durante unos segundos, se miraron unos a otros sin decidir sobre qué hablar ni quién había de comenzar. Estefanía quiso aprovechar la ocasión, pero se le adelantó Joaquín:

—¿Qué tal Cisco?

Estaba un poco cansada de repetir una y otra vez su respuesta a esa pregunta, pero era comprensible la curiosidad, así que sintetizó en dos líneas la vida de su jefe y, casi sin realizar la pausa de rigor, se lanzó ella a preguntar:

—Y usted, Joaquín, ¿a qué se dedica?

El aludido carraspeó y forzó una sonrisa.

—Trabajo con él —dijo señalando con la barbilla a Ramiro—. Para él.

—Sí —confirmó Ramiro—. Yo monté una empresa de construcción, y Joaquín está a cargo de la contabilidad. De que todo cuadre, ¿verdad?

—Vaya. O sea, que ustedes dos sí han mantenido la relación desde la infancia.

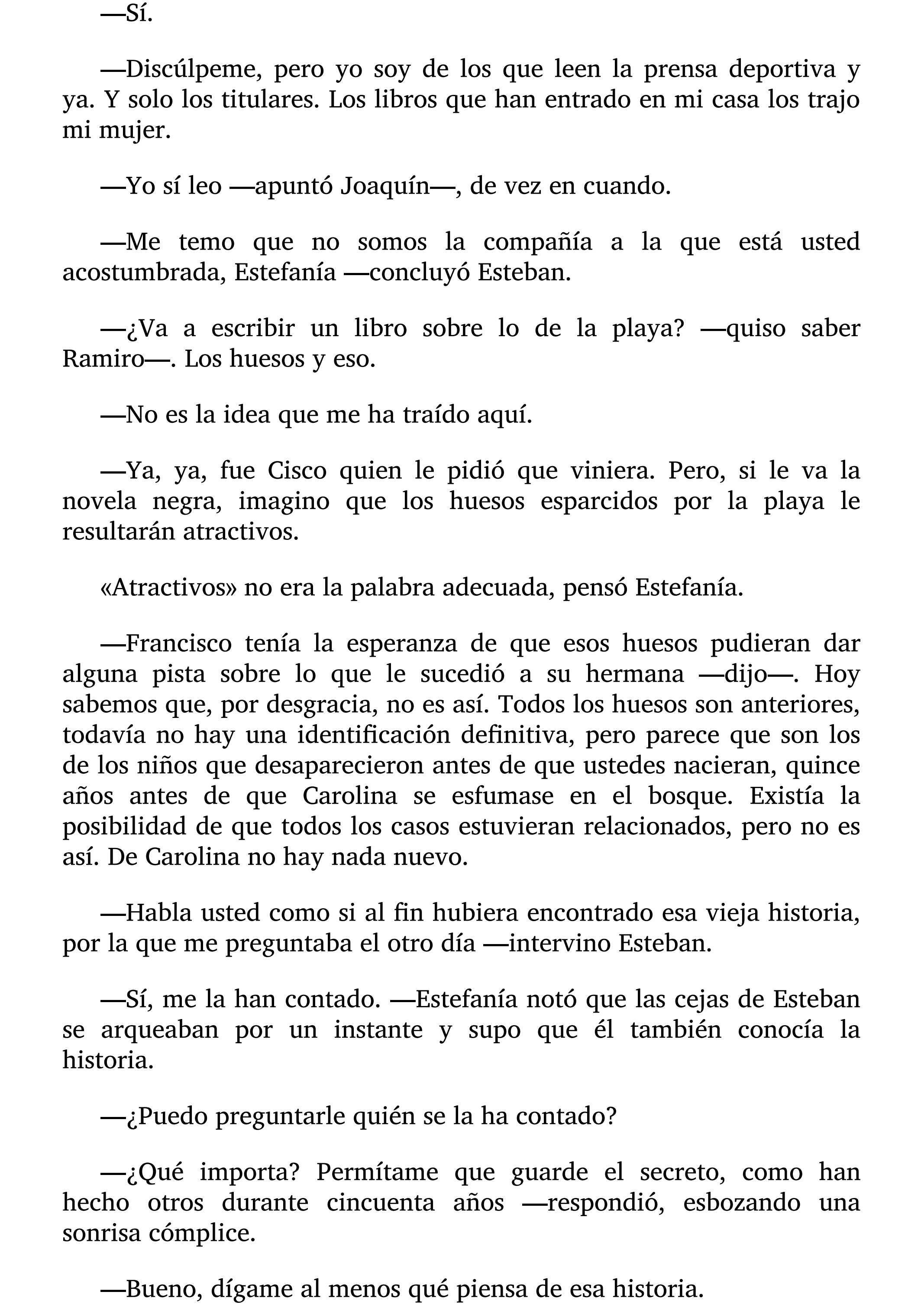
—Eso es. Los tres, en realidad —añadió Ramiro—. A veces, Su Excelencia se rebaja a comer con nosotros.

—Solo cuando me quedo sin excusas —rio Esteban.

—Por eso, estos días he estado fuera... —explicó Ramiro—. Hay una obra en Villanueva que requiere mi supervisión. Siempre hay detalles que corregir, problemillas de última hora.

—Claro —asintió Estefanía.

—Nada tan interesante como escribir un libro. Dice Esteban que es


usted escritora.

—Sí.

—Discúlpeme, pero yo soy de los que leen la prensa deportiva y ya. Y solo los titulares. Los libros que han entrado en mi casa los trajo mi mujer.

—Yo sí leo —apuntó Joaquín—, de vez en cuando.

—Me temo que no somos la compañía a la que está usted acostumbrada, Estefanía —concluyó Esteban.

—¿Va a escribir un libro sobre lo de la playa? —quiso saber Ramiro—. Los huesos y eso.

—No es la idea que me ha traído aquí.

—Ya, ya, fue Cisco quien le pidió que viniera. Pero, si le va la novela negra, imagino que los huesos esparcidos por la playa le resultarán atractivos.

«Atractivos» no era la palabra adecuada, pensó Estefanía.

—Francisco tenía la esperanza de que esos huesos pudieran dar alguna pista sobre lo que le sucedió a su hermana —dijo—. Hoy sabemos que, por desgracia, no es así. Todos los huesos son anteriores, todavía no hay una identificación definitiva, pero parece que son los de los niños que desaparecieron antes de que ustedes nacieran, quince años antes de que Carolina se esfumase en el bosque. Existía la posibilidad de que todos los casos estuvieran relacionados, pero no es así. De Carolina no hay nada nuevo.

—Habla usted como si al fin hubiera encontrado esa vieja historia, por la que me preguntaba el otro día —intervino Esteban.

—Sí, me la han contado. —Estefanía notó que las cejas de Esteban se arqueaban por un instante y supo que él también conocía la historia.

—¿Puedo preguntarle quién se la ha contado?

—¿Qué importa? Permítame que guarde el secreto, como han hecho otros durante cincuenta años —respondió, esbozando una sonrisa cómplice.

—Bueno, dígame al menos qué piensa de esa historia.

Llegaron los platos y Estefanía meditó su respuesta mientras le metía mano a su filete de atún.

—No lo tengo claro —reconoció al cabo de un momento—. Entiendo que es un episodio trágico de la historia de este lugar, en el que los únicos inocentes fueron los niños.

—Los demás tuvieron todos su parte de responsabilidad, sí, pero ¿no cree usted que existen diversos grados de culpabilidad? Quiero decir, ¿se debe juzgar igual la venganza que el acto inicial que la provocó?

Estefanía asintió.

—No, yo no lo juzgaría del mismo modo. Comprendo muy bien el deseo de venganza, y que en ocasiones hace falta un control extraordinario de uno mismo para no dejarse arrastrar por él. Pero... Siempre hay «peros», ¿verdad? No dudo que el forastero, fuera quien fuese, merecía su castigo, pero ¿también su hijo? Hermann. Él, al fin y al cabo, era otro inocente más. Como los niños de Moreña.

—Fue una bala perdida —dijo Joaquín.

—¿Perdón?

Los tres miraron a Joaquín y este se dio cuenta de que habría debido morderse la lengua.

Esteban se recompuso y asintió, mirando ahora a Estefanía.

—Lo fue, es cierto. Nosotros también conocemos la historia, doctora. Si el otro día no quise contársela fue porque..., bueno, porque se trata de mi gente. Conozco a casi todos los que formaban el grupo que linchó al forastero. A algunos los conozco demasiado bien. A otros no, porque hace mucho que fallecieron. Mi abuelo, sin ir más lejos, fue uno de ellos. No es que me preocupe que se sepa por eso, porque él está enterrado desde hace veinticinco años. No me gustaría que la historia se hiciera pública por Moreña, porque sería una vergüenza que ya no podríamos borrar. Los jóvenes ignoran lo que ocurrió, y es preferible que siga siendo así. De lo contrario, muchos se irán, y los de fuera no vendrán en verano. Moreña no se merece eso. Su gente no se lo merece. Han pasado cincuenta años, doctora. Este pueblo no se merece pagar por acoger a un extraño que resultó ser el diablo en persona.

Ninguno de los cuatro estaba comiendo apenas.

—Entiendo a lo que se refiere, Esteban. Y, como he dicho antes, no tengo nada claro qué pensar de todo esto. Fue una tragedia que se extendió durante dos años, y nadie de por aquí quiere recordarlo. Por otro lado, ahora han aparecido los esqueletos de los niños. Quizá ellos sí merezcan que se sepa la verdad.

—La verdad condenaría a Moreña entera —insistió Esteban.

—Es posible, sí —musitó Estefanía. Se llevó un trozo de atún a la boca, pero no pudo saborearlo.

—Se me ocurre que, quizá, si todos los protagonistas hubieran fallecido ya —propuso Joaquín—, no sería tan negativo hacerlo público. Pero algunos continúan con vida. Aunque son ancianos, ahí están. Colgarles ahora el cartel de culpables sería muy duro, me parece a mí.

—Esa misma duda es la que tengo yo —admitió Estefanía. Dejó un momento los cubiertos sobre el plato—. Corríjanme si me equivoco: ustedes, de una manera indirecta, me están pidiendo que no cuente la historia, ni al inspector encargado del caso, ni en un libro, ni en ningún sentido. ¿Es eso? —Esteban asintió, los otros dos permanecieron inmóviles—. No se lo voy a prometer. Una vez más: no veo claro qué es lo que se debe hacer, ni qué pensar de todo esto. Por un lado, creo que es justo contar la verdad; por otro, comprendo que sería un golpe muy duro para los ancianos que participaron en los hechos y que solo pretendían vengar a los niños. Supongo que ellos mismos ya han sufrido lo suyo por los remordimientos.

—Exacto —se apresuró a apuntar Esteban.

—Cuénteme eso que ha dicho de una bala perdida, Joaquín —solicitó Estefanía, ahorrándose el dato de que ya había informado a Francisco—. Tal vez, si puedo convencerme de que lo de Hermann fue un terrible accidente, pueda pensar con más claridad.

Fue Esteban, de nuevo, el que tomó la palabra:

—Varios de los hombres iban armados, con cuchillos, azadas, escopetas de caza... El forastero, Hans, intentó defenderse. Me dijeron que fue él el primero en disparar, pero poco importa ese detalle. El caso es que cogió a su hijo e intentó huir, y los que llevaban armas de fuego le dispararon para impedírselo. Una de las balas le dio al niño. Es muy posible que, de no ser por eso, todo esto ya se hubiera sabido. Si solo hubiera muerto el extranjero, no se habría convertido en una historia secreta.

—¿Y el chico? El que se deshacía de los cuerpos. ¿Qué fue de él?

Vio que Esteban intercambiaba una rápida mirada con los otros dos.

—¿Eso no se lo han contado? —le preguntó.

Ella negó con la cabeza.

Esteban apartó el plato que tenía delante, del que había consumido poco más de la mitad.

—Es un pecado desperdiciar algo tan delicioso como esta lubina —murmuró—, pero hay temas que quitan el apetito, ¿verdad? —Carraspeó y se limpió con la servilleta de tela—. Ese muchacho sufría un retraso mental. Llegó con la mujer mayor, aunque, por lo que contaron, no eran familia. El forastero los acogió, probablemente porque ya tenía en mente lo que iba a hacer. Nadie más quería a esos dos por aquí. Luego la mujer desapareció, se supone que falleció, y el chico continuó viviendo en la casa de la colina. Nuestra Casa en Ruinas. A él no lo encontraron. Cuando el grupo fue a por el extranjero, el muchacho se había volatilizado.

—¿Y no se supo nada más de él?

Esteban asintió y bajó su mirada hacia el mantel.

—Sí y no. Quiero decir, hubo rumores, pero nada que pudiera confirmarse.

—¿Rumores de qué? ¿De que también lo mataron?

—No. Hubo gente que afirmó verlo en la época en la que Carolina desapareció.

—¿Por aquí?

—En los alrededores del pueblo, sí. Lo afirmaron varias personas.

—Nadie me lo había mencionado antes —dijo Estefanía, extrañada.

Esteban se encogió de hombros.

—Imagino que porque no pudo demostrarse. Fue entonces cuando yo me enteré de la historia del forastero. Oí a mi padre y a mi abuelo hablando y, cuando se dieron cuenta de que los había escuchado, accedieron a contármelo todo. Ellos pensaban que ese chico era el que

se había llevado a Carolina.

—¿Por qué?

—Porque no se les ocurría nadie más. Ese chico era retrasado, no sabemos hasta qué punto ni en qué sentido. Es posible que hubiera asumido como normal lo que había vivido en la casa del forastero, y que, al quedarse solo, siguiera atacando a otros niños. No digo que por maldad, pero ¿quién sabe cómo razona la mente humana cuando su funcionamiento no es el correcto?

Estefanía miraba a Esteban, que era quien hablaba, pero percibió que Ramiro tragaba saliva y Joaquín se mordía el labio con el ceño fruncido.

—Me cuesta creer que el chico sea el culpable, si le soy sincera. ¿Quince años después? ¿Qué hizo en todo ese tiempo?

—¿Ir de un lado a otro? —sugirió Esteban—. O tal vez estuviera ingresado en alguna institución… Llegó aquí a pie, con la mujer. Estaba acostumbrado a caminar. Puede que se escondiera en las montañas, o que alguien lo empleara en alguna granja, había muchas por aquel entonces. A saber. Escuche, doctora, yo también soy sincero: no puedo saberlo, pero es una opción, ¿no le parece?

—No soy policía, pero, por lo que sé, en un caso criminal, cuando no hay pruebas en las que apoyarse, todas las opciones están abiertas. —Hizo una pausa corta y pensó en voz alta—: ¿Qué información hay de ese muchacho? Ni apellidos ni pasado, ¿verdad? Localizarlo tanto tiempo después es prácticamente imposible. Los que afirmaron haberlo visto en la época de la desaparición de Carolina pudieron equivocarse. E, incluso si se trataba de él, nadie lo vio llevándose a la niña.

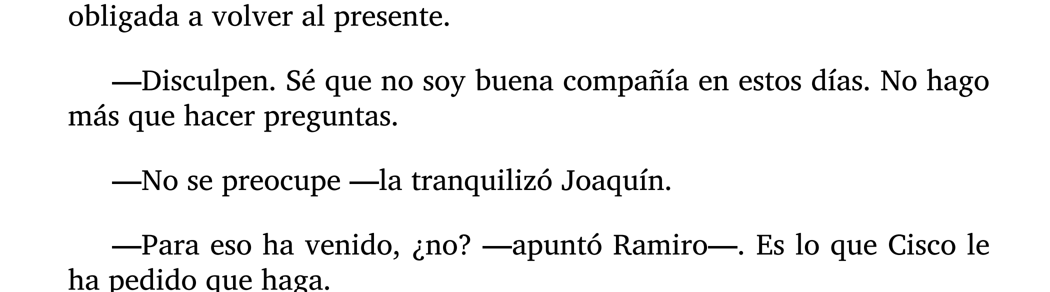
—Pero su presencia en la zona sería una de esas pruebas, ¿cómo las llaman?, circunstanciales. Una prueba circunstancial a tener en cuenta, ¿no?

—No digo que no, pero no demuestra nada.

—Usted sabe más que yo de eso —concluyó Esteban.

Estefanía trató de pensar con calma. Algo le escamaba en aquella conversación y no acertaba a distinguir qué.

Notó que los tres hombres la contemplaban expectantes y se sintió



obligada a volver al presente.

—Disculpen. Sé que no soy buena compañía en estos días. No hago más que hacer preguntas.

—No se preocupe —la tranquilizó Joaquín.

—Para eso ha venido, ¿no? —apuntó Ramiro—. Es lo que Cisco le ha pedido que haga.

—Sí. ¿Les importa que dejemos a un lado la historia del forastero y de ese chico? Ustedes dos son los únicos con los que no había hablado hasta hoy. Bueno, aparte de Encarna y Álvaro, claro.

—¿Qué podemos contarle que no sepa ya? —le preguntó Ramiro.

—Usted, Joaquín, fue el primero en buscarla, porque era parte del juego.

—Sí —confirmó el aludido.

—Y no vio nada que le llamara la atención.

El otro negó con la cabeza.

—Pensé que ella había vuelto al pueblo. Me enfadé, porque Carolina y yo solíamos competir por todo. Busqué en todas partes… Eso es un decir, por supuesto. El bosque era más grande entonces, pero nunca nos alejábamos demasiado para escondernos.

—¿Y usted, Ramiro? —inquirió Estefanía.

—¿Yo? No estaba ese día con ellos.

Estefanía le mantuvo la mirada un momento. Ramiro parpadeó y cogió la servilleta para limpiarse la comisura de los labios.

EL MENSAJE

Estefanía quiso volver al hotel a pie. Rechazó el ofrecimiento de Esteban asegurando que el paseo le sentaría bien. En realidad, tenía cierta urgencia por quedarse a solas y poner sus pensamientos en orden, si tal cosa era posible.

Si algo le gustaba de Moreña era el olor a salitre, el aroma del mar que lo impregnaba todo. La visión del azul inmenso casi desde cualquier punto mínimamente elevado. Hacía mucho frío, pero no le importaba. Al poco de empezar a caminar, entró en calor.

Se concentró en repasar mentalmente todo cuanto sabía, y en ignorar la impresión reinante de que ese todo era muy pequeño y resultaba inútil. Había hablado con todos los miembros de la pandilla que continuaban residiendo en Moreña y había leído los informes de las entrevistas que Manuel Fuensanta había realizado por su cuenta años atrás, así que también conocía los relatos de las personas con las que ella no había podido hablar directamente. El único detalle que una y otra vez saltaba en su cabeza como una luz roja intermitente era referente a Ramiro. ¿Por qué dos de sus amigos habían señalado que sí estuvo en el bosque? ¿Una simple confusión al recordar? ¿Por qué había creído percibir en el propio Ramiro la incapacidad de mantenerle la mirada? No tenía por qué significar nada, Estefanía sabía que a algunas personas no les gusta mirar a otras a los ojos... Pero era un detalle que se sumaba a lo anterior. Y los detalles con cierta frecuencia son la clave que marcan la diferencia entre el éxito y el fracaso, eso Estefanía lo sabía desde siempre. No pocas veces un dato en apariencia nimio había hecho variar el informe final de las autopsias que había llevado a cabo y había servido para que la policía pudiera resolver el caso.

Ramiro acababa de decirle que no estuvo aquel día con los demás en el bosque. Y también le había ofrecido una explicación aceptable para lo que a ella en principio le había parecido una mentira: la obra que debía supervisar en Villanueva. La distancia entre Moreña y Villanueva no era mucha, así que no había nada extraño en que el constructor hubiera almorzado en el bar de Teo y se hubiera marchado luego a la obra.

Veía fantasmas donde no los había, eso era todo. Sus ganas por dar

una respuesta al misterio de la desaparición de Carolina le llevaban a ver hilos sueltos allí donde solo había pura y simple vida. La realidad dista de ser perfecta, son miles los detalles ínfimos que se le escapan a quien la observa. Estefanía sabía muy bien que solo un narrador podía mostrar un todo heterogéneo, pero para hacerlo tenía antes que dejar fuera montones de datos innecesarios. En las novelas y en las películas todas las miradas y todos los gestos tienen un significado; en la vida real no siempre sucede así.

Su móvil vibró un momento en su bolsillo, indicando que acababa de entrar un mensaje. Lo ignoró y continuó caminando. No quería distraerse.

En cuanto a los casos anteriores, había otro hilo suelto: el del muchacho acogido por el forastero y que, al parecer, se había librado por minutos del linchamiento. ¿Qué había hecho desde aquella noche? ¿Tenía alguna lógica pensar que podría ser el culpable de lo que le había pasado a Carolina quince años después de la muerte de su protector, tal como sugería Esteban?

Lo dudaba. No podía evitar rechazar esa posibilidad, aun sabiendo que no era conveniente descartar una teoría sin demostrar que era equivocada. Reconoció para sus adentros que el rechazo era quizá más un deseo que un procedimiento lógico, porque, si el culpable fuera aquel muchacho, Braulio, ¿cómo iban a dar con él? Solo contaba con su nombre de pila; ni apellidos, ni orígenes, ni noticias suyas tras el ataque de los vecinos, más allá de aquellos supuestos rumores de testigos que afirmaban haberlo visto quince años más tarde. Había surgido de la nada junto a la siniestra mujer a la que acompañaba, y luego la noche se lo había tragado al mismo tiempo que el forastero y su hijo perdían la vida a manos de la furia descontrolada de la gente de Moreña.

Saludó al recepcionista y subió a su habitación. Colgó el abrigo en el armario y recordó entonces el mensaje que había recibido a medio camino de vuelta, sacó el móvil y desbloqueó la pantalla. El remitente era Joaquín, pero el mensaje había sido eliminado.

Estefanía frunció el entrecejo. ¿Le había escrito Joaquín por error? Miró la hora: era tarde, así que decidió dejar pasar la noche y preguntarle al día siguiente.

Se puso el pijama y se metió en la cama, sabiendo de antemano



que el sueño no le iba a dar la bienvenida.

La noche en vela le sirvió para tomar una decisión.

Era domingo, así que tuvo que recurrir al teléfono. De haber sido un día entre semana, se había presentado sin más en el bar La Ballena, pero no quería esperar hasta el día siguiente. Buscó el contacto y llamó.

Genaro contestó con prontitud. Como Estefanía había imaginado, aquel hombre era de los que se levantaba al rayar el alba o incluso antes, fuera martes, domingo o el día de Año Nuevo.

—Buenos días, Genaro —saludó—. Soy Estefanía Román, estuvimos charlando el otro día, ¿me recuerda?

—Claro. La escritora. Es usted madrugadora.

—Insomne, en realidad. He supuesto que no le pillaría durmiendo, por mucho que sea domingo. Me alegro de haber acertado.

—Lo ha hecho, sí. Estoy a punto de salir.

—Necesito volver a hablar con usted, Genaro.

—¿De qué?

—Preferiría... ¿Podemos vernos?

—Entonces no es algo que se pueda decir por teléfono, ¿es eso?

—Me gusta más hablar en persona.

—Como usted quiera, señora. Voy a salir ahora. Podemos quedar mañana en el bar del otro día, cuando abra el colegio, o, si lo prefiere, esta tarde.

—¿No sería posible vernos ahora?

—Ya le he dicho que me ha cogido en la puerta. Soy un hombre de costumbres, señora. Los domingos me voy a la montaña. No falta mucho para que mis piernas me impidan hacerlo. Antes iba casi a diario, ahora me conformo con hacerlo los domingos. Unos van a la

iglesia, yo voy a la montaña.

Estefanía comprendió que Genaro no iba a cancelar sus planes para satisfacer la curiosidad de una extraña.

—¿Acepta compañía? —preguntó.

—¿Quiere venirse conmigo?

—Tengo entendido que no encontraré mejor guía de la comarca, ¿verdad?

El otro se quedó en silencio unos segundos.

—Como guste —dijo al fin—. ¿Conoce la gasolinera que hay a la entrada del pueblo, en la carretera de Villanueva?

—Sí, creo que sé a cuál se refiere.

—Hay una zona de aparcamiento justo al lado. Suelo dejar el coche ahí. En media hora, ¿de acuerdo?

—Media hora, perfecto. Gracias, Genaro.

El hombre la esperaba con las manos en los bolsillos, apoyado contra el lateral de un todoterreno que había visto tiempos mejores. Estefanía aparcó en la plaza libre que había al lado.

—¿Es usted deportista? —le preguntó el viejo tras el intercambio de saludos.

—Regular. Me gusta salir a correr de vez en cuando.

—Bueno, a ver si eso le sirve para aguantar la montaña. La gente se cree que salir a la montaña es como salir a pasear por uno de sus parques de ciudad. Vamos.

Estefanía se esforzó en sonreír. Aquel hombre no le resultaba nada simpático. Hubiera preferido no tener que volver a hablar con él, pero presentía que era de los pocos que podían aclarar sus dudas.

Dejaron atrás el aparcamiento y se internaron por una senda de tierra que al poco comenzaba a ascender monte arriba, entre una vegetación cada vez más espesa y silvestre. Pasados unos minutos, Estefanía miró atrás y comprobó que ya no había señales de la

carretera ni del edificio de la gasolinera. Tampoco se divisaba Moreña. Tan cerca y tan lejos. Las cumbres no eran muy elevadas, pero había infinidad de ellas y todas estaban cubiertas por árboles de troncos gruesos y copas frondosas.

—¿Hace el mismo camino todos los domingos? —preguntó.

—Digamos que empiezo en el mismo punto.

—¿Y luego se deja llevar?

—No. Eso es lo que hacen los incautos. Si te dejas llevar por estas montañas, es muy posible que después no encuentres el camino de vuelta. Ese es el fallo de los novatos. A la montaña, y al bosque, hay que respetarlos. Solo así te respetarán ellos a ti.

—Buen consejo.

Genaro no dio muestras de agradecer el cumplido. Estefanía no tenía claro si dedicaba la misma sequedad a todo el mundo o si, por alguna razón, tenía algo contra ella en particular. O quizá no contra ella, sino contra la gente de ciudad.

El viejo hizo un alto, dio un trago de agua de una cantimplora y le ofreció a ella, que acababa de caer en la cuenta de que había cometido la imprudencia de no llevar consigo nada de bebida ni alimento.

—Está claro que soy urbanita —dijo burlándose de sí misma.

—¿Qué es eso de lo que quería hablar?

Estefanía le devolvió la cantimplora y reanudaron la marcha, más despacio ahora.

—Descubrí la historia —empezó—. La que usted no quiso contarme el otro día.

—¿Qué historia es esa?

—Sé lo que sucedió hace cincuenta años, Genaro. —De reojo, miró al viejo cazador, pero este permanecía impertérrito, con la vista al frente, al sendero ondulante—. Sé lo que hizo el forastero y sé lo que le hicieron a él después.

—¿Lo sabe?

—Sí, encontré a una persona que quiso contármelo.

El cazador hizo un mohín de indiferencia.

—¿Y qué le parece? ¿Considera que es una historia digna de recordar?

—Quizá no. Es una historia vieja...

—Es vieja, y es de Moreña. No debe interesarle a nadie que no sea de zona, y ni siquiera a los jóvenes de aquí. Es una historia fea.

—Puedo estar de acuerdo con eso. Más o menos.

—¿Más o menos?

—Ya le dije que he venido buscando a Carolina. Esta otra historia me la he encontrado sin querer, y lo único que me interesa de ella es asegurarme de que no tiene relación con lo de Carolina.

—No la tiene. Se lo dije el otro día.

—Por eso quería volver a hablar con usted. —El hombre la interrogó con un arqueo de sus pobladas y canosas cejas—. ¿Por qué está tan convencido?

—¡Vamos a ver! ¿Está intentando engañarme? ¿No dice que conoce la historia? Si la conociera de verdad, no me preguntaría esa tontería. El forastero está muerto y más que muerto, ¿cómo va a tener nada que ver con Carolina?

—Él no.

—Eso es.

—Pero no todos murieron como él, ¿verdad?

Genaro se detuvo y se giró hacia ella.

—A ver, señora, ¿qué historia le han contado?

Estefanía tragó saliva. Quería aparentar firmeza, pero el carácter brusco de aquel hombre la ponía nerviosa.

—Esto no me lo han dicho, pero yo creo que usted formó parte del grupo. ¿Me equivoco? Usted fue uno de los que subió a la colina. Hans y su hijo murieron esa noche y quemaron la casa. No le estoy acusando, Genaro. No podría demostrar nada, y ni siquiera tengo claro que después de cincuenta años se pudiera juzgar a nadie. Como le he

dicho, solo me interesa Carolina. El forastero, Hans, no pudo llevarse a Carolina porque ya estaba muerto, pero me han hablado de otra persona: el muchacho que Hans acogió.

—El tarado —mascულó el cazador con intenso desprecio.

—Me han dicho que a él lo volvieron a ver años más tarde, justo cuando Carolina desapareció.

El gesto de sorpresa de Genaro fue genuino.

—No, imposible.

—¿Por qué, Genaro? Eso es lo único que quiero saber, lo único que ahora mismo sigue relacionando ambos casos.

El viejo destapó la cantimplora y dio otro trago. Esta vez no se la pasó a ella.

—Se llamaba Braulio —empezó.

Braulio amarra la barca en la entrada de las galerías del acantilado. Una de las cosas que sí se le da bien es hacer nudos; dedicó horas y horas a practicar cada vez que su padre le encerraba en un sótano. Sube las toscas escaleras de roca y emprende el regreso a la casa de la colina, seguro de que durante un tiempo no tendrá más preocupaciones que el jardín, pues el niño del señor Hans estará mejor ahora. Unas veces la mejoría le dura más que otras. Él no entiende, nunca le han explicado qué es lo que les hacen, solo sabe que es como si a los niños les sacaran poco a poco la vida y se la traspasaran a Hermann, pero él tiene algo que hace que esas vidas le duren poco.

Más adelante, el señor Hans le dirá que vaya a buscar a otro.

Echa en falta a la vieja. Fue la única que le trató bien, o más o menos bien. Hasta cierto punto le consuela que ella no sufriera, pero también la culpa de dejarlo solo, porque ni el señor Hans, ni su hijo enfermo, ni la arisca criada hablan con él. Ella sí lo hacía. En realidad, lo que hacía a menudo era hablar sola, pero a él le gustaba oír su voz.

La noche es gélida. Camina con la cabeza gacha, como siempre, mirando al suelo, porque no utiliza los caminos. Sabe que a esa hora es difícil que se cruce con nadie, pero siempre va campo a través. Se siente seguro así, a salvo.

Ve enfrente una extraña claridad, pero los árboles le ocultan cuál es la causa. No es hasta unos doscientos metros más adelante cuando al fin puede ver la casa de la colina, que empieza a ser devorada por las llamas. Braulio sale de entre los avellanos y se detiene. Le gusta el fuego, podría quedarse observando la danza de las llamas hasta que se apaguen. Le gusta el crepitar del fuego, el rugir del mar y el ulular del viento.

De repente, oye voces y parpadea. Necesita hacerlo para volver en sí, para que el fuego deje de ocupar toda su atención. Alguien le ha visto, y hay varios hombres que vienen hacia él. No entiende por qué, pero sabe que eso no es bueno. Se da la vuelta y regresa a la arboleda. La cojera no le permite correr muy rápido, pero los árboles le pueden ser útiles, y la noche siempre ha sido su aliada. Una vez se lo dijo la bruja: «Eres una criatura de la noche, como yo».

Cambia varias veces de dirección, encogido para que los arbustos lo tapen, pero no es suficiente, no llega muy lejos. Esos hombres que le persiguen conocen la zona tan bien como él, o mejor. Le dan alcance y uno lo traba por detrás.

Estefanía se dio cuenta de que respiraba entrecortadamente. El hombre que tenía frente a ella era anciano, pero seguía siendo corpulento. Y había sido cazador. Además, se encontraban en su terreno, lejos de cualquier otro ser humano.

Trató de deshacerse de aquellos temores repentinos y absurdos.

Genaro repitió el mismo mohín que había hecho un rato antes, ajeno a los pensamientos de la doctora.

—Ya conoce la historia entera. Aquí no nos gusta contarla, es una mancha para todos nosotros, para Moreña. No puedo evitar que usted la haga pública, pero eso no le ayudará a averiguar la verdad sobre Carolina. Es más, si cuenta la historia del forastero, nadie volverá a hablar con usted.

De pronto, una pregunta brota de sus labios, casi explota en su boca:

—¿Quién lo sabe? ¿Quién sabe que Braulio también murió aquella noche?

El cazador se rascó la barbilla sin afeitar.

—Los que estábamos allí.

—¿No se lo contaron a nadie? Es importante, Genaro.

—¿Por qué? ¿Qué más da quién lo sepa? La inmensa mayoría ya han muerto.

—¿Por qué, si Braulio murió esa noche, hubo quienes dijeron que lo habían visto el verano de la desaparición de Carolina?

—Nunca oí que alguien creyera haberlo visto. Y aunque así fuera, también hay gente que asegura haber visto criaturas fantásticas aquí en la montaña, y en el bosque. O platillos volantes. ¿No se habla de platillos volantes cada dos por tres, o de fantasmas? Aquí tenemos a nuestro Hombre Árbol. Mucha gente cree ver cosas que no están ahí.

MENTIRA

Solo al regresar a las proximidades de la gasolinera, su móvil volvió a tener cobertura. Entonces comenzó a vibrar. Tenía dos llamadas perdidas: una del forense, Nemesio Gutiérrez, y otra del inspector Baena. Se despidió de Genaro y entró en su coche. Necesitaba una ducha urgente y no le haría ascos a un buen almuerzo. Antes de arrancar, decidió dejarse llevar por la intuición. Marcó el número de Joaquín.

Este contestó al cuarto tono.

—¿Sí?

—Hola, Joaquín. Soy Estefanía Román.

—Sí, lo sé. He reconocido su número.

—Le llamo porque anoche recibí un mensaje suyo.

—Oh, sí. Sí. Pero fue una equivocación. Se lo envié por error, perdone.

—¿Ah, sí? —disimuló Estefanía.

—¿Lo leyó?

Esa pregunta fue la confirmación de la sospecha de Estefanía, y se arriesgó a jugarse el todo por el todo.

—Déjeme adivinar, Joaquín. Usted quería hablar conmigo y más tarde, casi enseguida, se arrepintió, ¿verdad? —El otro permaneció mudo, así que prosiguió—: Es más, creo adivinar lo que quería decirme, y también por qué no se atrevió al final a hacerlo.

—Señora, este no es buen momento…

—Ahora soy yo la que quiere hablar, Joaquín. Solo necesito que me confirme una cosa.

—No sé a qué se refiere.

—Yo creo que sí.

Se encontraron en el vestíbulo del hotel, que estaba vacío a excepción del recepcionista, atareado en la revisión de unos papeles que acababa de imprimir, y de una de las empleadas de limpieza, que iba de aquí para allá pasando un paño quitapolvo por los muebles.

Joaquín estaba incómodo, nervioso. Se frotó las manos sudorosas.

—¿Nos sentamos?

Escogieron los sillones más próximos al ascensor, lejos de la entrada y de la calle.

—¿Qué ocurre, Joaquín?

—Ha sido usted la que me ha pedido que venga.

—Pero usted me escribió anoche, poco después de despedirnos en el restaurante. ¿Qué era lo que iba a decirme?

Joaquín bajó la mirada y pareció estudiar sus manos con suma atención.

—Por teléfono ha dado la impresión de que ya lo sabe.

—Joaquín, le estoy dando la oportunidad de que lo diga. ¿Por qué tengo la sensación de que está empeñado en desaprovecharla?

—Vale, de acuerdo... Pensé que usted se había dado cuenta. ¿No se fijó en mi cara de sorpresa cuando Esteban mencionó al chico?

—Se refiere a Braulio.

—Sí —asintió Joaquín.

—La verdad es que no, no me fijé. Yo misma también me sorprendí, en cierto modo. Dígame, ¿por qué se sorprendió usted?

—Porque no me lo esperaba. —Joaquín echó un vistazo a la calle. Era domingo, otoño, y no había nadie fuera.

—Explíquese.

—Verá... No es verdad que vieran al chico en la época que Carolina desapareció. O sea..., bueno, es probable que alguien creyera verlo..., pero no era él. No podía serlo. Y Esteban y Ramiro lo saben, eso fue lo

que me sorprendió.

A pesar de conocer la respuesta, Estefanía formuló la pregunta:

—¿Por qué no podía ser él?

—Porque está muerto. A él también lo mataron.

—¿Está seguro de eso?

—Y tanto. Me lo contó alguien que tomó parte en la cacería. Y Esteban y Ramiro estaban conmigo ese día. Ellos saben igual que yo que el muchacho murió aquella misma noche. Él no fue quien se llevó a Carolina.

—Lo sé. No tengo claro lo que significa, pero no deja en buen lugar a Esteban y a Ramiro.

Joaquín no paraba de mover las manos, cerrarlas y volver a abrirlas.

—No, no sé qué pensar de ellos... Se trata de Carolina, esto es por ella. La perdí, ¿lo entiende? La perdimos, estaba allí con nosotros y se convirtió en humo. Usted... ¿ha perdido alguna vez a alguien?

Estefanía se descubrió a sí misma asintiendo, con los labios apretados.

—No del mismo modo, pero sí. Sé muy bien lo que es perder a alguien —dijo.

La mirada de Joaquín aumentó en intensidad y, hasta cierto punto, se reconoció en aquella mujer de la que apenas sabía nada.

—Yo... trabajo para Ramiro y, de un modo u otro, para Esteban. Quiero decir, él es el concejal de infraestructuras y muchas de las obras públicas van a parar a la empresa de Ramiro. No piense cosas raras... Sí, hay lazos de amistad que en un mundo ideal no deberían ser relevantes, pero este es un lugar pequeño y no hay mucha competencia. Además, en todas las adjudicaciones públicas se procura beneficiar a empresas locales, así la riqueza se queda en Moreña. Es orden del alcalde. Y el anterior hacía lo mismo. No sé si eso está bien o mal, pero hasta donde yo sé no entran en juego comisiones bajo manga ni corruptelas de esas. Tampoco es que fuera a poner mi mano en el fuego por todas las contrataciones del ayuntamiento, pero soy contable, y le doy mi palabra de que no he visto nada ilegal en la

empresa de Ramiro. —Tragó saliva, produciendo un ruido de cañería atascada—. En fin, no puedo hablar mal de ninguno de ellos. Esteban es el típico político, ya sabe, conoce a todo el mundo, tiene don de gentes y, no voy a negarlo, a veces se cree que está por encima del resto, le sobra un poco de soberbia. Ramiro es un tipo con suerte, la vida le ha sonreído siempre, le ha ido bien, pero en el fondo no es nada del otro mundo. El capitán de su calle, ¿me entiende? Es alguien importante dentro de su pequeño círculo, pero no sabe cómo comportarse si tiene que salir de sus dominios. Con todo y con eso, los dos son buena gente. Yo intenté montar un negocio por mi cuenta y por poco me arruino. Ramiro, en cuanto se enteró, vino a ofrecerme un puesto en su empresa. Así que no diré nada en contra de ellos, pero por eso mismo no entiendo lo que Esteban pretendía al hablarle del muchacho. Los tres sabemos que murió quince años antes de lo de Carolina. Nos lo contó uno de los que lo enterró.

—¿Genaro?

Joaquín no pudo disimular su sorpresa.

—¿También sabe eso?

—¿Y por qué cree entonces que han mentido? Ellos dos no estuvieron aquel día en el bosque, ni Esteban ni Ramiro; son los únicos de la pandilla que no fueron. ¿Qué sentido tiene esa mentira?

—No lo sé —admitió Joaquín—. Pero se miente por alguna razón, ¿no?

Los dos se quedaron callados un instante. Luego Estefanía murmuró:

—¿Cuál puede ser esa razón?

—Soy un simple contable... —repuso el otro—. Ni siquiera quiero pensarlo.

—¿Usted considera posible que ellos tuvieran algo que ver?

—¿Con lo de Carolina? No, imposible. ¡Éramos todos unos mañacos! Ellos dos eran los mayores, pero no dejaban de ser dos chiquillos más.

—Y, sin embargo, han mentido.

—Sí —susurró Joaquín.

—Por eso está usted aquí, porque sabe que han mentido. Y lo han hecho a conciencia. De hecho… —Estefanía interrumpió su propia frase, intentando aclarar aquella idea que acababa de surgir en su mente.

—¿Qué?

—De hecho, han esperado a confirmar que yo conocía la historia del forastero. Y solo entonces Esteban se ha decidido a mentir sobre Braulio.

—¿Qué importa que usted conociera la historia?

—No estoy segura, pero puede que así haya pensado que estaría más predispuesta a creer en la posibilidad de que Braulio se hubiera llevado a Carolina. Bien, así que Esteban ha mentido, pero ignoro por qué lo ha hecho. Parece evidente que ellos saben algo. Quizá ambos conozcan al verdadero culpable y pretendan protegerlo desviando la atención. Pero han olvidado que usted también sabía lo que ocurrió aquella noche de 1967.

—Me cuesta creer que Ramiro y Esteban protejan a nadie. Todos queríamos a Carolina.

—¿Se le ocurre otra explicación para la mentira? Por eso está aquí hablando conmigo, porque piensa lo mismo que yo. Hagamos una cosa, Joaquín: no les diga que ha venido. No les diga nada. Deje que yo hable con el inspector. Si consigo convencerlo de que debería hablar con ellos, puede que se pongan nerviosos y cuenten lo que saben, sea lo que sea. Pero usted, sobre todo, no les diga que ha venido a verme, ¿de acuerdo? Eso les permitiría prepararse.

Joaquín asintió. A medida que avanzaba la conversación había ido palideciendo. Ahora se puso en pie y se pasó la mano por la frente.

—Joder, espero no haber metido la pata.

—Me aseguraré de que ellos no sepan que ha sido usted el que me lo ha dicho, descuide. Si al final todo es una confusión, no pasará nada.

Joaquín volvió a asentir, aunque poco convencido. Estefanía vio en él a un hombre acuciado por la sospecha de que dos de sus amigos guardaban un secreto inconfesable sobre lo sucedido a otra de sus amigas.

Joaquín parpadeó un par de veces, se mordisqueó el labio inferior, asintió y se dirigió hacia la puerta.

—Puede que todo esto sea un error —musitó.

—Ha hecho bien en venir, no se preocupe.

—Ya, pero ¿con qué cara miro yo mañana a Ramiro en la oficina?

—Tómese el día libre, diga que algo le ha sentado mal, que tiene gastroenteritis.

El otro resopló y dio un par de pasos hacia la salida.

—Cuénteme cosas, por favor. Cuando sepa algo, dígamelo.

—Claro, se lo prometo.

Intercambiaron una última mirada y Joaquín salió del hotel, hundido en sus miserias.

Había aparcado cerca, al doblar la primera esquina. Abrió el coche con el mando a distancia, se sentó al volante y encendió el motor. Respiró hondo varias veces, maniobró para salir de la plaza de aparcamiento y aceleró un poco. Absorto como estaba en sus propias dudas y temores, durante el breve recorrido a pie no había mirado a su espalda ni a los lados. Si lo hubiera hecho quizá habría podido distinguir en una esquina una figura al amparo de las sombras del mediodía.

La figura sí lo vio a él.

EL MOLINO

La necesidad de alimento se había convertido en apremiante. Tanto que descartó la opción de salir y pidió un menú en el propio hotel. Mientras esperaba a que se lo sirvieran, llamó al doctor Gutiérrez para devolverle la llamada perdida.

—Doctora —sonó la voz gastada y cansada de Gutiérrez.

—Doctor. Antes me pilló fuera de cobertura.

—No era urgente. Solo la llamé porque Baena me dijo que no había conseguido contactar con usted.

—Sí, también tengo una llamada suya, pero he preferido probar con usted antes.

—Vaya, me siento halagado —bromeó el forense—. Solo era para comentarle que han aparecido familiares de dos de los niños, Enrique Aldecoa y Avelino Rivas. Hemos obtenido muestras de ADN y, en cuanto recibamos los resultados del laboratorio, podremos confirmar definitivamente lo que en el fondo ya sabemos todos.

—Es una buena noticia, pero, como bien dice, ya sabemos que son ellos. Es necesario confirmarlo, por supuesto, pero usted y yo sabemos que los cuerpos que había en la isla de las Ánimas son los suyos.

—Sí. La mujer adulta sigue mosqueándome, no obstante. Y a Baena también.

—Ahí puedo ayudarle yo, aunque me temo que será imposible confirmarlo.

—Le escucho.

—Ese cuerpo ha de ser el de una mujer llamada Cruz.

—¡Por Dios! ¿Quién es usted? ¿Estefanía Poirot?

Estefanía rio la gracia y se apresuró a añadir:

—Por desgracia, desconozco el apellido, y prácticamente todo lo demás.

—¿Me lo cuenta? ¿De dónde se ha sacado el nombre?

—Se lo contaré, desde luego, pero déjeme primero aclararme. Necesito sentarme, repasar notas, pasarlas a limpio… ¿Hablamos mañana con un café delante? Además, es domingo y no quiero estropearle el día familiar.

—¿Día familiar?, ¿qué es eso? —se rio ahora Gutiérrez—. Me parece bien, mañana nos vemos. ¿Qué tal si se acerca usted al hospital? Yo estaré desde primera hora.

—Muy bien, sí. Hasta mañana, doctor. Ah, no hace falta que le devuelva la llamada al inspector, entonces, ¿verdad?

—Ya le mando yo un mensaje, no se preocupe. Hasta mañana, Poirot.

Finalizaron la conversación casi al mismo tiempo que a Estefanía le ponían en la mesa el primer plato.

Tras dar rápida cuenta del segundo y mientras removía distraída un azucarillo en el café, llamó a Manuel Fuensanta. No había dado señales de vida desde que le enviara el día anterior un mensaje explicando que no acudiría a la residencia de sus padres. Los tonos de llamada se repitieron uno tras otro sin que se produjera ninguna respuesta.

Cuando terminaron, Estefanía volvió a pulsar el icono de llamada, y el resultado fue el mismo.

Subió a la habitación, se lavó los dientes y encendió el ordenador.

Ignoró los documentos que ya había creado y abrió uno en blanco. Quería empezar desde cero. Puso sus manos sobre el teclado, sin llegar a tocarlo, cerró los ojos, inspiró y empezó a mover los dedos como si lo que tenía delante fuera un piano y supiera la melodía de memoria. Luego bajó las manos hasta que sus yemas rozaron las teclas, abrió los ojos y empezó a escribir.

No era ficción. Tampoco sabía hasta qué punto era real.

Quería escribirlo todo de nuevo, desde su llegada. Convertir sus entrevistas en un relato y buscar luego cualquier posible incoherencia.

Sentía que necesitaba hacerlo antes de hablar con Gutiérrez y Baena.

No pasó de la segunda página, porque la vibración de su móvil rompió su concentración. Era un mensaje entrante. Refunfuñó y se dijo que debería haberlo apagado para evitar distracciones. Así lo había hecho durante la escritura de La lectora de huesos; entonces ponía música de fondo a un volumen bajo, que dejaba de escuchar en cuanto empezaba a escribir. La música sonaba, pero no llegaba a penetrar en sus oídos. Si se atascaba en alguna escena, si dudaba de un párrafo determinado, o si algo, en definitiva, no le convencía por completo, se apartaba del escritorio y paseaba por la casa. A veces incluso se ponía el chándal y salía a correr un rato, pero siempre mantenía el teléfono apagado hasta que daba por terminada la sesión.

Desbloqueó la pantalla y abrió la aplicación de mensajería. Era de Manuel Fuensanta. Al fin, pensó. Pulsó para abrirlo:

«Necesito hablar con usted, cuanto antes. Es urgente. Podemos vernos?».

Tecleó una respuesta enseguida:

«Le he llamado varias veces. Voy a su casa o viene a mi hotel?».

Vio que las dos líneas de recepción de mensaje se teñían de azul, pero tuvo que armarse de paciencia mientras el otro escribía de nuevo:

«Tengo una pista importante. Conoce el molino del bosque? Reúnase conmigo allí».

«Ahora?».

«Sí. Sabrá llegar?».

Estefanía le envió de vuelta un «ok» y se quedó mirando la pantalla del aparato, pero no recibió ningún otro mensaje.

Rebuscó entre los papeles que Manuel le había prestado hasta dar con el mapa dibujado a mano. El molino estaba marcado, y lo había visto el otro día en su pequeña excursión al bosque.

Faltaban diez minutos para las cuatro de la tarde, quizá unas dos horas de luz, poco más. Cogió el abrigo y las llaves del coche y salió.

Sacar el coche del aparcamiento del hotel y llegar hasta la linde

del bosque le llevó unos diez minutos. No había ningún otro vehículo en el pequeño rectángulo de tierra donde se detuvo, frente al merendero por el que había salido el otro día. Supuso que Manu había ido a pie desde su casa, aunque quedaba bastante lejos de allí. A saber. Calculó que llegar al viejo molino le llevaría otros veinte minutos, más o menos, si daba con el camino correcto a la primera, así que apresuró el paso.

El mapa no era muy fiable, pues en realidad no era más que un listado de lugares con forma de supuesto mapa, sin una escala ni señalización de senderos ni nada parecido.

Al poco de dejar atrás el merendero, se sintió engullida por los árboles y el sotobosque. La vegetación la rodeaba, le impedía distinguir cualquier atisbo de civilización, pese a saber que la carretera y el pueblo estaban allí mismo, al alcance de su mano.

Los sonidos de la naturaleza y el de su propia respiración agitada componían una nueva esencia del silencio.

No acertó con la dirección al primer intento, lo suyo no era ser exploradora ni rastreadora. Era una urbanita y era consciente de ello. Probó a llamar a Fuensanta, pero supuso que el otro debía de tener el móvil en silencio: los tonos de llamada se repitieron uno tras otro.

Se esforzó por orientarse, pero no había nada que le sirviera para ello. Los árboles parecían todos iguales, aunque también distintos. El terreno se elevaba y, a continuación, volvía a descender. Llegó a una pequeña vaguada, algo así como un grueso surco en el suelo, cubierto de hierba y matorrales, y supo que el otro día no había pasado por ahí, así que retrocedió unos metros y miró el mapa, frustrada.

Pretender seguir una línea recta en el interior del bosque era algo absurdo, pero consideró que no se habría desviado mucho desde el merendero. ¡Ese era el error! El otro día no había entrado por el merendero, sino más abajo. Giró a su derecha y avanzó.

Se felicitó a sí misma cuando lo que quedaba de la antigua construcción de piedra y madera surgió ante ella, entre la maleza. Era algo así como ver en el cielo nocturno el brillo de una estrella ya muerta. De la edificación original del molino no quedaba prácticamente nada: unos sillares de piedra medio cubiertos de enredaderas trepadoras, varios otros caídos y rotos, enterrados bajo la hierba, una porción del tejado apoyada en ángulo contra los restos de una de las paredes y el esqueleto de la rueda a un lado.

Miró el reloj en la pantalla del móvil. Había tardado treinta y dos minutos, no estaba mal para alguien de ciudad.

En ese momento, el teléfono emitió la melodía de Thunderstruck.

CON EL BOSQUE DE TESTIGO

Le extrañó ver el nombre de Gutiérrez en la pantalla en lugar del de Manuel. Estuvo a punto de descartar la llamada y devolvérsela más tarde, pero en el último segundo no llegó a pulsar el icono rojo. Habían hablado hacía muy poco, así que supuso que había una buena razón para que el forense volviera a llamarla de forma tan seguida.

—¿Doctor? Dígame.

—Hola de nuevo, doctora Román. Escuche... —Gutiérrez resopló y durante unos momentos se quedó en silencio. Su voz sonaba algo distante, y Estefanía imaginó que era ella la que se encontraba en una zona de poca cobertura.

—Doctor, la comunicación es mala. Ahora mismo estoy en el bosque. Le llamo más tarde, en cuanto salga de aquí.

—Bien, bien, de acuerdo. Pero es importante, doctora. Llámeme lo antes que pueda... Oiga, ¿qué hace en el bosque? Se le va a hacer de noche enseguida. No se confíe.

—Manuel Fuensanta me ha pedido que venga. Luego se lo cuento, Gutiérrez.

—¿Eh? ¡Espere! ¿Qué ha dicho? ¿Quién le ha pedido que vaya?

—Manuel Fuensanta. ¿Me oye?

Estefanía oyó con repentina nitidez cómo Gutiérrez soltaba una palabra soez.

—¿Cuándo ha sido eso? ¡Doctora!

—Se corta, doctor.

—¡Escú... me! No sé quién la ha llamado, pero le aseguro que no ha sido Manuel. ¿Dónde está usted exactamente?

Un ruido repentino, de algo que se movía a través de la maleza, hizo que Estefanía se diera la vuelta. Esperaba ver algún tipo de animal saliendo de entre los arbustos. Mientras hablaba con Gutiérrez

se había puesto de espaldas a las ruinas del molino. El giro de su cintura y su cuello le permitió ver una sombra, unas piernas enfundadas en pantalones vaqueros y un objeto oscuro que avanzaba hacia su rostro, solo eso.

Un golpe tremendo la cegó y la hizo caer hacia atrás.

La voz de Gutiérrez brotando del móvil se mezcló con el sonido que producía su propio cuerpo al impactar contra el suelo:

—¡Salga de ahí!

FUENSANTA

El doctor Gutiérrez continuó llamando a Estefanía a gritos al darse cuenta de que esta no respondía, hasta que la comunicación se cortó unos segundos después. Miró al frente y vio al inspector Baena y a otros dos agentes con sus miradas fijas en él. Detrás del inspector, el cuerpo de Manuel Fuensanta colgaba de una viga en el centro del salón de su casa.

Un vecino lo había visto a través de la ventana, desde la calle, cuando salía para dar un paseo dominical. En un primer momento no había identificado lo que estaba viendo y poco faltó para que siguiera su camino, pero el instinto le hizo mirar por segunda vez. Entonces se detuvo y entrecerró los ojos. No podía ver el cuerpo entero, pero la cintura no se hallaba a una altura normal. Podría estar subido a una silla, aunque permanecía demasiado quieto. Demasiado. Titubeó y se decidió a acercarse. Luego, con un escalofrío, llamó a Emergencias.

Cuando la patrulla llegó, los agentes no tuvieron más remedio que forzar la puerta. Al comprobar la identidad del individuo ahorcado, uno de los policías avisó al inspector Baena, y este llegó poco después de que Estefanía y Gutiérrez hubieran terminado su primera conversación telefónica del día. La rigidez del cuerpo indicaba que la muerte no era reciente. Sería el forense quien se encargara de determinarlo, pero era evidente que habían transcurrido varias horas desde el deceso. Él mismo llamó a Gutiérrez para solicitar su presencia en el lugar.

La inspección inicial sugería un posible suicidio, lo que a priori podría encajar con el carácter solitario y taciturno de Fuensanta.

Justo después de colocarse los guantes, Gutiérrez pensó en llamar a Estefanía para darle la noticia, conocedor de que su colega estaría interesada en saberlo.

—¿Ha oído eso, inspector? —exclamó, cuando la conversación con la escritora quedó interrumpida.

Baena asintió, tenso.

—Ha sonado como un golpe, ¿no? —opinó uno de los agentes.

—Quédese aquí, doctor. Agentes, conmigo —ordenó el inspector.

—Pero solo ha dicho que está en el bosque… —dijo Gutiérrez—. No ha dicho en qué zona.

—Y se está haciendo de noche, ya lo sé —gruñó Baena.

—Un segundo, inspector —le atajó Gutiérrez—. Voy con usted. Esto de aquí puede esperar.

El policía dudó apenas un instante.

—No. Hasta que no sepamos qué está ocurriendo, quiero solo a agentes armados. De camino pediré que acudan todos los agentes disponibles.

—Aun así, serán pocos y el bosque es muy grande —protestó el forense.

EL PECADO DEL GATO

—¡Solo había que asustarla, joder!

—Estaba hablando por el móvil. Si no llego a darle, podría haber dicho dónde estaba.

Las voces sonaban conocidas, pero se mezclaban la una con la otra y el dolor y, sobre todo, el zumbido que se había instalado dentro de su cabeza las distorsionaban y le impedían asignarles un nombre a sus dueños. Parpadeó. Notaba algo pringoso y húmedo en su cara, en la frente y en la mejilla izquierda. Entreabrió los ojos; con el izquierdo no pudo ver nada aparte de una oscuridad rojiza, con el derecho detectó algo de claridad, muy tenue. No sabía si se había hecho de noche o si se encontraba en un lugar cerrado. Más bien eso. Hedía a humedad, a podrido y a viejo.

Unos pasos se aproximaron a ella. La postura no le permitía ver quién era.

—Vuelve en sí.

—Mierda.

—¿Qué hacemos?

Estefanía volvió a cerrar los ojos. Quizá fuera útil que pensaran que había perdido otra vez el conocimiento. Alguien le puso una mano en el costado y tiró de ella para ponerla boca arriba. Luego la abofeteó con suavidad.

—Eh, ¿me oye?

Estefanía no sabía qué le convenía más, si fingir o dejar claro que estaba despierta. De momento mantuvo los ojos cerrados.

—Déjala ahí y vámonos —dijo la primera de las voces. Hablaba entre dientes, pero Estefanía pudo reconocerla por fin. Era la voz del concejal, Esteban Borges.

—Ni pensarlo. Ya es tarde para eso. —La segunda voz, casi encima de ella, pertenecía a Ramiro.

—Deja de decir tonterías, no es tarde.

—Sí lo es, joder.

—No te ha visto, ¿no? Pues nos vamos y ya está.

—¡Cállate! ¿No te he dicho que ha estado hablando con Joaquín? ¿De qué crees que han hablado?, ¿del tiempo?

—No sabemos de qué han hablado. —La voz de Esteban sonó quebradiza.

—¡Sí lo sabemos! La cagaste en la cena y ahora no nos queda otra que arreglarlo, así que deja de tocarme las narices.

Estefanía oyó movimiento. Ramiro continuaba a su lado, podía sentirlo, así que debía ser Esteban el que caminaba de un lado a otro y murmuraba algo ininteligible, una retahíla de imprecaciones.

Trató de pensar. Ramiro parecía enfadado y decidido; Esteban, más nervioso y asustado. Lo habría preferido al revés. Ramiro era también el más fornido, mientras que Esteban, por su sobrepeso, no la asustaba. O no demasiado. Si solo estuviera allí el concejal, Estefanía se arriesgaría a hacerle frente, pero el empresario era otra cosa.

—A ver, entonces ¿qué propones? —inquirió Esteban.

El otro resopló y Estefanía notó el flujo de aire en su frente.

—¡Di! ¿Qué quieres que hagamos? —insistió el concejal, irritado.

—Déjame pensar, ¿quieres?

—Claro, claro, tú piensa con tranquilidad. Tenemos todo el tiempo del mundo. ¿Te traigo un café? ¡Joder! Sea lo que sea lo que vayamos a hacer, hay que hacerlo ya.

—¿Crees que no lo sé?

Dudaban. Eso podía ser positivo para ella, pensó Estefanía.

—Tápate la cara —volvió a hablar Esteban.

—¿Qué?

—Tápate la cara y muéstrale la escopeta. Se asustará lo suficiente para largarse de aquí y mantener la boca cerrada.

—¡No me puedo creer que hables en serio! Ya sabe quiénes somos, y tu cagada de ayer en el restaurante se lo confirmó.

—No es verdad. Puede que sospeche, pero saber, no sabe nada. Manu sí lo descubrió, pero ella todavía no.

Ramiro soltó un gruñido y Estefanía lo imaginó en cuclillas, junto a ella, frotándose la cara con desesperación.

—Es muy tarde para andarse con remilgos. Sabes tan bien como yo lo que hay que hacer. Lo único que tenemos que decidir es dónde.

—Vale, joder, vale. La curiosidad la ha traído hasta aquí, y aquí se queda. Pégale un tiro y vámonos.

PRETÉRITO IMPERFECTO TRÁGICO

Nadie lo sabía, pero Esteban odiaba a su madre. Con catorce años recién cumplidos, se puede odiar a alguien con toda la vehemencia e intensidad del mundo. La odiaba porque desde hacía varios meses, cuando su padre se marchaba a faenar en alta mar, Nicanor, el de la mercería, se presentaba en su casa. La primera vez, Esteban no había pensado nada extraño, pues Nicanor era amigo de la familia, pero empezó a sospechar cuando esas visitas se repetían con mayor frecuencia cuando su padre estaba fuera. Alguna vez, sorprendió en el rostro de su madre una mirada demasiado brillante, o una sonrisa cómplice dirigida al visitante. Y casi siempre que Nicanor se presentaba, su madre lo enviaba a hacer algún recado.

En una de esas ocasiones, lo que hizo fue meterse en el cobertizo, sentarse en el suelo de tierra y esperar bajo el techo de uralita. Allí su padre le había enseñado a usar las herramientas para construir pequeños muebles, sobre todo sillas y alguna mesa, a afilar los cuchillos y a tallar figuras en las piezas de madera sobrante. Después de un rato, salió sin hacer ruido y se acercó a una de las ventanas de la casa. Al asomarse descubrió a su madre besando a Nicanor y a este rodeándole la cintura. La odiaba a ella y lo odiaba a él.

Pensó en contárselo a su padre, pero en su fuero interno sabía que no podría hacerlo. Estaba seguro de que, si lo hiciera, ambos lo odiarían a él.

De entre todos sus amigos, solo Ramiro se había dado cuenta de que la tristeza se había instalado en sus ojos. Y solo a él le había confesado que deseaba matar a Nicanor, aunque no le había explicado la razón. Únicamente había admitido que lo odiaba.

Aquel día de julio, cuando el Partitura y Manu les preguntaron si se apuntaban a jugar al escondite, dijeron que no y siguieron su camino. Solían jugar con ellos, sí, pero cuando no les apetecía, o cuando tenían otros planes, simplemente los ignoraban.

Con el cuchillo enorme que acababa de afilar bajo la ropa, Ramiro y él ascendieron por la ladera del monte y se internaron en el bosque. Sabían dónde solían jugar los otros, así que fueron en otra dirección.

Ramiro vio en la cara de su amigo una mueca nueva.

—¿Qué pasa? ¿En qué estás pensando?

Esteban escupió hacia un lado, como si necesitase quitarse un mal sabor de boca.

—Te lo digo en serio, ojalá Nicanor se muera pronto. Porque si no lo hace, lo mataré yo mismo.

Ramiro no quiso preguntarle nada esta vez. Ya lo había hecho antes, y Esteban se negaba a contarle nada, por mucho que le insistiera. Decidió seguirle el juego:

—Desahógate. Imagina que es cualquiera de estos árboles y clávale el cuchillo hasta que te hartes.

Esteban asintió. Señaló un tejo a unos metros, como si el cuchillo fuera una extensión de su brazo.

—Ese —dijo.

El árbol en cuestión tenía cierta forma humana. Se la conferían en especial dos de sus ramas, más gruesas que las demás. Una se elevaba casi en vertical, mientras que la otra se había tronchado y tocaba el suelo, lo que hacía que pareciera estar apoyándose para mantener el equilibrio. Esteban sacó el cuchillo y lo cogió por el filo, casi por la punta. Echó el brazo hacia atrás. Se encontraba a cinco o seis metros del árbol, quizá algo más. Alguien con buena puntería acertaría a esa distancia y al doble, pero él hasta ahora no había sentido nunca la necesidad de poner a prueba su puntería. Alguna vez habían jugado a derribar latas vacías a base de pedradas, pero poco más.

Visualizó al dueño de la mercería en el tronco del árbol, suplicándole piedad, entrecerró los ojos y lanzó el cuchillo, con fuerza. El arma dibujó varios giros en el aire.

—¿Qué estáis ha...?

Silencio.

Esteban y Ramiro contuvieron el aliento unos segundos sin decidirse a mirarse el uno al otro.

—¿Qué ha pasado, tío?

Avanzaron despacio hacia el tejo. Junto al tronco rugoso había un

cuerpo tirado en el suelo, boca arriba. Carolina. El cuchillo se le había clavado en un lado del cuello y le salía por la nuca.

Esteban abrió la boca, pero no logró decir nada. Cuando pudo apartar sus ojos de los del cadáver, vio que Ramiro también tenía su boca abierta.

—¿Qué ha pasado? —repitió este, sin querer creer lo que estaba viendo.

—¡Qué mierda!

Las fuerzas abandonaron el cuerpo de Esteban y las rodillas se le doblaron.

—¿Tú la has visto venir? —preguntó Ramiro—. ¿De dónde ha salido?

—No. La he oído hablar cuando ya estaba soltando el cuchillo. Ya lo había lanzado.

—¿Y qué hacía aquí? ¿Qué mierdas hacía aquí?

Esteban tocó a Carolina y la zarandeó un poco. Su cabeza se movió de un lado a otro, y el cuchillo también. La sangre salía a borbotones de la doble herida del cuello.

—Está muerta.

—Sí.

Ramiro tiró de Esteban para ponerlo en pie y los dos chicos retrocedieron al otro lado del árbol, desde donde no se veía el cadáver, y se sentaron en el suelo.

Pasaron varios minutos sin que ninguno dijera nada ni pudiera moverse.

—Había soltado el cuchillo cuando ella ha hablado...

Ramiro rompió a llorar, y a Esteban también se le humedecieron los ojos y empezó a moquearle la nariz.

De forma súbita, Esteban se puso en pie casi de un salto y se sacudió la tierra que se le había adherido a los pantalones.

—¡Rápido!

—¿Qué?

—Voy a cavar un agujero. Ayúdame.

—Un agujero.

—Una tumba para Carolina.

—¿Qué dices?

—¿Quieres que me metan en la cárcel? Nadie nos ha visto. ¡Ayúdame!

Pálido como un fantasma, Ramiro se incorporó y paseó la mirada por los alrededores. ¿Por qué estaba Carolina sola tan lejos del lugar donde solían jugar? Miró el cuerpo de la niña y después sus ojos se posaron en el árbol.

—¿No te ha dado la impresión de que ha aparecido de pronto aquí? Yo no la he visto venir. No estaba, y de repente sí estaba. —Se acercó al tronco y lo inspeccionó. Enseguida vio la fisura en la corteza, el agujero que se habría hacia el interior. Tenía la misma forma que las lágrimas que empañaban sus ojos—. Mira esto, tío.

Esteban se colocó a su lado y se asomó. Al tocarse, hombro con hombro, se dieron cuenta de que estaban temblando.

—¿Estaba ahí dentro? —murmuró Esteban.

—Tenía que estarlo, porque yo no la he visto llegar desde ningún sitio. Sí, mira —metió la cabeza por el agujero—, aquí hay sitio para alguien de su tamaño, y puede que más.

Se miraron.

—¿Tú crees…? ¿Crees que alguien más conoce este árbol?

Ramiro negó con la cabeza. Ellos dos conocían los mejores escondites. Con la sensación de seguridad absoluta que les daban sus catorce años, decidieron que ningún otro de la pandilla debía de conocer aquel sitio. Carolina lo había debido de encontrar hacía poco. Si no, ellos lo conocerían.

Esteban se agachó y cogió a Carolina por las axilas. Al levantarla, la cabeza se venció hacia atrás.

—Quítale el cuchillo, ¿no?

Esteban lo hizo. Con aprensión, pero lo hizo, y lo dejó caer al suelo.

—¡Ayúdame, tío, ayúdame!

Aunque no le atraía en absoluto la idea, Ramiro hizo lo que le pedía. Entre los dos, con mucho esfuerzo consiguieron meter el cuerpo de su amiga dentro del tejo y, al soltarlo, este se escurrió hacia abajo como un títere desmadejado.

Esteban recogió su cuchillo y lo limpió lo mejor que pudo, que no fue mucho. Pensó que en cuanto llegase a casa, lo metería en un barreño de agua que había en el cobertizo y lo dejaría allí, en el fondo. Hasta que se limpiase del todo. O mejor, hasta que se oxidase.

Había sangre en el suelo. Tiró tierra por encima con los pies y luego la pisoteó. Repitió la acción varias veces, ante la mirada pasmada de Ramiro. Para terminar, seleccionó varias piedras que había cerca y las colocó allí donde se había derramado la sangre, arrancó un par de arbustos y los enganchó con las piedras.

Extrañamente, Esteban se sentía lúcido. Lloraba y moqueaba, pero sus pensamientos eran claros. Si escondían bien a Carolina, podrían marcharse y nadie, nunca, sabría lo que había ocurrido allí.

Cuando le pareció que el aspecto del suelo era satisfactorio, volvió a mirar el árbol.

—Hay que taparlo. El agujero. Solo se ve desde este lado, pero se ve.

Se alejaron unos metros, arrancaron trozos de arbustos y los metieron dentro del árbol hueco, embutiéndolos hasta que, desde fuera, nada hacía pensar que hubiera un agujero en el tronco. Daba la impresión de que le estaba creciendo una rama nueva.

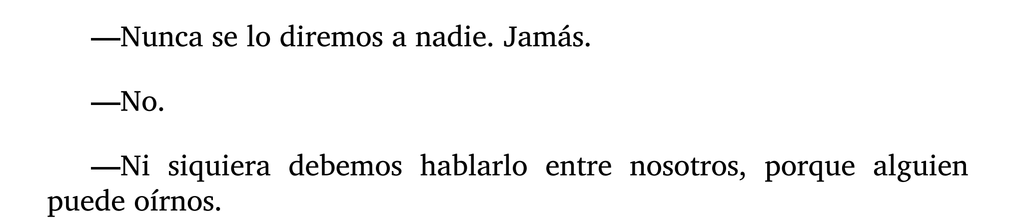
—¿Y ahora qué? —musitó Ramiro.

—No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

Ramiro lo miró y negó con la cabeza. Era su mejor amigo.

—Será nuestro secreto.

Permanecieron un momento en pie ante la tumba improvisada, pero unos segundos después a Esteban volvieron a fallarle las piernas



y se dejó caer de rodillas.

—Nunca se lo diremos a nadie. Jamás.

—No.

—Ni siquiera debemos hablarlo entre nosotros, porque alguien puede oírnos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Ramiro.

—Ahora tenemos que irnos. Antes de que aparezca alguno de los demás.

Los dos se giraron y miraron hacia donde sabían que se hallaba el pueblo, por donde la pandilla estaría jugando aún.

Empezaron a caminar, envueltos en terribles pensamientos.

—Espera. Creo que deberíamos separarnos. ¿No? Nos separamos aquí y nos vamos a casa. Cada uno por un lado.

—Vale, sí, lo que tú quieras, Esteban.

Se miraron fijamente unos instantes y se chocaron la mano.

—No lo contarás, ¿verdad?

—Te lo prometo. No se lo diré a nadie.

Esteban se limpió los ojos con la manga. Se puso la mano en la cintura, para sujetar el mango del cuchillo y que no se le cayera y echó a correr.

Corrió como nunca lo había hecho en su vida, corrió como si el suelo se deshiciera bajo las suelas de sus zapatillas. A medio camino ya le faltaba el aire y le dolían las piernas, pero no se detuvo. No podía permitir que sus piernas dejaran de moverse, ni que sus zancadas fueran más cortas.

Ramiro no pudo imitarle. Apenas le respondían las piernas. Se alejó andando. Varias veces se detuvo para limpiarse la cara con la camisa, y en dos ocasiones estuvo a punto de volver sobre sus pasos. No podía pensar. ¿De verdad había pasado todo aquello? ¿De verdad Carolina estaba muerta? ¿Así, tan fácil? Resopló y se pasó la mano por la cara, pero notó que le temblaba y la cerró en un puño.

No podía entrar en el pueblo llorando, porque cualquiera que lo viera le preguntaría qué le pasaba. Tampoco podía irse a casa, aunque eso era lo que Esteban había dicho. Si volvía tan temprano, su madre querría saber por qué no estaba con los amigos. Pero no era buena idea estar solo. Sí, iría a casa y se lavaría bien antes de que su madre lo viera.

De pronto, de entre unos arbustos a su izquierda, salieron Sebas y Raquel.

—¿La has visto? —le preguntó Raquel.

Negó con un gesto y los dos chicos siguieron su carrera sin mirarle una segunda vez. Aceleró el paso, maldiciéndose por no haber sido capaz de correr como Esteban.

Esteban llegó a las cercanías de su casa y entonces sí bajó el ritmo para cerciorarse de que su madre no estaba cerca de la ventana. Se apresuró a entrar en el cobertizo, donde sacó el cuchillo manchado y lo hundió en el agua del barreño. Metió varias herramientas más, así podría disimular y decir que se habían caído dentro, y a nadie le extrañaría que el cuchillo estuviera entre ellas. Tenía que acordarse de sacarlas antes de que se estropeasen y su padre se enfadara. Aprovechó para lavarse las manos y la cara. Fue a la casa, se paró ante la puerta con el corazón desbocado, sacó la llave de su bolsillo con su mano izquierda, la introdujo en la cerradura y la hizo girar con sigilo, aterrorizado ante la posibilidad de que hubiera alguien al otro lado.

Por suerte, no había nadie. El vestíbulo de entrada estaba vacío. Caminó de puntillas y se metió en su cuarto para cambiarse de ropa, que seguía manchada de tierra. Estaba a salvo. Nadie descubriría lo que había hecho. Nunca.

NADA QUE PERDER

Estefanía se estremeció de terror. No podía quedarse quieta. Estaba claro que no iba a servir de nada que creyeran que continuaba inconsciente si lo que decidían hacer era matarla. Tampoco serviría de mucho intentar razonar con ellos, convencerlos de que no diría nada, de que en realidad no podía decir gran cosa porque no sabía nada, solo que habían demostrado un excesivo interés en hacerle creer que Braulio seguía vivo cuando Carolina desapareció. Deseaba saber la verdad, averiguar qué tenían ellos que ver con lo sucedido treinta y seis años atrás, pero no se lo contarían. Los villanos solo pormenorizan sus actos en la literatura y en el cine, no en la vida real. Tenía que establecer unas prioridades. Si sobrevivía, quizá habría ocasión de averiguar cuál había sido el destino de Carolina. Si iban a matarla, no tenía nada que perder. No podía quedarse quieta más tiempo.

No era una mujer especialmente fuerte. Le gustaba pensar que se mantenía en forma, más o menos, pero no era una persona atlética. Sus únicas opciones eran la sorpresa y la velocidad. Cualquier duda, cualquier titubeo, sería su perdición.

—Si lo vas a hacer, hazlo ya. Y nos largamos de aquí —casi gritó Esteban, hecho un manojo de nervios.

—¿Quieres hacerlo tú? ¿No? Pues entonces, déjame a mi ritmo. No soy un puto sicario —repuso Ramiro entre dientes.

Los reparos que mostraban podrían jugar a favor de Estefanía. La doctora supo que ese era el momento. Ramiro estaba muy cerca de ella, pero no sabía con exactitud a qué distancia. Podían ser unos centímetros, o podía ser un metro y entonces estaría demasiado lejos. Abrió los ojos.

Con el izquierdo seguía sin ver nada. El derecho le permitió distinguir a Ramiro a su lado, en cuclillas y mirando hacia atrás, hacia Esteban, que estaba de pie siete u ocho metros más allá. Fue el concejal el que se dio cuenta:

—¡Eh! ¡Está despierta!

«Ahora o nunca».

Tuvo que hacerlo con su mano izquierda, pues Ramiro estaba a su derecha. Giró el cuerpo y tomó todo el impulso que pudo, que no fue mucho. Optó por emplear la mano abierta y arañar con las uñas. Un puñetazo, dada su poca fuerza y el hecho de que era diestra, no serviría de mucho. El impacto se produjo en la sien, justo en el preciso momento en que Ramiro se volvía hacia ella. Estefanía hundió sus uñas en la piel del empresario y tiró hacia abajo. Los dedos índice y corazón atravesaron la ceja, pasaron por encima del párpado superior y rasgaron también parte de la mejilla. En un segundo fugaz, lamentó no haber aprovechado para hundírselos en el ojo, pero no disponía de tiempo para reproches.

Ramiro soltó un grito y se apartó mientras se cubría la cara con las manos. Su postura provocó que, al intentar alejarse de un posible segundo golpe, cayera de rodillas. Entonces tuvo que poner las manos en el suelo para no irse de bruces.

Con el mismo impulso del golpe, Estefanía rodó sobre el costado y se puso en pie. Tuvo que mirar a su alrededor para hacerse una idea de dónde se encontraban. Era un sótano minúsculo, pero el suelo era de tierra y estaba húmedo y parcheado de hierba, por lo que supuso que no se trataba de una construcción moderna. La adrenalina, disparada por el miedo y la proximidad de la muerte, le hizo pensar y actuar con rapidez. Aquello debía de ser parte de la estructura del molino; había perdido el sentido, pero no creía que hubiera estado inconsciente el tiempo suficiente como para que la trasladasen a otro lugar, y sí en cambio para que la arrastrasen o la llevasen en brazos unos pocos metros desde donde la habían atacado. La salida estaba detrás de Esteban. No había puerta, solo unos simples peldaños de piedra, no más de seis, lo que significaba que el sótano se había construido aprovechando el desnivel del terreno. El concejal iluminaba la escena con el móvil, pero en el exterior, en lo alto de la pequeña escalera, todavía se apreciaba claridad; la noche aún no había caído del todo. Había un objeto alargado apoyado contra la pared, al lado de Esteban. Estefanía supo que era la escopeta de uno de ellos. De Ramiro, lo más probable. No se le pasó por la cabeza intentar cogerla; sería una estupidez y perdería su única baza. Se abalanzó hacia la salida.

El concejal le cerró el paso, con los brazos abiertos como un jugador de rugby venido a menos, pero Estefanía lo había previsto. Utilizó el codo para chocar contra él y se lo clavó a la altura del esternón, por debajo del cuello.

Esteban emitió un gemido y se fue hacia atrás, pero no cejó en su

empeño de agarrarla. Sus brazos se cerraron en torno al cuerpo de la doctora y la arrastraron con él en su caída.

Estefanía quedó encima del político, y volvió a golpearlo, ahora con las manos. Como antes a Ramiro, le clavó las uñas en la cara, dibujándole surcos en ambas mejillas.

Los tres gritaban. Esteban por el dolor, Ramiro por la rabia y Estefanía por el miedo a no llegar a las escaleras.

Con los golpes, a Esteban se le había escurrido el móvil de la mano. Estefanía logró soltarse de su abrazo, se puso en pie como pudo, pisando al concejal al hacerlo, y se dispuso a correr. Pero lo pensó mejor, se agachó y recogió el teléfono del otro. No sabía dónde estaba el suyo: o se lo habían quitado o se había quedado en el punto donde antes la habían atacado.

Subió los seis escalones en tres zancadas, presintiendo más que viendo a Ramiro detrás de ella. Tuvo que agachar la cabeza para salir al exterior y, al hacerlo y mirar por encima de su hombro, reconoció las ruinas del viejo molino. Había acertado con su suposición, pero quizá hubiera sido preferible equivocarse: estaba en medio del bosque y la luz menguaba. Ella no lo conocía, y ellos dos sí.

—¡Me cago en la puta, joder! —oyó a Ramiro a su espalda. Se había detenido y gritaba en dirección al sótano—: ¡Esteban, coge la escopeta!

Estefanía sacó ventaja de esos pocos segundos. Corrió con todas sus fuerzas, con la única intención de ampliar la distancia que la separaba de sus captores, sin pararse a pensar si avanzaba hacia el pueblo o se alejaba de él.

LA BÚSQUEDA

Baena conectó la sirena nada más encender el motor del automóvil y el coche patrulla, detrás de él, hizo lo mismo.

Gutiérrez los vio partir y poco le faltó para desobedecer al inspector y seguirles en su vehículo particular, pero se quedó donde estaba. A su espalda, en el interior de la casa, Manuel Fuensanta continuaba colgado en el aire, ajeno ya a todo. Su muerte acababa de cobrar un nuevo sentido.

Pocas veces había necesitado Baena atravesar Moreña poniendo a prueba el velocímetro de su coche y haciendo caso omiso de la señalización. Se arriesgó en los cruces sin reducir un ápice la presión de su pie sobre el acelerador, consciente de que, por ser domingo, había pocas posibilidades de encontrar tráfico. Y, por si la sirena no era suficiente, hizo sonar el claxon casi ininterrumpidamente. Llamó a comisaría y dio orden de que todo el personal disponible se dirigiera a la entrada del bosque, en la zona del merendero, pues consideró que sería ese el mejor punto para comenzar la búsqueda. Asimismo, pidió que avisaran al cuartelillo para solicitar apoyo de la Guardia Civil. El fragmento de conversación que había escuchado entre Gutiérrez y la escritora, y, sobre todo, la forma en que esa conversación se había interrumpido con un ruido repentino que se parecía mucho a un golpe, seguido por un gemido de dolor, significaba que a Estefanía Román quizá no le quedase mucho tiempo. O ninguno.

En el aparcamiento frente al merendero había un coche cerrado y solitario. Aparcaron junto a él.

Baena se apeó y comprobó mecánicamente el estado de su arma reglamentaria.

—Lázaro —ordenó al más joven de la pareja de agentes—, espera aquí a los demás. En cuanto lleguen, les explicas a quién buscamos y entráis todos. Mientras esperas, que vayan comprobando la matrícula de este coche. Guillón, tú ven conmigo. Entre cinco y diez metros a mi izquierda todo el rato, ¿entendido?

Estefanía perdió la cuenta de las veces que tropezó y cayó. Las

raíces de los árboles, las piedras sueltas y la irregularidad del terreno, con multitud de agujeros y hondonadas por doquier, parecían trampas preparadas caprichosamente contra ella. Se sorprendió pensando que tampoco podría contar los rasguños, rozaduras y hematomas que tendría repartidos por piernas y brazos si conseguía salir con vida de allí.

Su propia respiración retumbaba atronadora en sus oídos y le impedía captar otros sonidos, de manera que no estaba segura de si aún la perseguían, aunque dio por hecho que sí. Sería absurdo pensar que los dos hombres se habían dado la vuelta y se habían marchado. Lo importante era saber qué ventaja les llevaba. Frenó un poco el ritmo de sus zancadas y miró a sus espaldas. No los vio. Eso, no obstante, no significaba gran cosa. La oscuridad se había intensificado, y los robles y avellanos estaban muy cerca unos de otros.

Necesitaba un pequeño descanso.

Lo necesitaba y lo temía. Si se detenía, podrían alcanzarla. Si no lo hacía, acabaría agotada muy pronto. No era lo mismo correr al límite de sus fuerzas, por un terreno abrupto y desconocido, que hacerlo en llano y de manera pausada como lo hacía por su barrio.

Unos minutos después distinguió a su izquierda una formación rocosa, la rodeó y se agazapó detrás. Mantenía el móvil del concejal aferrado en su mano, como un náufrago se aferra a su tabla de salvación. Quizá no le sirviera de nada, pero, como mínimo, sería una prueba de que Esteban Borges había estado con ella. Si conseguía escapar...

Probó a deslizar el dedo por la pantalla, sin mucha confianza, y su rostro se iluminó: Esteban no había establecido ninguna contraseña de desbloqueo, ni alfanumérica ni de patrón geométrico.

Había una única barra de cobertura.

No se había aprendido los números del inspector Baena ni del doctor Gutiérrez. Podría haber llamado a Emergencias, pero un impulso, o el estado de nervios en que se encontraba, le llevaron a marcar un número que sí sabía de memoria.

Francisco Alverola respondió al segundo tono:

—¿Hola? ¿Quién es?

—¿Me oyes?

—¿Estefanía? ¿De qué número me llamas?

—¿Puedes oírme? ¿Me oyes?

—Sí. Bueno, lejos y mal. Se corta un poco. Dime…

—Los que lo hicieron… siguen aquí… Todavía están aquí.

—¿Qué? ¡Estefanía! ¿Qué estás diciendo?

Estefanía no respondió. Acababa de distinguir a Ramiro, en el extremo de su campo visual.

La apuntaba con la escopeta.

Les separaban unos doce metros, tal vez quince.

—¿Estefanía, me oyes? —sonó la voz de Francisco a través del móvil—. ¿Qué es lo que has dicho?

Con un gesto ostensible de su mano izquierda, mientras con la derecha sostenía el arma de caza, Ramiro le ordenó que cortara la llamada. Sabía que si hablaba, Francisco podría reconocerle.

Estefanía continuaba con el aparato pegado al oído. Se le ocurrió que, si tardaba mucho en contestar, Francisco podría colgar para intentar a continuación reestablecer la comunicación. Si lo hacía y Ramiro se daba cuenta de ello, estaba perdida.

Despacio, empezó a apartar la mano de su oído y a extender el brazo. Con la otra mano, la que tenía libre, intentó calmar a Ramiro mostrándole la palma. Separó ambos brazos para que el hombre no supiera a cuál mirar. Movió el pulgar hacia el icono rojo que finalizaría la llamada, pero en lugar de ese pulsó sobre el que activaba el altavoz y gritó:

—¡Es Ramiro, Francisco! ¡Va a matarme!

Ramiro torció el gesto y apretó el gatillo de su escopeta.

Estefanía sintió que un hierro candente le desgarraba el pecho y una llamarada la atravesaba. Luego dejó de ver a Ramiro delante de ella, su visión quedó ocupada por las copas de los árboles y algún punto de luz titilante más arriba. No sintió el golpe de la caída. Ahora estaba tirada, pero no notaba el suelo debajo de ella, solo el fuego que la abrasaba por dentro.

Aquellas diminutas luces sobre ella se apagaron, o quizá se alejaron, no sabría decirlo. Sí, tal vez era ella la que estaba hundiéndose. Las ramas y los troncos de los árboles se volvieron borrosos.

Todo se fue apagando. La luz, el sonido. El tiempo. Las copas de los árboles, las estrellas y las pocas nubes que había se unieron en una especie de remolino que caía por un sumidero.

Antes de que su conciencia se desconectara del todo, oyó un segundo disparo.

¿O era el eco del anterior?

LA NIÑA ÁRBOL

La conciencia iba y venía, como si algún cable defectuoso estableciese una conexión de manera intermitente. La luz regresaba también, ya no eran minúsculos puntos en lo alto, sino una luz más intensa, blanca y brillante. Los árboles tampoco estaban, habían sido sustituidos por una superficie lisa.

Junto a la luz había voces, pero lo que decían no resultaba comprensible.

Todo se apagó de nuevo. La luz, las voces. La conciencia entera.

El inspector Baena y el agente Guillón oyeron el disparo a lo lejos, en algún punto a su izquierda.

—¡Vamos! ¡Rápido!

Llevaban una linterna en una mano y el arma reglamentaria en la otra. Baena supuso que los refuerzos habían debido de llegar al aparcamiento del merendero, pero aquel disparo significaba que no podían detenerse a esperar para que se reunieran con ellos.

Corrieron intentando mantener la distancia entre ambos. Los restos del molino surgieron frente a ellos cinco minutos después y se pararon, pese a que el sonido del disparo procedía de más allá. Mediante gestos, Baena ordenó a Guillón que rodeara las ruinas por el lado izquierdo; él lo hizo por el derecho.

Allí no había nadie. Comprobaron también el pequeño sótano y no encontraron nada. Volvieron afuera.

—¿Por dónde? —preguntó el inspector, inseguro.

—Yo diría que venía de allí —opinó Guillón, señalando al frente desde las escaleras que descendían al sótano.

Los dos policías sabían que, en el bosque y de noche, los sonidos se distorsionaban y se propagaban de forma extraña, haciendo difícil localizarlos.

Las voces habían vuelto. Las conocía, pero seguía sin entender lo que decían.

No sentía ya el fuego en sus entrañas. No sentía nada.

Ante Baena y Guillón apareció la figura oronda de Esteban Borges. Había rechazado la idea de correr tras Ramiro y la escritora, no estaba hecho para ello, su condición física era pésima. Caminaba tan rápido como podía, que no era mucho. Jadeaba y sudaba pese al frío. Maldecía entre dientes.

¿Qué diablos hacía él allí? Era concejal desde hacía más de diez años, y tenía una cuenta bancaria y un catálogo de propiedades que envidiaban todos cuantos le conocían. ¿Por qué el pasado había vuelto para revolverlo todo? ¿Un solo error, un terrible accidente, iba a destrozar su vida entera? ¡Maldita fuera Estefanía Román y su manía de hacer preguntas y remover los recuerdos!

Cuando oyó las pisadas a la carrera a su espalda se volvió. Pensó en esconderse, pero ni siquiera lo intentó. Se vio ridículo. Un tipo de su tamaño agachándose detrás de unos arbustos. Primero vislumbró los haces de luz de las linternas, balanceándose arriba y abajo, y enseguida aparecieron los dos policías. Los conocía, claro.

Alzó los brazos en un acto reflejo.

—¡Policía! —gritó Baena. Apuntó con su linterna al rostro del hombre y soltó una exclamación—: ¡Joder, concejal! ¿Qué hace usted aquí? —El otro hizo un mohín, bajó un poco los brazos y enseguida volvió a subirlos—. ¿Quién ha disparado?

—Yo no —acertó a decir Esteban.

—¿Quién? ¿Dónde está la doctora Román?

La mención de la mujer acabó con las escasas esperanzas que tenía el concejal de salir de allí bien parado. Soltó el aire que había estado reteniendo en sus pulmones y señaló en la dirección que ella había seguido.

—¿Quién más hay? —quiso saber el inspector.

—Ramiro. —En treinta y seis años, Ramiro no le había contado a nadie lo que él le había hecho a Carolina, y él no había tardado más que unos minutos en decirle su nombre a la policía.

Baena le ordenó al agente Guillón que se quedase allí con el concejal, y él volvió a echar a correr.

No se habían realizado más disparos, eso podía ser buena señal. O la peor de todas.

Ramiro se había puesto en cuclillas, como antes en el sótano del molino. Estefanía estaba boca arriba, en una postura poco natural. No había comprobado si respiraba o no, pero había tanta sangre en su pecho que daba por hecho que estaba muerta.

¿Por qué tardaba tanto Esteban? Ramiro estaba airado. Ellos dos siempre habían sido uña y carne, se habían defendido y protegido el uno al otro en los momentos difíciles, sobre todo en el peor de ellos, cuando eran unos niños, hacía treinta y seis años, y luego mientras él creaba la empresa y Esteban jugaba a ser político. Durante mucho tiempo, no había vuelto a pensar en Carolina. Hasta que esa jodida escritora se presentó en Moreña.

En cuanto llegase Esteban, decidirían qué hacer con el cuerpo. No tendría que haber sido así. No eran profesionales, habían cometido errores y no les había quedado más remedio que solucionarlos, pero ahora ya estaba hecho. Había tenido que ser él quien le echara agallas, al revés que la primera vez. Esteban era demasiado parado, pero ya estaba, ya había acabado todo. No, todo no, porque la mujer había dicho su nombre bien alto y el que estaba al otro lado del teléfono era Cisco. ¿Lo habría podido oír? Sí, seguro, sin duda.

Chasqueó la lengua. Si Cisco había escuchado su nombre estaba perdido. Tendría que pensar en algo... Esteban tendría que pensar, a él se le daba mejor, al menos cuando lograba mantener la calma. Tal vez todavía podrían salvarse de nuevo. Pero para eso era necesario actuar rápido.

«Venga, Esteban, ven de una vez».

Pero el que llegó no fue su amigo, sino el inspector Baena.

Poco faltó para que pasara de largo. Sin embargo, algo le hizo mirar detrás de las rocas.

Ramiro oyó sus pasos y comenzó a incorporarse.

—¡Alto ahí! —gritó Baena. Reparó en el cuerpo caído de Estefanía y ladeó un poco la cabeza para fijarse mejor y tratar de distinguir si estaba viva o muerta.

Ramiro levantó la escopeta.

Ese fue el segundo disparo que oyó Estefanía, el primero que el inspector Carlos Baena realizaba contra un objetivo vivo en toda su carrera.

Las voces por fin se aclararon y pudo reconocerlas, lo que le dio ganas de sonreír, aunque la mueca que asomó a sus labios fue cualquier cosa menos una sonrisa.

—Creo que se está despertando —dijo la voz de Francisco.

—Eso parece —confirmó Gutiérrez.

Estefanía concentró todas sus fuerzas en separar sus párpados. Consiguió entreabrirlos, pero la luz penetró en sus pupilas con ánimo de conquistador y le obligó a volver a cerrarlos.

Notó la ligera presión de una mano sobre su antebrazo, y la voz calmada de Francisco se metió en sus oídos:

—Está todo bien, Estefanía. Todo bien. Tranquila.

Cuando volvió a abrir los ojos habían pasado dos horas. El dolor había regresado, pero era soportable. Intentó imaginar los destrozos que la bala habría causado en su cuerpo, pero desistió. No era un pensamiento agradable. Abrió los ojos con cuidado, para que la claridad no la cegase.

Francisco continuaba allí. Ahora estaba solo, sentado en una butaca. Revisaba algo en su móvil.

Estefanía intentó decir «hola», pero solo la segunda sílaba llegó a salir de su boca.

—¡Ey! —exclamó Francisco. Se metió el teléfono en el bolsillo y se puso en pie para acercarse a la cama—. ¿Cómo te encuentras?

—... gular.

—Claro. Ha estado muy cerca. La bala te ha provocado una larga lista de daños, pero te pondrás bien.

—¿Cuánto llevo aquí?

—Hoy es jueves. El doctor Gutiérrez y yo hemos estado turnándonos para hacerte compañía. Y el inspector Baena se ha pasado un par de veces. Fue él quien te salvó la vida.

Estefanía trató de cambiar de postura, pero la sola intención despertó toda una oleada de dolor y desistió.

—¿Qué pasó?

—He recuperado a Carolina.

—¿Qué?

—Lo han confesado todo. Esteban se entregó y a Ramiro hubo que dispararle. Baena lo hizo en defensa propia. Ramiro te había disparado a ti e intentó disparar también al inspector.

—¿Está muerto?

—No. Herido. Eso nos ha permitido conocer toda la historia.

—¿Qué es lo que han explicado?

—Todo. Una vez que han comprendido que no tenían alternativa, han confesado. Lo de Carolina fue un accidente desgraciado, se asustaron y escondieron su cadáver. Pensaban que tarde o temprano los descubrirían, pero eso no pasó. Nadie encontró a mi hermana y ellos pudieron seguir adelante. La vida los trató bien, demasiado bien, hasta que tú te presentaste la semana pasada. Empezaron a ponerse nerviosos. Curiosamente, al principio fue Ramiro el que peor lo llevaba, mientras que Esteban mantenía la calma. Pero entonces Manu llamó a Ramiro y empezó a hacerle preguntas sobre si había estado aquel día en el bosque, porque él estaba convencido de que no, pero al parecer otros dos de la pandilla decían que sí. Ya sé que fuiste tú la que le hiciste ver a Manu ese detalle, Raquel ha contado que le insististe sobre ello. El caso es que los dos estuvieron en el bosque, Ramiro y Esteban. Ramiro ha reconocido que, cuando nosotros buscábamos a mi hermana, se cruzó con Raquel y Sebas. Luego, supongo que los nervios y el miedo por la desaparición de Carolina hicieron que Raquel y Sebas olvidaran que Ramiro no era uno de los que jugaba al escondite con los demás. Cuando Manu llamó a Ramiro,

él avisó a Esteban. Los dos fueron a casa de Manu.

—¿Está bien?

Francisco frunció los labios y negó con la cabeza.

—Intentaron hacerle ver que se equivocaba en sus sospechas, que había pasado demasiado tiempo y que todos se confundían al tratar de recordar, pero Manu no cejó de preguntarles, empezó a cuestionarles todo y ellos perdieron los nervios. Al final les acusó directamente, les exigió que le contasen la verdad, y entonces Ramiro se le echó encima... Por eso el inspector Baena pudo salvarte a ti. De lo contrario, serías su tercera víctima y seguiríamos sin saber nada.

Estefanía necesitaba hacer una pausa para descansar, pero aún hizo otra pregunta:

—Has dicho que has recuperado a Carolina. ¿Dónde?

—La escondieron dentro de un árbol hueco y taparon el agujero del tronco. Al parecer ese era el escondite en el que ella se metió durante el juego. Nadie miró allí porque nadie sabía que ese árbol estaba hueco. —Francisco soltó un bufido—. Sus restos seguían allí. Ha estado escondida allí todo este tiempo.

EPÍLOGO

Teo coloca ante ella un plato de pulpo y otro con croquetas de bacalao. El hombretón no ha sabido qué decirle al verla de nuevo entrar en su local. Solo ha sido capaz de salir de detrás de la barra, abrazarla como si fueran amigos de toda la vida y musitar un «gracias» apenas audible. Estefanía le ha sonreído, comprendiendo. El hallazgo de los restos de Carolina después de más de treinta años le ha quitado a Teo de encima un peso invisible, a él y a todos los demás. Ahora al menos conocen lo ocurrido.

No hay más palabras que ese breve agradecimiento. Evitan mencionar a Manuel Fuensanta y ni siquiera desean pensar en Ramiro y Esteban.

La presencia de Cisco junto a Estefanía ha servido para que los dos viejos compañeros de juegos dediquen unos minutos a ponerse al día, pero ambos sienten que la conversación es forzada y detectan la incomodidad del otro. A Teo se le humedecen los ojos y se apresura a retomar su faena.

—No tardaré mucho en irme —dice Cisco cuando Estefanía y él se quedan a solas y comienzan a cenar—. ¿Tú?

—No lo he decidido. No sé si quiero quedarme aquí, pero tampoco me atrae la idea de volver a casa.

—Cuando estés recuperada plenamente... —empieza Francisco.

—Todavía falta para eso, pero, descuida, durante estas próximas semanas pensaré en ello. Esa bala estuvo a punto de matarme y creo que debo replantearme un poco todo. Sé que quiero seguir con mi trabajo, pero no tengo claro dónde. Quizá pruebe suerte en otra ciudad...

—Puedo facilitarte un traslado si decides que es eso lo que quieres.

—Lo sé, y te lo agradezco. Por ahora, me parece que, como no tengo el cuerpo para dedicarme a correr una maratón, voy a buscar un buen rincón donde sentarme delante de mi ordenador y escribir de una vez mi próxima novela.

—Es una buena idea. Si sigues por esta costa hacia el oeste, hallarás un montón de rincones perfectos para hacerlo.

En el exterior la noche va cayendo, alguno de los últimos rayos de sol se cuela por los agujeros de la isla de las Ánimas e ilumina, sin que nadie lo vea, el cementerio oculto, ya vacío. Moreña ha perdido alguno de sus secretos, pero sigue guardando otros. Todo lugar tiene secretos, igual que toda persona también los tiene.

El mar, que contribuyó a resolver el misterio del que la bruja le hizo, contra su voluntad, cómplice, permanece ahora liso, en aparente reposo.

Tierra adentro, en lo profundo del bosque que en otro tiempo fue patio de recreo y también tumba, reina la quietud y el silencio. Ese silencio que no es tal cosa, porque en el bosque siempre hay sonidos si uno presta atención. El piar y ulular de las aves, el crujido de la corteza, el silbido del viento, el correteo de un roedor, el goteo de la lluvia incluso cuando ya hace horas que cesó, el golpe seco de un fruto al caer al suelo. Los animales y los propios árboles conocían la verdad desde el primer momento y guardaron con celo el cuerpo sin vida de Carolina. A su manera, la protegieron del olvido.

Ahora, mientras el mundo duerme y los relojes parecen detenerse, algo se mueve en las sombras. Es el Hombre Árbol, que recorre sus dominios a oscuras, sin necesidad de luz ni prisas. Sabe mucho sobre la vida y sobre la muerte. Posee todo el tiempo del mundo.

OTROS AUTORES ESPAÑOLES EN

SERIE NEGRA RBA

MYRIAM IMEDIO

La isla más remota del mundo

▪

En uno de los peores momentos de su vida, la psicóloga Lis de Fez sube a un autobús en Valencia. Allí, una elegante desconocida le dirige unas palabras de agradecimiento y, a continuación, se suicida con una pistola. Los gritos que Lis oye a su alrededor son el prólogo del caos en el que se va a convertir su vida. De hecho, en su entorno pronto empiezan a creer que ha perdido el juicio. Ella, convencida de que es víctima de una trampa relacionada con un antiguo proyecto en el que trabajó, empieza una huida hacia delante. Ahora su objetivo es demostrar que es inocente de las acusaciones que poco a poco se acumulan sobre ella y descubrir quién es el culpable de todo.

JAVIER ROVIRA

Mala mar

■

En la propiedad asturiana de los Salcedo, el coche del primogénito, Tomás, se precipita colina abajo y mata a su hermana Mariana. El vehículo estaba aparcado, pero no tenía puesto el freno de mano. Lo que iba a ser una fiesta de reencuentro de cuatro hermanos para celebrar el cumpleaños de la madre de la familia se convierte en una tragedia. A partir de ahí, se reabren viejas heridas mal cicatrizadas tras años de silencios, mentiras y autoengaños. Queda por delante una investigación judicial, un incipiente escándalo público y una reflexión sobre el turbulento pasado familiar que nadie parece querer afrontar.

JORGE SÁNCHEZ

El túnel de Oliva

▪

Alrededores de Madrid, final de la década de 1990. La joven Oliva celebra su cumpleaños con sus amigos y su novio en una discoteca. Tienen una vida por delante y están ilusionados ante el futuro. Aún no saben que esa noche los va a marcar para siempre. La pareja de una de las chicas de la fiesta aparece asesinado cerca del polígono industrial donde se encuentran y, de repente, todo se convierte en una pesadilla. ¿Cómo superar una muerte así? ¿Quién ha podido hacerlo? ¿Ha sido un desconocido o alguien cercano?